

revista de la

Universidad de México

Septiembre de 1978

20:00 pesos

chile 1973-1978

gonzalo
rojas
fernando
alegría

crónicas
y críticas:
el golpe
chileno,
cine
y arte
chileno

música,
teatro,
poesía joven
de chile,
neruda,
skármeta,
witker,
nabokov,
poniatowska,
vidal, huerta,
yourcenar

narrativa
de armando
cassigoli,
ariel
dorfman
y
arturo
berroeta

“bajo
el
párpado
del
exilio”

en el 70
aniversario
de salvador
allende

neruda, huidobro, de rokha, del valle y mistral

Sumario Volumen XXXIII, número 1, septiembre de 1978

Gonzalo Rojas

Diáspora 60, 1

Armando Cassigoli

Día de muertos, 2

Bajo el párpado del exilio, 6

(*Poesía militante chilena del destierro*)

Humberto Díaz Covarrubias, Gonzalo Rojas, Armando Uribe, Pedro Lastra, Jorge Teillier, Hernán Castellano Girón, Oscar Hann, Hernán Lavín Cerda, Waldo Rojas, Omar Lara, Hernán Miranda y Gonzalo Millán



Ariel Dorfman

Y qué oficio le pondremos, 166

Arturo Berroeta

Contra la pared, 19

I Cinco clásicos chilenos:

Huidobro, Neruda, del Valle, Mistral, de Rokha

Volodia Teitelboim

En el 70 aniversario de Salvador Allende, 27

Disparatario

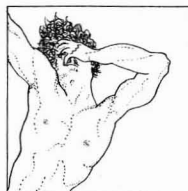
Señoras, señores, compañeros, 28

Cine

Cine chileno: tiempo de discutir, 28

Artes Plásticas

De exilio y solidaridad: América en la mira, 29



Teatro

Incesto, incesto, todo me esperaba menos esto, 31

Música

Variaciones sobre un ritmo, 32

Libros

Poesía joven de Chile 34 / *¡Neruda sigue vivo!*, 35 / *Esa literatura que surge de un cerco de púas*, 36 / *Antonio Skármeta: Soñé que la nieve ardía*, 37 / *Los trabajos y los días de Recabarren*, de Alejandro Witker, 38 / *Vladimir Nabokov: el intenso ardor de un pálido fuego*, 39 / *A Diego desde el exilio del silencio*, 42 / *Gore Vidal: Mesías*, 43 / *Mini-reseña sobre 50 poemínimos de Efraín Huerta*, 44 / *Alexis o el tratado del inútil combate de Marguerite Yourcenar*, 45 /

La triste gracia de la sangre

Angel González (3a de forros)

Por una lamentable confusión, en el número de julio Susana Chaurand apareció como traductora del texto de Jean Genet, "La extraña palabra", en lugar de Marisol Segovia.

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo / Secretario General Académico: Dr. Fernando Pérez Correa

Revista de la Universidad de México

Órgano de la Dirección General de Difusión Cultural

Director: Hugo Gutiérrez Vega

Consejo de Redacción:

Fernando Curiel, Andrés de Luna, Gerardo Estrada, Margo Glantz, Hugo Gutiérrez Vega, Francisco Hinojosa, Eduardo Lizalde, Armando Pereira, Guillermo Sheridan, Rafael Vargas

Jefe de redacción: Guillermo Sheridan / Asistente: Rafael Vargas

Editores: Armida de la Vara y Joana Gutiérrez / Dirección artística: Vicente Rojo, Bernardo Recamier

Torre de la Rectoría, 10o. piso

Ciudad Universitaria, México 20, D. F.

Teléfono: 5 48 65 00, ext. 123 y 124

Franquicia postal por acuerdo presidencial

del 10 de octubre de 1945, publicado

en el D. Of. del 28 de oct. del mismo año

Precio del ejemplar: \$ 20.00

Suscripción anual: \$ 200.00 Extranjero Dls. 12.00

Administración: Pedro Parra Reynoso

Patrocinadores:

Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.

Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.

Ingenieros Civiles Asociados [ICA]

Nacional Financiera, S. A.

Instituto Mexicano del Seguro Social

INFONAVIT

Diáspora 60

De eso íbamos a subir por la cuesta,
a hablar
cuando llovió largo el 73 un año
sucio, agujero
sangriento el sol; comimos
caballo muerto, casi
*super flumina Babylonis, illic sedimus
et flevimus*, un cuchillo
por cítara, un cóndor
por arcángel, la asfixia
o el vinagre de los locos, canten
ahora el venceremos, ¿y entonces,
estrellas, qué? ; música,
más y más música, disparen
a los párpados;
al principio
caímos de bruces, acarreábamos
esas piedras grandes, de una aurora
a otra.

Seis veces diez,
60 qué
de aire y fantasma de aire, esto
que íbamos a escribir y
no escribimos, ni
respiramos, ni
nariz de nada;
¿el metro
de medir muerte era entonces lo
Absoluto
que come uno por ahí entre
arrogancia y libertad de pie en la
tabla
intrépida de los veloces? ;
¿cuáles veloces,
cuáles días de cuáles
seis veces diez viéndose a fondo en el
espejo?

24/VII/78

Armando Cassigoli

Día de muertos

La De Las Faldas De Serpiente está arriba y hay que subir los trece escalones hacia el norte, hacia el Noveno Señor Negro, con el cuchillo de pedernal dispuesto para la ceremonia. El sacerdote, el señor tlateochihualli asciende con actitud mayestática, acentuada por el atuendo ritual. Los caballeros-aguilas y los caballeros-tigres forman fila en la terraza, espectadores. El sol reina en el cenit. En la cima del terraplén piramidal, Ixxotxic yace con serenidad, sin temor, a sabiendas que en el país de los muertos tendrá la dignidad del sacrificado; y que allá, en el tiempo sin tiempo, habrá un vivir de flor y canto, y que sus descendientes se acordarán con orgullo de este año Nueve-Conejo en que su corazón, duro en las batallas, salió a la luz del sol como un trofeo y una ofrenda.

Abre los ojos, siente el olor penetrante de los



medicamentos y ve desfilar a los enfermeros trasnochados, y oye los gritos e instrucciones del joven oficial del regimiento Tacna solicitando plasma y apúrense mierdas que hay que hacer urgente una transfusión y a estos chuchas de su madre, a los civiles, que se pudran solos. Ya no siente el dolor en la pierna porque parece que el torniquete se la dejó adormecida. Y ya van dos días, hoy trece de septiembre van dos días de la herida y de escuchar cómo los otros disparaban desde el techo de la industria, cuidando las pocas balas y comiendo solamente pan duro y te caliente, antes de que les cortaran el agua, mientras él estaba echado en el sofá de la oficina, sin poder moverse, sin poder participar, arropado con la manta de castilla, con un frío que lo hacía estremecer, con unas tremendas ganas de tomarse un trago de pisco y luego dormir, dormir mucho para luego despertar en una reunión junto a los otros compañeros y que todo hubiera sido un sueño. O por lo menos seguir luchando y vencer en la batalla, compañeros, con las banderas en alto como en las películas, porque es mejor la guerra a la masacre. Y la voz del padre, hacía mucho, cuando ingresó a la Juventud, esto no es para ti porque tendrás que ser un hombre serio para que ayudes a los chicos, que tú eres un sentimental y no un político, y acuérdate que en esto de la política siempre hay alguien que se queda con la plata. Los enfermeros, los de blanco, no están ni serios, ni tristes ni alegres ni nada. Carajo, esto es la mierda y parece que me estoy hundiendo en ella.

Pusieron al ataúd, el cajón de muerto, en el kiosko manito, ya lo pusieron ahorita en medio de la plaza, aquí en medio del pueblo, ahí al lado de la iglesia y ya lo empezaron a vestir. Aquí lo visten apurados, sin darse tiempo, ni siquiera pueden entretenerse los curiosos. Vea usted, displicentes, ése es una cadáver para dar risa, véale su cara cómica, los dientes salidos, los huesos amarillos. Un muerto es cosa seria, yo le habría puesto un traje negro y corbata de casamiento y mancuernas de oropel. Después llegó la anciana y lo peinó y le recortó el bigote, el bigote de muerto, mientras los demás vestidores comían morado dulce de muerto, y las viejas tostado pan de muerto, ahí, junto al féretro iluminado por cirios de muerto, en medio de la plaza arbolada de Mizquic, al lado de la iglesia, es decir del cementerio parroquial, anocheciendo, en fúnebre espera y luctuoso ritual.

El otro, el gordo, el joven, el con cara de mapuche, el de la chomba raída no abre los ojos y se queja como un niño que simula o se inventa un sufrimiento para ser acariciado antes de dormir. La frazada hospitalaria, dura de sangre seca, le cubre todo el lado izquierdo. Su llanto quejido es una cantinela que lo mantiene hipnotizado por momentos. Se va llenando la estrecha sala de gente moribunda, de muertos que parecen dormir y dormidos que parecen muertos y de gritones y llorosos y

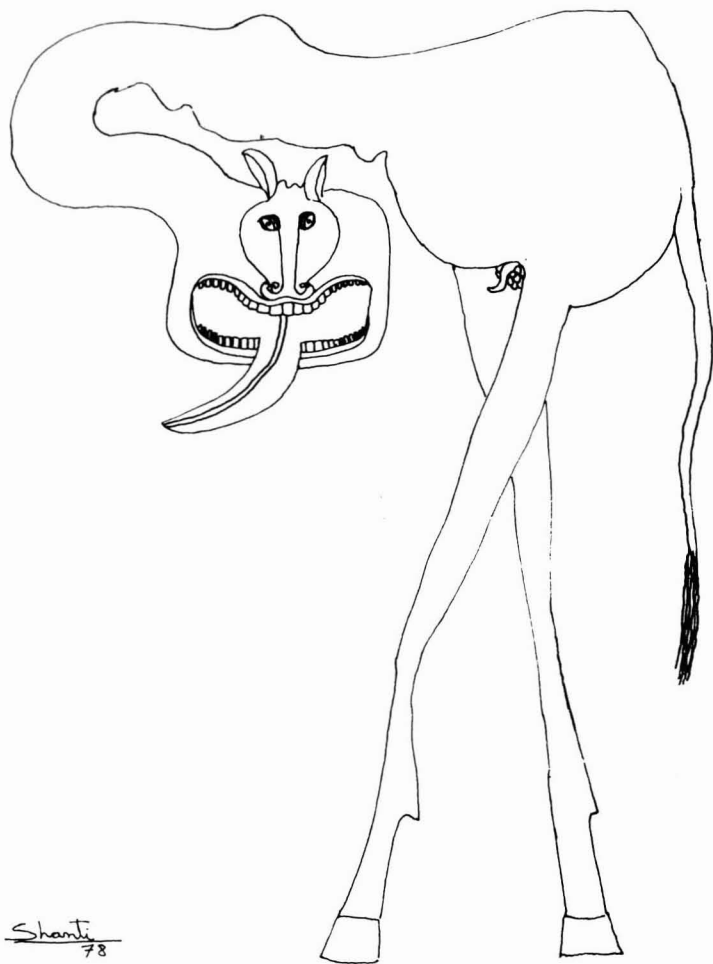
bofetadas del joven oficial del regimiento Tacna a los que no callan o a los que callan para ver si viven, mezclado con el dónde chuchas metieron el plasma y quién mierda escondió la sangre, y llamen al hospital de carabineros o al de la fuerza aérea, para eso están los teléfonos y díganles que uno no es ni dios ni vampiro para tener tanta sangre almacenada y a los muertos me los retiran inmediatamente porque ya no va quedando espacio, y ¡quíteles los documentos, soldado! , y soy yo quien manda aquí y al que no le guste lo mando a fusilar porque estamos en guerra.

Ixxoxtic abre sus ojos e infla el pecho. Pone en tensión su perfecta musculatura y mira al sol, apenas entrecerrando los ojos, cara a cara, celebrando el pacto supremo tantas veces celebrado, y comprendiendo recién ese tácito entendimiento que

es entrega. El tlateochihualli se coloca grave a su izquierda, frente a las regiones del Tezcatlipoca boreal, señor del frío y del tigre de la noche, majestuoso, solemne, iluminado en su apoteosis. Alza el arma de punta foliácea entre las manos y el astro corta su luz en fieros resplandores. Empieza el canto introductorio a la región de los muertos, al reino de las calaveras que rielan por el cielo y duermen en las grutas. Los caballeros-tigres ya sienten debajo de la piel el hormigueo, la sensación mágica de orgullo y de total participación. La piedra mortal de irregular pulido es levantada por segunda vez y los rayos que brotan de su filo iluminan los tejidos de pluma y los adornos de obsidiana y malaquita. El sol, todavía en el cenit, espera ser saciado para retomar de nuevo al otro día, cuando lo llamen otra vez a transitar, del rojo al blanco, del levante hacia el poniente con su traje de fuego y de luz que enceguecen.

El otro, el joven de rostro araucano calma su letanía, enmudece y abre los ojos. Se miran. ¿El hombro, compadre? Sí, me lo quebraron, y a usted. La pierna, un balazo, compadrito, pero por lo menos no me duele. Un enfermero entra apresurado con sábanas y toallas casi limpias. ¡No atendai más el teléfono, crestón, que lo atiendan los milicos, que ellos pidan plasma y sangre a los cuarteles o a la cruz roja. No te metai en lo que no te importa, donde no te llaman, no seai huevoñ! ¿No ves que por cualquier lesera te mandan un chancacazo y te dejan listo para el patio de los callados; no sea gil compadrito y hágase el de las chacras; en estos casos, hacerse el huevón es mejor que andar en auto. El ya no siente dolor en la pierna, solamente un calorillo cercano a la rodilla, como si estuviese orinando en el muslo, como un calambre suave. ¿Y cómo le quebraron el hombro, compañero? A culatazos, todo el brazo, virgen santísima, quién me mandó venirme a Santiago. Pero dicen que en provincia la cosa está peor, los cuarteles llenos de presos, a los muertos los lanzan a los ríos. Benhaiga diosito santo, lo sin madre que se han vuelto. Sangre, sangre y plasma mierdas, que hay dos conscriptos que se nos mueren y llegaron dos más de la fuerza aérea y de aquí en adelante no me atiende usted a ningún civil, ¡hasta nueva orden!

Aquí en el mero Mizquic, don Ponciano, anda mal el negocio y tendré que irme con todas las calaveras, porque los chavos ya no compran calaveras ni muertos ni ataúdes ni difuntos porque ahora diz que Jalogüín está en la onda. Véalo usted, vea a estos escuincles malinchistas, una pinche fiesta gringa les hace olvidar la patria en que nacieron, véalos usted, después crecen, se van al norte, cruzan la frontera, los juanes se cambian el nombre y se llaman yonis. Pos que si les gusta, que se vayan a chingar a otra parte, don Ponciano, con su güisqui, con su vodca y con su Jalogüín, lo que es a mí, don Ponciano, me quedo con mi tequila o mi mezcal



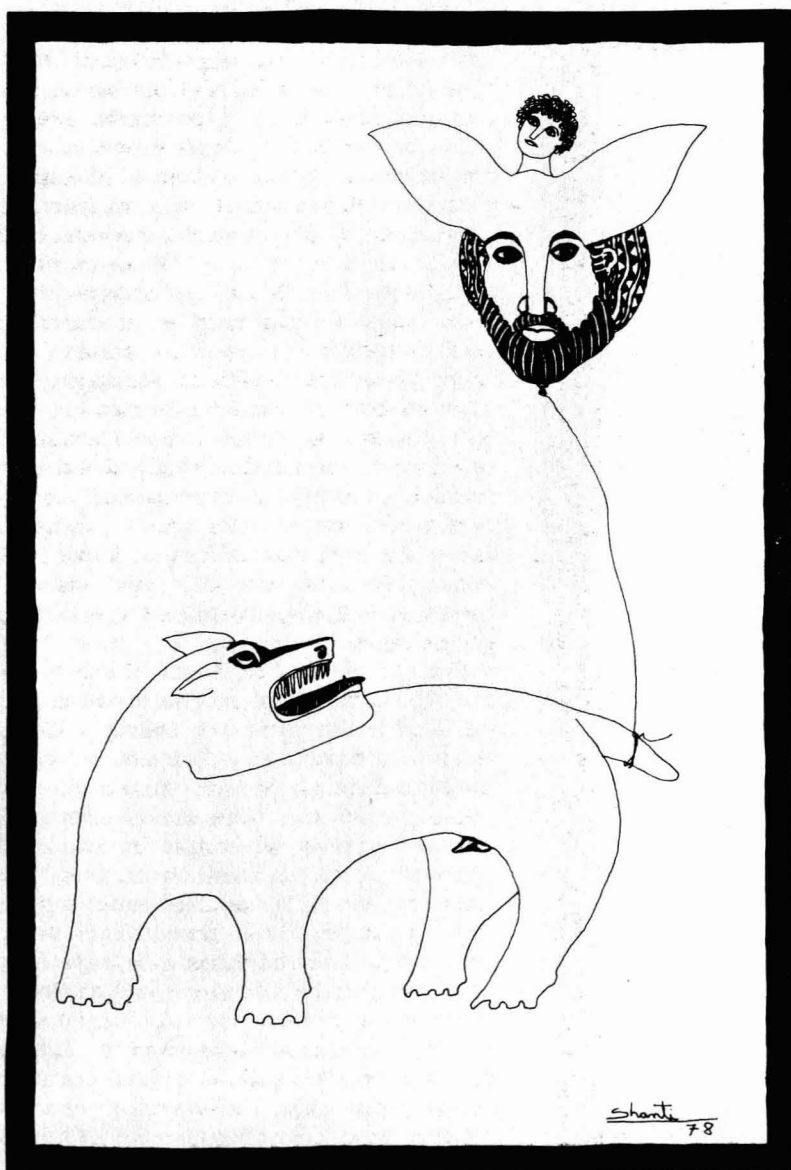
oaxaqueño de mero Mitla, y con mis muertos, mis difuntos, mis calaveras que son retemías y los chavos que están en onda que se queden con sus chingaderas. Y si acá no tenemos ni un traguito de tequila ni mezcal, pos ni modo pero tenemos nuestros muertos, don Ponciano, y nuestras calaveras, y con nuestros muertos no se juega, don Ponciano, no se juega.

Además, a los muertos civiles hay que quitarles la documentación y luego ¡al suelo! A las bajas militares en esas bolsas plásticas y con esas etiquetas con todos sus datos. Un enfermero de blanco, de blanco con manchas, con manchitas y manchones rojos enciende un cigarrillo casi deshecho. Otro echa alcohol en un pañuelo a cuadros, es por el olor, sabes. Yo no conocía el olor a muertos, a pesar de que ya va para el año y medio que trabajo aquí, desde el verano de mil novecientos setenta y

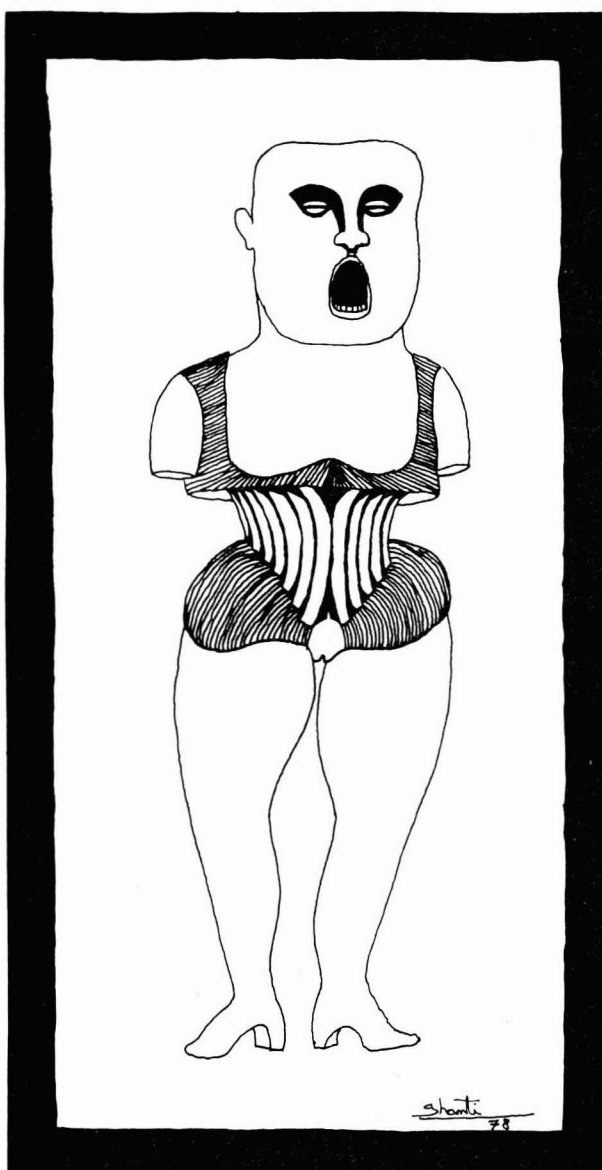
dos precisamente, en que entré a hacer un reemplazo y me quedé, porque antes yo estudiaba, es decir trabajaba aprendiendo para practicante con un señor que tenía una clínica para inyecciones y venéreas. El joven con rostro mapuche solloza en seco, moviendo los hombros, el hombro herido y el otro, esperando desesperanzado que lo atiendan, que le corten la hemorragia que brota a ratos y que lo dejen irse tranquilo con su miedo y con su pena. Y la sangre sigue siendo escasa y el teléfono no deja de sonar y el joven oficial sigue gritando y los disparos se oyen por el Cerro Blanco y por el Cerro San Cristóbal o por Conchalí. ¡Hasta cuando!, piensa el obrero, olvidándose de su pierna rota. ¡Hasta nueva orden!, vocifera el joven oficial, respondiendo a todas las preguntas, a todas las inquietudes, a todas las posibles interrogantes.

El señor tlatochihualli mete mano en su morral emplumado donde el ave se agita, la coje por el cuello y la coloca sobre el pecho poderoso de Ixxotíc que apenas respira. El aguilucho, aleteando con desesperación clava sus garras sobre la carne del guerrero quien no evidencia ni el más ligero rictus. Entonces el sacerdote hunde el tecpatl en el cuello del pájaro y la sangre se derrama por pequeños surtidores sobre el tórax enhiesto del joven iniciado. El aguilucho ensangrentado y ya sin vida, es decir el corazón emplumado del reciente caballero águila es mostrado brillante, ante la luz del sol, al resto de los guerreros. Estalla un grito al unísono y ritual, los tambores percuten los oídos de la multitud, las flautas y los tamboriles se suman al regocijo. Ixxotíc se pone de pie, recién nacido. Dos mozas le encasquetan el atuendo de plumas, el manto emplumado, que oculta los rastros sanguinolentos de su pecho. El joven teniente es recostado sobre la mesa, con su uniforme caqui ensangrentado y sobre una sábana limpia. El médico, tijera en mano va rasgando la tela con un ruido agradable para quien no ve las costras recién secas y el brillo de los coágulos y la mueca de su rostro de niño acobardado por el violento juego, ni el odio febril en sus ojos infantiles. El obrero de la pierna balaceada y el gordo del hombro quebrado bajan los ojos, sintiéndose culpables de que los vayan a encontrar culpables. Los enfermeros callan temerosos, advirtiendo de pronto que las manos les sobran y que algún detalle puede delatar en ellos el asco y el espanto. Quiero inmediatamente aquí dos enfermeras porque hay que operar de inmediato; así que cierran las puertas, que no entre nadie y consíganse como puedan sangre y plasma y oxígeno y un instrumental limpio, he dicho limpio, es orden mía y el chuchas de su madre que no cumpla será pasado por las armas, ¿está claro?, ¡Y apúrense!

Refugio va colocando las flores, siguiendo los contornos del sepulcro, va colocando las flores amarillas, las flores verdaderas que coronan a la tumba por arriba de una cruz dorado ceniciento.



Las flores de papel son para el medio, para el rojo, el blanco y el verde de la bandera; para el rosa y el negro de la calavera. Con el aserrín coloreado habrá que hacer los fondos y las separaciones. Merenciana entretanto lanza los pedazos de masa palmeada al comalito hirviendo y luego en la tortilla coloca los huitlacoques azabache y las rajas del rojo chile muy picoso; prepara una segunda tortilla con frijoles que Refugio devora en silencio, encucillado. La vieja tumba paterna comienza a vivir en los colores y en las formas que las sabias manos de Refugio saben dar. Todo el cementerio pueblerino empieza ahora a tintinear de colores, a amanecer de colorido y colorinche, entre el humito de los fuegos y el vaho del aceite en los comales y el olor de los antojos aprisionados en tortillas de maíz y las aguas frescas y el tepache y el pulque y las cervezas, en tanto allá



en la plaza del pueblo, los turistas disparan sus máquinas de fotografía sobre el muerto del kiosko y el cementerio de la iglesia aledaña. Refugio termina su plástica faena, porque este dos de noviembre los muertos han de querer flores, y canto, y el amado recuerdo de los vivos, de los que vinieron después y de los que seguirán viniendo en las familias y en el pueblo.

Los cuerpos se desplazan a la marcha, los pasos se aceleran con rapidez castrense, expulsan a dos heridos de sus sillas y se improvisa el quirófano con pericia. En un maletín traen una caja de campaña con impecable instrumental quirúrgico. Dos enfermeras como palomas asépticas aparecen de repente. Cuatro soldados colocan junto a la mesa un balón de oxígeno más parecido a una bala de cañón. Cables eléctricos se van engarzando unos a otros y hay una luz de día claro. Pero no hay sangre, doctor, hemos llamado a todas partes, hemos pedido, hemos mandado buscar y hasta ahora... ¡Pero cómo chuchas no hay sangre, mierdas! Este es un oficial y tiene prioridad absoluta, así es que me la consiguen como sea. No hay sangre, ustedes dicen que no hay sangre, inútiles de mierda, cómo que no hay sangre, ahí tienen, ahí tienen la sangre que se necesita, vocifera señalando al joven gordo con cara de mapuche, al de la chomba raída que empieza a llorar como un infante y que reza atropelladamente santa María madre de dios ruega por nosotros, santa María madre de dios ruega por nosotros. Ante la orden indiscutible del médico militar y frente a cuatro soldados con fusiles ametralladoras, los enfermeros amarran al muchacho, le rasgan la manga del lado derecho, en el brazo ligado ubican el vaso sanguíneo y le introducen la poderosa aguja. El muchacho siente que es imposible luchar y se entrega. Su rostro, antes azul se vuelve celeste, blanco céreo; el cuerpo se vacía lentamente, muy lentamente; ya no gime ni se agita; sus ojos y sus labios secos indican que, al parecer, ya no hay más sangre que sacarle a ese cuerpo.

Ixxoxtic, el Caballero-Aguila, el muerto y renacido cuyo corazón de plumas fue ofrendado al sol, de pie frente al sur, es un ave majestuosa dispuesta al vuelo. Cuando se han ido los últimos vendedores, los barrenderos de Mizquic empiezan a limpiar la plaza de tarros de cerveza, papeles pringosos, envoltorios y cáscaras de frutas. Ixxoxtic contempla cómo el sol se va hacia un ocaso de nubes y arreboles de fuego. Casi al amanecer la plaza esta vacía, y limpia, poco antes de que suenen las campanas de la iglesia llamando a la oración primera. El joven teniente herido se recupera luego de la transfusión; regresan los colores a su rostro, y vuelve a bajar los párpados con somnolencia. ¡Y dicen que no había sangre! , repite el cirujano militar con voz queda, que no había. ¡Y enciende un cigarrillo para relajar la tensión de ejercer su profesión de médico, la tensión de aquellos días tan intensos. . .!

Bajo el párpado del exilio

Esta mínima antología de literatura chilena en el exilio no es, ni puede ser, agotadora; quizá sea, apenas, representativa. Los poemas, precedidos por un asterisco son, hasta donde sabemos, inéditos. La R.

“...debajo del párpado cuantos del exilio...”

Gonzalo Rojas

Humberto Díaz-Casanueva

EL CANTO DEL CONJURO

Afuera
La tierra es el más duro de mis
Ecos

Tejo con alambre
Un traje de solemnidad

Salgo blindado por la luz
Disimulando mi nada

Salgo a contener la medida del
Universo
A clarificarme
Para mi continuidad

Camino musculosamente por la calle

Veo toco
Aquello lustrado por mi lágrimas
Dispuesto a ser más y más verídico

Triste
Pero con los ojos de oro
Viendo amaneceres

A grandes saltos
Como un Mimo contra el Viento

Chocando vasos como soles
Fragmentados

Acariciando las aves en su vuelo

Quisiera reconciliarme con el
Antagonista
Ser apenas sucesivo
Transcurriendo de la misma manera

Humberto Díaz-Casanueva nació en 1908. Es otro de los fundadores de la poesía contemporánea de Chile. Fue embajador en las Naciones Unidas durante el gobierno del Presidente Allende. Entre sus obras se encuentran *El aventurero de Saba* (1926); *Vigilia por dentro* (1931) *El*



Quisiera recuperar mi parte
Anónima

Me enternece
Que alguien excave en mi mano

Que me despeje la nube de llanto
Del Ojo

Del ojo rojo
Del ojo sacrilego
Del ojo crepitando en la lengua
Del canto

Que alguien me amoneste
Me absuelva
Me llene de Sol el Candelero

Soy su pómulo maduro
Su guante de espinas
Su animal cargando la lluvia

Lo sustituyo
En su soledad salvaje

Entonces
Me supongo cualidades
Participo de la intención común

De súbito
El alboroto de feroces pájaros
Que azucara un niño

Me azota un relámpago
En una calle infinita
Piso mármol blando mármol palpitante

Salen gotas de sangre

blasfemo coronado (1940); *Requiem* (1945) *La estatua de sal* (1947); *La hija vertiginosa* (1954); *Los penitenciales* (1960); *El sol ciego* (1965) *Sol de lenguas* (1970); *Antología poética* (1970).



Camino
Hasta que el ángel me enrolla
Por los pies

Entro en un reino florecido
De aceitunas
Hay mesas pagadas por seres
Invernales

Tahúres de largas cejas
Apretando
El estallido de una sota de oro

Ciertamente
La cabeza me es hostil
Me degüello
Me resbala un largo silencio

Un adiós iluminado
Estoy rayando el desierto

A lo lejos
Me alzo
Como la escultura que talla un mar
Colérico

Ser
Es suscitarme dentro

Me ha sido dado
Sólo un primer abismo

Mi cabeza cortada crece
En la bandeja de bronce

Crece
En el viento danzante

Heme aquí
Reniego de mi necesidad
Sólo aspiro a mi merecimiento

Estoy
Sanando de mi sombra

Voy a restregar la cerilla en
Tu carne

Veo
Un rey que alisa sus cabellos de piedra

Se pone a rebanar el hongo
A clavar los vientos en el horizonte

Canto canto
Como gaitas mis pulmones se hinchan

Canto
En la agonía de mi origen

A tu lado
Me siento tan indigno
Tan cargado de lacrimosos antifaces

Me asusta el aire
El pájaro que vuela como mordido
El pez dorado ladrando en los
Arroyos

Alguien llega
Rompe las aguas grises con un remo
Forrado en trapo

Me retuerce los Párpados

Pero no estoy listo
Nunca estaré listo

Morir
Es estancar un sueño cada vez más
Profundo

Ay
Qué compulsión de ser
Qué apremiante huella de tristísimos
Poderes

Duermo duermo
Cavando en una edad hundida
Hay montones de máscaras tragándome

El alma es una campanada
En la extensión más pura

Abrázame
Se nos va la tierra

Nos vomita un impetuoso Viento
En el país de Nadie

Todo ha sido
Necesidad de ser en el extremo de
Grandes desamparos

El sueño
Es la transparencia de la muerte

Huyes
Picoteada por las estrellas

El amor aniquila
Lo propio que atesora

Lo que retiene
Es apenas el caos de los labios

Despierto
Dando gritos ajenos
Canto canto
Pero todo se vuelve gutural





Tengo la garganta llena de
Abejas muertas

Canto canto
Hasta que brota una palabra
Una salpicadura de aguas bautismales

En mi boca
Tu nombre
Zumbando como un élitro

Siento el cuerpo
Arrojado al mar

Me enloquece la presión de mis
Sentidos

El silencio
Es un acecho de piedra dentro de los
Seres

Es la muerte es la afilada
Campana
Rompiendo el cielo

Es el espesor de mis párpados
Bajando
Hacia un dominio ausente

Canto canto

Como si quebrara sobre mis rodillas
Una jaula llena de
Pájaros ciegos

Desespera el hombre
Pero se rehace
Cuando ve un prodigio en lo que
Está más cerca

Bebo
En una lámpara blanca

Me pongo a
Santificar el mundo



Gonzalo Rojas

AQUI CAE MI PUEBLO

A esta olla podrida de la fosa
común. Aquí es salitre el rostro de mi pueblo.
Aquí es carbón el pelo de las mujeres de mi
pueblo,
que tenían cien hijos, y que nunca abortaban
como las meretrices
de los salones refinados en que se compra la
belleza.

Aquí duermen los ángeles de las mujeres que
parían
todos los años. Aquí late el corazón de mis
hermanos.

Mi madre duerme aquí, besada por mi padre.
Aquí duerme el origen de nuestra dignidad:
lo real, lo concreto, la libertad y la justicia.

EPITAFIO

Se dirá en el adiós que amé los pájaros
salvajes, el aullido
cerrado ahí, tersa la tabla
de no morir, las flores:

aquí yace

Gonzalo cuando el viento
y unas pobres mujeres lo lloraron.

TRANSTIERRO

1. Miro el aire en el aire, pasarán
estos años cuántos de viento sucio
debajo del párpado cuántos
del exilio,

2. comeré tierra
de la tierra bajo las tablas
del cemento, me haré ojo,
oleaje me haré

3. parado
en la roca de la identidad, este
hueso y no otro me haré, esta
música mía cómea

4. por hueca.
parto
soy, parto seré.
parto, parto, parto.

Armando Uribe

Oh rey Aquiles que registre*
la tierra escita, y yo que nada rijo
¿Somos el mismo horrendo cuerpo a punto
para la tumba que devora?

+++

Camines donde camines,
adonde camines,
caminarás a la tumba,
caminarás en la tumba.

+++

En todo me da la mano de muerte,
me saluda en cada cosa que toco.
Me quiere la muerte y mucho la quiero.
En cada cosa está toda la muerte.

+++

La muerte está en la ira
como el caracol en la concha.
La muerte muestra sus cachos.
Yo baño caracoles fétidos.
La muerte mientras tanto camina lentamente.

La muerte me visita. Me dice: ¿qué te pasa?
Te veo alicaído. ¿Quieres morir acaso?
Tú sabes que hay espacio
suficiente, ¿no almuerzas en mi casa?

Ven —me dice— mi casa está muy cerca.
Vamos del brazo, ven. Cosa de instantes.
Pero yo sé desde antes
que su palacio es un cajón con tuercas.

Pedro Lastra

EL EXILIO O EL REINO

Si algún dios furibundo
nos expulsa otra vez del paraíso
que tú y yo hemos creado
fundaremos una nueva ciudad bajo las aguas
en esos continentes sumergidos
donde no importan las noches ni los días
y todo lo que amemos será nuestro
y todo amor
a nuestra semejanza.

NOTA PARA EL POEMA "ANDRE BRETON Y NOSOTROS"

La mano del combatiente
su temblorosa sombra
es ahora lo único visible

HOMENAJE A RENE MAGRITTE

Sin ninguna confianza en la luz
que apago con temor y reverencia
veo la sombra de mi cuerpo
del otro lado de la pared.

¿Y mañana? ¿Y mañana?



Armando Uribe fue profesor de Derecho Minero en la Universidad de Chile. Nació en 1933. Durante el gobierno del Presidente Allende, se desempeñó como Embajador de Chile en Pekín. Actualmente reside exiliado en Francia y es profesor en La Sorbona. Ha publicado los libros de poesía: *Transeúnte pálido* (1954); *El engañoso laúd* (1956); *Los obstáculos* (1960); y *No hay lugar* (1970).

Pedro Lastra ha publicado: *La sangre en alto* (1954); *Traslado a la mañana* (1959); *Y éramos inmortales* (1969). Actualmente es profesor de literatura en la State University of New York en Stony Brook.



Jorge Teillier

PARA HABLAR CON LOS MUERTOS

Para hablar con los muertos
hay que elegir palabras
que ellos reconozcan tan fácilmente
como sus manos
reconocían el pelaje de sus perros en la oscuridad.
Palabras claras y tranquilas
como el agua del torrente domesticada en la copa
o las sillas ordenadas por la madre
después que se han ido los invitados.
Palabras que la noche acoja
como a los fuegos fatuos los pantanos.
Para hablar con los muertos
hay que saber esperar:
ellos son miedosos
como los primeros pasos de un niño.
Pero si tenemos paciencia
un día nos responderán
con una hoja de álamo atrapada por un espejo roto,
con una llama de súbito reanimada en la chimenea,
con un regreso oscuro de pájaros
frente a la mirada de una muchacha
que aguarda inmóvil en el umbral.



DESPEDIDA

Me despido de mi mano
que pudo mostrar el paso del rayo
o la quietud de las piedras
bajo las nieves de antaño.

Para que vuelvan a ser bosques y arenas
me despido del papel blanco y de la tinta azul
de donde surgían los ríos perezosos,
cerdos en las calles, molinos vacíos.

Me despido de los amigos
en quienes más he confiado:
los conejos y las polillas,
las nubes harapientas del verano.

Me despido de las Virtudes y de las Gracias del
planeta:

Los fracasados, las cajas de música,
los murciélagos que al atardecer se deshojan
de los bosques de las casas de madera.

Me despido de los amigos silenciosos
a los que sólo les importa saber
dónde se puede beber algo de vino,
y para los cuales todos los días
no son sino un pretexto
para entonar canciones pasadas de moda.

Me despido de una muchacha
que sin preguntarme si la amaba o no la amaba
caminó conmigo y se acostó conmigo
cualquiera tarde de esas que se llenan
de humaredas de hojas quemándose en las aceras.

Me despido de una muchacha
cuya cara suelo ver en sueños
iluminada por la triste mirada
de linternas de trenes que parten hacia la lluvia.

Me despido de la memoria
y me despido de la nostalgia
—la sal y el agua
de mis días sin objeto—

y me despido de estos poemas:
palabras, palabras —un poco de aire
movido por los labios— palabras
para ocultar quizás lo único verdadero:
que respiramos y dejamos de respirar.



Hernán Castellano Girón

REGRESAR A GENOVA

Ahora levanto
mis claros principios infantiles entre los senderos
del bosque
Mi pellejo torturado vuelve por sus fueros
Y entre enfermedades de niño
Que me han devuelto un fragmento del tono y sabor
De esa remota vida nuestra
Junto a rostros desconocidos que vociferan
Y entre ladrones de moneda extranjera
Y enloquecidas amas de casa
Entre esas realidades jamás negadas por nadie
Y menos por nosotros
Mi rostro inmutable te espera

CONTINENTE DEL SUR

Las casas de la tierra de Bari
Son las mismas de Coquimbo:
Qué duda cabe.

Acaso mi madre —hace mucho, mucho tiempo
O dentro de un millón de años—
Se asomó o se asomará por uno de estos balcones
De fierro forjado.

El firmamento es el mismo
Aunque la Cruz del Sur aquí no la vemos.
Y la misma ave rapaz, el mismo gallinazo puerco
Volando bajo nos ensombrece el cielo.



Hernán Castellano Girón nació en 1937. Ha publicado *Kraal* (1965); *El bosque de vidrio* (1969); *Viaggio nel cuore di Pablo Neruda* (1974); y *El automóvil celestial* (1977). Actualmente reside exiliado en Italia.

Oscar Hahn

FOTOGRAFIA

...alguien desarrollaba
el negativo de su existencia

Braulio Arenas

En la pieza contigua,
Alguien revela el negativo de tu muerte.
El ácido penetra por el ojo de la cerradura.
De la pieza contigua, alguien entra en tu pieza.
Ya no estás en el lecho:
Desde la foto húmeda miras tu cuerpo inmóvil.
Alguien cierra la puerta.

LA CAIDA

De tumbo en tumbo dando bote y bote
por la escala descendiendo la pelota
y al dar y dar y dar ese rebote
se le va el movimiento gota a gota.
De tumbo en tumbo sin cesar rebota
y rueda sin cesar de tumba en tumba
mientras el agua de la muerte brota
y su marea fieramente zumba.
Subiendo va por todos los peldaños
el agua en un mortuorio crecimiento
los días y los meses y los años.
Y lejos de los dónde y los cuándo
ya van con un inmóvil movimiento
cayendo en aguas duras cuerpos blandos.

CUADRILATERO

A los que vengan a golpearse
sin conocerse, sin odiarse,
el cuadrilátero ya espera.

Blanco con blanco frente a frente,
negro con negro frente a frente,
y blanco y negro y negro y blanco
danzan la danza de la muerte.
Pégale, pégale en la cara,
pégale, pégale en la mente,
con sangre negra o sangre blanca
se embriagarán igual las gentes.
Dáale más fuerte sobre el tórax,
dáale más duro sobre el vientre,
bailen al son de los aplausos,
bailen la danza de la muerte.

A los que vengan a golpearse
sin conocerse, sin odiarse,
el cuadrilátero ya espera.

Oscar Hahn nació en 1938. Ha publicado *Esta rosa negra* (1961); *Agua final* (1967); y *Arte de morir* (1977). Actualmente reside en los Estados Unidos y es profesor de literatura en la Universidad de Iowa.



Hernán Lavín Cerda

EL VINO DEL PRINCIPE

Ofidio soy bajo la inmundicia
de este sol que quisiera huir del cabrilleante
océano.
Mi mujer se muerde, perezosa, los labios
—sus colmillos ocultan un prestigio imperceptible—
y mi hijo, con su lengua de eremita,
busca una gota de agua
y repite secularmente el mismo gesto.

Ahora dejo caer mis uñas en la copa de vino
y el espíritu del vino se reivindica
en el polvo de tu locura.
Diríase que fui el bufón del paraíso
y tal vez sea cierto:
después de haber vivido, perdemos hasta la vida
en la estulticia de nuestros juegos terrenales.
Codiciosos en el vicio, inmundos, bellos
bajo esta blancura y el simulacro del error.

Seamos ingenuos y sea dicha la verdad:
—Pura tumba, eso fuimos, puro esplendor en la cuna.
Dirán que alguien viene desnudo de la cintura
para abajo:
corre, salta, imita el canto del cernícalo
y, luego del baile, parsimoniosamente se viste de
hindú.

¿Quién eres? ¿De qué sombra seremos?
Alguien, muy parecido a mí, observa la desidia de
mis manos,
saca sus uñas del fondo de la copa
y se burla —símbolo de nuestro júbilo—:
eleva el vino y se burla.

EXTRANJERO

I

Soy todo aquello que me excede:
pero aquello es el afuera
y el afuera es arrebató,
entierro, certidumbre, metafísica
que sólo es posible
cuando tiembla la sombra de tus uñas.

II

Cultivábamos la muerte
como el benigno fruto a su carozo.
Indigentes, éramos del gusano:
la geometría de su crisis.
Sabíamos morir en el tormento
de una muerte inalcanzable.
Total, y cenobitas, irreales:
fascinante ha de ser, al fin,
la cercanía de nuestra ausencia.

EL ESCONDITE

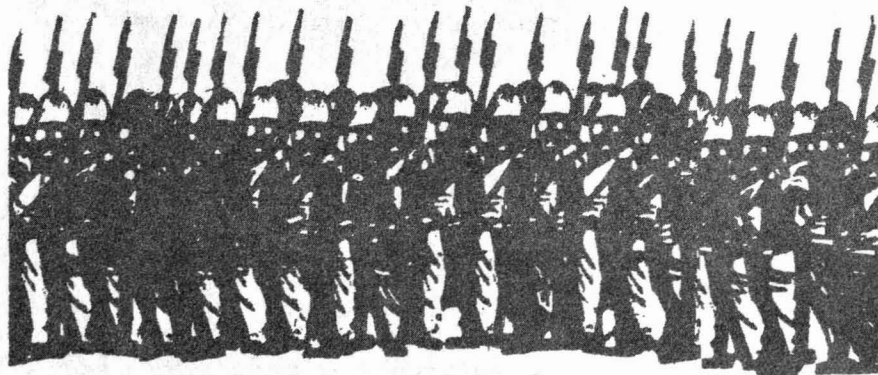
La mesa está servida,
los muertos
han llegado. Más allá del pavor, lejos
del escondite donde se ocultan los caracoles
húmedos,
levanto dificultosamente la cabeza y leo:
“Yo miro en esta hora,
y sé que alguien vigila este silencio.
Alguien que no conozco”.

Entonces, ciego, como una codorniz
asfixiada en su deslumbrante desvarío,
alguien levanta dificultosamente su cabeza
y dice en esta hora:

—Honor
a quien honor merece.

LA TUMBA

Vacía es la gota
del veneno:
—En su espesura, todo
queda por hacer.



Hernán Lavín Cerda nació en Santiago en 1939. Ha publicado *La altura desprendida* (1962); *Poemas para una casa en el cosmos* (1963); *Nuestro mundo* (1964); *Neuropoemas* (1966); *Cambiar de religión* (1967); *La enloquece en una tumba de oro y el toqui está envuelto en llamas* (1968); *La*

conspiración (1971); *La crujidera de la viuda* (1971); *El que a hierro mata* (1974); *Ciegamente los ojos* (1977); *Los tormentos del hijo* (1977); y *El pálido pie de Lulú* (1977). Actualmente reside en México y es profesor de la UNAM.

Omar Lara

CAMILA

En los últimos días de su vida
Fernando Krause le cantaba a su hija Camila.
Un día ella le cantará a su padre
en las calles limpias de Chile.

PREDICAR CON EL EJEMPLO

Miró otra vez la mancha en la pared
esa araña viscosa
cabeza de araña podrida deslizando su mugre.
Creyó comprender
pensó “nada me está destinado salvo el dulce
licor de la impaciencia”
Perdidas cabezas aladas “para siempre perdidas”
sometidas a su condición más triste
se diluyen en las placas de los cementerios.
Parecen sonreír.
Esperar la espera.
La gitana no juega en la plaza de los cuadraditos,
el ensueño terminó.
En algún lugar comenzó el invierno.
Quise llamarte. Temí que me escucharas.

No ofusques el paciente esperar de los jardines
yertos.
No exasperes el gusto frío y ácido del hierro del
jardín.
No quieras arrastrar tu nueva placidez
por entre estos manojos de llaves
huérfanas.
Ni muerdas la mano fría, lenta mano, que te tienden
como un velo,
ojo sin más acechos, párpado dismantelado.



Omar Lara nació en Nueva Imperial en 1941. *Ha publicado Argumento del día* (1964); *Los enemigos* (1967); *Los buenos días* (1972); *La serpiente* (1974); y *Oh buenas maneras* (1975) con el que obtuvo el Premio Casa de las Américas. Permaneció encarcelado en Chile durante algún tiempo y, actualmente, reside exiliado en Rumania.

Hernán Miranda

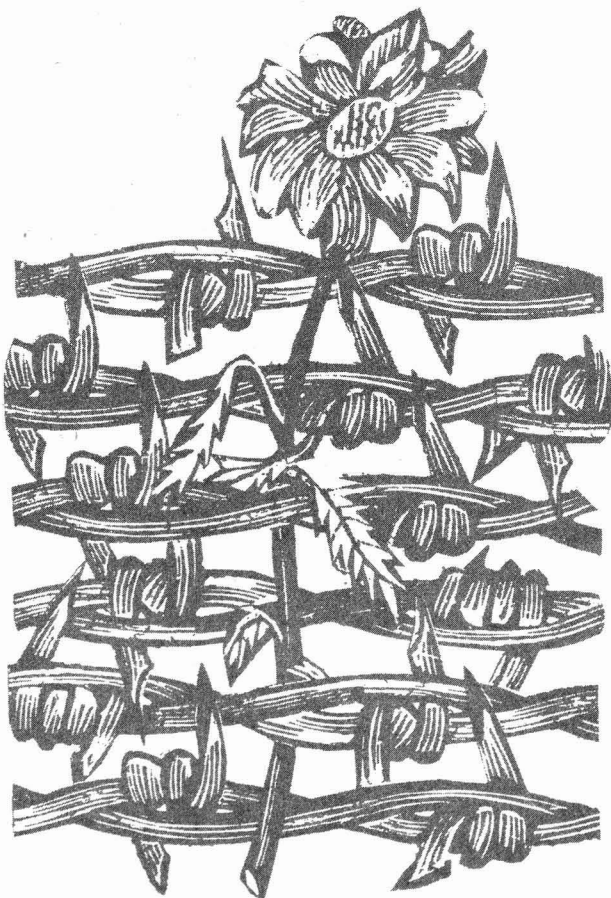
QUE HACER

He esperado siete días
Para saber el resultado de una prueba de orina.
Me explico: he orinado en un tubo de vidrio
Para que vieran ahí
Lo que pasaba dentro de mi cuerpo.

He esperado siete días y he hecho larga antesala
Para que me digan: "Puede irse.
No pasa nada. Está sano.
Vea qué puede hacer de su vida".

TIEMPO DE VEDA

Luego de hablar de la importancia de los partidos
En la Revolución
Y de la necesidad de la militancia y la no militancia
Tú has dormido en mi cuarto
Como una cervatilla en el claro del bosque.



Hernán Miranda nació en Quillota en 1941. Ha publicado *Arte de vaticinar* (1970) y *La moneda y otros poemas* (1976), con el que obtuvo el Premio Casa de las Américas. Vive exiliado en Panamá.

Gonzalo Millán

FRAGMENTO DEL POEMA, *LA CIUDAD. INVIERNO*

Cae una lluvia torrencial.
La lluvia hincha los torrentes.
Los torrentes causan inundaciones.
Hoy, función
A beneficio de los inundados.

Las lluvias son indispensables para la agricultura.
Las lluvias fecundan la tierra.
El trigo germina por primavera.
Las espigas de trigo contienen granos.

El arado se enredó en las raíces.
Los bueyes se acoplan al arado.
El campesino picanea los bueyes.
El arado se enredó en las raíces.

Escasea el trigo este año.
El paso de la tropa estropeó las siembras.
Los ratones hacen estragos en los graneros.
Las malezas esquilman los campos.
Escasea el dinero.

Tengo un kilo escaso de harina.
Encarece el pan.
Vivimos con escasez.
Está escasa la comida.
El aceite escasea.
Abunda el agua.

El aceite es más espeso que el agua.
El aceite se hiela cuando hace frío.
El aceite penetra las telas.
La espada penetra las carnes.
La espada termina en punta.





FRAGMENTO DEL POEMA,
LA CIUDAD. DESTRUCCION.

Desacataron la autoridad.
Desacuartelaron regimientos.
Desmantelaron el palacio presidencial.
Desempedrarón las calles.
Desembaldosaron las veredas.
Desfijaron los clavos.
Desfondaron los toneles.
Desgajaron los árboles.
Desgarraron las telas.
Desgoznaron las puertas.
Desquiciaron las ventanas.
Deshincharon los balones.
Deshincaron las estacas.
Deshojaron los árboles.
Deseslabonaron las cadenas.
Desengarzaron las cadenillas.
Desengastaron los brillantes.
Desensartaron los collares.
Desmamaron los terneros.
Desmallaron las redes.
Desfondaron los botes.
Desmangaron las herramientas.
Desmelaron las colmenas.
Desmembraron el territorio.
Desmoralizaron a la juventud.
Desnataron la leche.
Desnacionalizaron las minas.
Desnaturalizaron ciudadanos.
Desnitricaron el aire.
Desnudaron a los niños.
Desojaron las agujas.
Desovillaron la lana.
Desnutrieron a los niños.
Descalcificaron huesos.
Desoxigenaron el aire.
Despechugaron a las gallinas.
Desazogaron los espejos.
Desbarnizaron los muebles.
Desbautizaron las calles.
Desarraigaron los árboles.
Despellejaron los conejos.
Desplantaron las hortalizas.
Desportillaron los cántaros.
Destalonaron los zapatos.
Destejaron las casas.
Destejieron las telas.
Destituyeron magistrados.
Destornillaron las bisagras.
Destriparon las reses.
Destrozaron los libros.
Despojaron bibliotecas.
Desvalijaron museos.
Descolgaron los cuadros.

Despintaron los murales.
Descercaron los campos.
Descolaron los perros.
Descortesaron los árboles.
Descuajaron los arbustos.
Descularon los vasos.
Desaflojaron las tuercas.
Desyugaron los bueyes.
Devaluaron la moneda.
Desaceitaron las máquinas.
Desaceraron el hierro.
Desacordaron las arpas.
Desafinaron los pianos.
Destemplaron las guitarras.
Desanidaron los pájaros.
Desapoderaron sindicatos.
Desapropiaron industrias.
Desampararon a los huérfanos.
Desarraigaron compatriotas.
Desarroparon a los enfermos.
Desampararon a los ancianos.
Desatinaron a diario.
Desavinieron hermanos.
Desazonaron las comidas.
Desbriznaron el césped.
Descalzaron los pies.
Descalabraron cabezas.
Descompusieron el agua.
Desconcertaron maquinarias.
Desconcharon las paredes.
Desconocieron derechos.
Desecaron los manantiales.
Desengrasaron las ruedas.
Desenladrillaron los muros.
Desensamblaron las maderas.
Desentablaron los pisos.
Desenterraron muertos.
Desfiguraron los hechos.
Desgerminaron las semillas.
Deshebillaron los cinturones.
Desherraron los caballos.
Deslomaron a los obreros.
Desocuparon a los empleados.
Desmontaron bosques.
Desdentaron bocas.
Desolaron el país.
Desperdiciaron el tiempo.
Desvariaron a diario.
Desalaron el mar.
Desanduvieron el camino.
Destruyeron la ciudad.

Ariel Dorfman

Y qué oficio le pondremos

para Fernando Ortiz Letelier

"A qué distancia estamos de obtener el fruto? Así como la semilla requiere agua para hincharse y convertirse en tallo; así la flor y el fruto requieren *calor* para madurar. Nuestros corazones tienen mucho calor, soplemos un poco más, aumentemos el calor y el fruto caerá en nuestras manos."

Recabarren, 1917.

No había casi nadie en la cola frente a ventanilla, así que no tuvo que esperar tanto.

—Ustedes vayan a sentarse allá, en ese banquillo —le susurró a los niños. Como vio que el mayor también hacía ademán de acompañar a sus hermanos, lo retuvo—. Tú no, Lucho, tú te quedas conmigo.

Cuando le tocó el turno, no habló durante unos instantes, esperando que el empleado la reconociera. Era el mismo de ayer.

—Aquí estoy, señor. ¿Se acuerda?

—Diga, señora. —Si ya le dije. Vengo a inscribir al niño.

El empleado le escrutó de nuevo la cara y pareció recordarla.

—Ah, claro, la que se había olvidado la libreta en casa.

—Usted no quiso inscribirme el crío —dijo ella—. Aquí tiene la libreta, pues, señor.

El empleado recibió el documento que le ofrecía.

—La ley es la ley, señora. Qué se le va a hacer. Sin libreta no se puede.

Ella no respondió. El muchacho que permanecía a su lado se empujó sobre las puntas de los pies para ver mejor. Sus ojos llegaban justo hasta el borde de la extremidad inferior de la ventanilla.

—Bien señora. Cuándo nació el niño?

—Hace ocho días.

El empleado hizo un gesto de impaciencia.

—No puede ser, señora. Dice la ley que debe quedar registrado dentro de un plazo máximo de tres días.

—Perdone, señor, pero fue hace ocho días —dijo ella—. El cuatro de noviembre, para ser exacta.

—No es su primer niño, señora. Ya debería saber cómo se hacen estas cosas.

—Es la primera vez que lo hago yo, señor. Si quiere, le muestro la guagua. Se la traje, por si había necesidad. Indicó vagamente en dirección al grupo de niños instalados con las patas colgando en el banquillo arrimado a una pared de esa oficina del Registro. La más grande tenía en brazos a un pequeñito.

—Creo que le dije ayer que no hace falta la presencia física del concernedo...

—Pensé que podía haber necesidad. Disculpe, señor.

—Bueno, señora, está bien. Vamos a hacer una excepción en su caso. Pero le advierto que la próxima vez va a tener que mandar a otra persona a inscribir al niño dentro de los plazos requeridos por la ley. ¿Entendido?

A ella algo le cambió levemente en la voz.

—No voy a tener más hijos, señor. Este es el último.

—Está bien, señora. Eso es cosa suya. Pero si decide tener más, ya lo sabe. Manda a alguien. Puede ser el papá, o un hermano. Un mayor de edad, eso sí, porque tiene que ser adulto.

—Gracias, señor.

—¿Dónde se efectuó el parto, señora? ¿En esta circunscripción?

Ella señaló la libreta.

—En la casa, señor. Ahí tiene la dirección. Es la misma.

El hizo la anotación en la hoja correspondiente.

—El certificado de Carabineros, por favor.

—¿Señor?

—El certificado del retén de Carabineros, señora. Si no nació en hospital, debo tener alguna prueba del nacimiento del niño con autoridad competente.

—Ahí está el niño, señor.

El empleado suspiró. Se quitó los anteojos y los fue limpiando con extremada velocidad. Luego se los volvió a ajustar.

—Le voy a explicar, señora. Hay que traer un papelito, así, como éste, firmado por el sargento del retén de carabineros de la población donde usted vive.

—¿Por el sargento Silva?

—Sí, señora, supongo que sí, por el Sargento Silva. El tiene que atestiguar que el niño nació en la fecha que usted dice.

—El no estuvo presente, ¿cómo va a atestiguar?

El empleado sintió los negros ojos del muchacho mirándolo con atención. No se le veía la nariz, sólo el par de ojos a la altura de la ventanilla.

—Señora, yo debería mandarla de vuelta a buscar ese certificado...

—¿Otra vez!

—...pero en vista de su condición y que ya vino ayer y, bueno, como trajo a todos sus chiquillos, voy a hacerle el servicio de inscribirle la guagua sin más trámites. Pero espero que entienda que esto es altamente irregular.

—Perdone, señor —dijo ella—. Antes estos problemas los resolvía mi marido. Es la primera vez.

—Está bien, señora. ¿Cómo vamos a llamarlo al niño?

La mujer no vaciló ni un instante.

—Luis Emilio.

El empleado pestañeó. Después, juntando los labios, consultó la libreta de matrimonio, que tenía abierta sobre el escritorio en la página correspondiente a los nacimientos.



—Señora —dijo, por fin.

—Sí, señor?

—Si no me equivoco, ya tiene usted un hijo que se llama así.

—Sí, señor, es este muchacho que está acá conmigo. El también se llama Luis Emilio, tal como su padre, señor.

—Señora —dijo el empleado—, no puede usted llamar al niño, al nuevo, con ese nombre. —¿Y porqué no? Yo conozco mis derechos. Somos nosotros los que debemos de bautizar al niño.

El empleado notó que detrás de ella se formaba y alargaba una cola considerable. De manera ostentosa, examinó su reloj.

—Señora, no tengo toda la mañana. Le ruego que tome en cuenta que este niño no dispone del certificado correspondiente y que lo estamos inscribiendo de todos modos. Es un favor muy grande el que le hacemos. Entienda, por favor, que no puede haber dos niños de la misma familia que se llamen con el mismo nombre propio. Es ilegal.

Ella respiró profundamente y se acercó lo más que pudo a la ventanilla, hasta que estuvo a unos cuantos centímetros del rostro del empleado.

—Este niño —sentenció— va a tener el nombre de su padre. Por eso, usted anote ahí Luis Emilio González Jaramillo. Esa es mi voluntad.

El empleado se paró bruscamente de su asiento, alejándose un poco de la mujer. Por primera vez elevó la voz, pero no tanto como para que quienes estaban parados en la cola, todos hombres, pudieran

oírlo. —Señora, usted no le va a poner eso que dice a su hijo por la sencilla razón de que no se lo voy a aceptar. Ni yo, ni nadie en este Registro, ni en ningún otro Registro del país. Ya tiene un hijo llamado así, y no puede tener otro. Esa es la ley. Se sentó nuevamente, más calmado, volvió a sacarse los anteojos, se los puso otra vez. —Imagínese el caos que resultaría si todos nos llamáramos igual.

Ella no se movió de la posición que había adoptado, atrincherada, inclinada inmensamente encima de la ventanilla. Casi le borraba el horizonte al empleado. Cada palabra era categórica, estaba como masticada, digerida, meditada, separada.

—El padre de este niño quiere que le pongan ese nombre, el nombre suyo, y ni usted, ni nadie, lo puede impedir. Hágame el favor de escribir ahí, bien claro, Luis Emilio González Jaramillo.

—Señora, esta es una oficina del Registro Civil. Tenemos mucho público que atender. Porqué no le pide a su marido que venga él mismo a registrar a la guagua. Se me ocurre que él podría ser más razonable. Como él ya ha hecho este tipo de trámites...

Trató ella de acercar su busto aún más, pero era imposible. Bajó la voz hasta un semisusurro.

—Eso es lo que estoy tratando de explicar, señor. Por eso vine yo. Es porque él no puede.

El empleado tomó la libreta y abrió la primera página. Ahí estaba la foto de la señora a su lado, la del marido. Cuando levantó los ojos, se encontró con la mirada del muchacho, que no lo soltaba. Retornó a contemplar la libreta y, después, con un gesto definitivo la cerró.

—Lo siento, señora. Verdaderamente, créame que lo siento... Pero no hay nada que yo pueda hacer. Si quiere ponerle otro nombre, se lo ponemos en el acto. Si no, le ruego que se salga para un lado, de modo que pueda atender al público que espera.

—No me va a hacer el favor, entonces, señor?

—Ya le he dicho, señora, que no puedo resolver su problema. Usted sabrá lo que hace... El próximo?

Ella se instaló a un lado de la ventanilla. Un hombre tomó el lugar que ella había ocupado hasta ese momento. La mujer contempló con tranquilidad cómo realizaba los trámites. La conversación entre el hombre y el empleado, la fluidez con que todo se llevó a cabo. Cuando se fue, el empleado evitó mirarla. Llamó al próximo.

Ella se quedó así durante un largo rato, viendo pasar los padres de los niños, inmóvil, salvo que en un momento agarró una de las manos de su hijo. El acto de inscripción era un proceso sin demoras, limpio, fácil, tajante. Antonio, se llamaba uno. Jorge Hugo, el otro. Gumercindo Sebastián, el que venía. Todos recién nacidos, todos registrados por su padre, o en su defecto, por el tío, y en un caso por el abuelito.

De repente, el empleado habló con más fuerza que de costumbre.

—El último de la mañana, dijo su voz, como si avisara la salida de un tren. Los demás, vuelvan en la tarde.

Ella fijó los ojos en el hombro del señor que estaba parado tan cerca, el caballero que traía toda la documentación pertinente. Cuando este se despidió, ella se puso velozmente en su lugar.

—Y si le pusiéramos Emilio Luis? —dijo en un torrente.

—Señora —dijo él, sin levantar los ojos, con una fatiga de montaña en el cuerpo, en la espalda, en la nuca— ¿porqué no le coloca otro nombre y arreglamos el asunto de una vez? Al niño lo va a tener que inscribir de todos modos. Ahórrese mejor un día más de espera, la plata de la micro, ¿no le parece?

—Me vine caminando —dijo ella.

La oficina se estaba vaciando. Salían todos para la hora del almuerzo. Pasó un colega.

—Apúrate, Federico...

El le dijo que ya llegaba, que lo esperaran en el camino.

—Señora, ya ve, estamos cerrando. No puede quedarse acá. Va a tener que esperar afuera.

Ella no le hizo caso. —¿Y puede cambiarse de nombre, más tarde? —preguntó—. Dicen que hay una nueva ley, que la gente puede ponerse un nuevo nombre.

El parecía muy cansado. Se levantó de su asiento y se puso a arreglar con mucha lentitud los papeles que estaban sobre el escritorio. Casi no quedaba nadie en la oficina. Desde la puerta, lo llamaba otro colega. Tomó una pequeña cadena, de esas que se colocan en las ventanillas para indicar que están cerradas.

Ella lo atajó con un gesto decisivo.

—No me cierre, señor. Está bien. Le pongo otro nombre... ¿Me atiende no?

El se quedó con la cadena en la mano muy quietamente, como si estuviera escuchando algo en la lejanía. La cadena se balanceaba en el aire. Le hizo una seña al colega que lo seguía esperando en la puerta. Después estiró la mano para recibir, por segunda vez esa mañana, la libreta.

—Maruja —llamó ella—. Trae el niño.

El no se sentó.

—Bien —dijo, tomando la lapicera sin soltar la cadena en la mano izquierda—. ¿Qué nombre le ponemos?

Ella pronunció las palabras con serenidad. —Que sea Salvador —dijo—. Póngale Salvador, entonces.

El vio que el último colega lo había entendido y que se marchaba. El único que iba quedando en la oficina era un solitario portero que, muy lejos de ellos, al otro lado de la sala, esperaba con alguna impaciencia que hubieran terminado, para cerrar las puertas por donde salía el público.

El repitió el nombre en voz baja.

—Sal-va-dor.

La mujer tomó al recién nacido en sus brazos y se lo mostró al empleado. —Salvador González Jaramillo —explicó ella, deteniéndose en cada sílaba—. Aquí está.

Los niños se encaramaron sobre la ventanilla para ver cómo el empleado deletreaba el nombre, con esmero, con definitiva precisión. Sólo entonces le entregó la libreta, junto con un papel.

—Me lo firma ahí —dijo él.

—Es que no sé firmar.

El empleado le pasó una lapicera en silencio. Después declaró: —Eso no importa, señora, le aseguro que no tiene mayor importancia. Ponga una cruz allá no más, allá donde están los puntos, al final de la hoja.

—Resulta que nunca aprendí —dijo ella—. Era él quien hacía todas estas cosas.

El empleado recibió el papel con la marca.

—Supongo que usted no trae un testigo, ¿no, señora?

—¿Un testigo?

—La ley requiere que, si el padre no inscribiera el niño, lo haga alguien acompañado de algún adulto masculino, preferiblemente el pariente más próximo.

—No traigo a nadie —dijo ella, mirando a su alrededor.

El empleado acogió de nuevo los ojos negros del muchacho, y los ojos del resto de los niños, que lo observaban con interés.

—Si a usted no le importa, entonces, señora —dijo— me pongo yo mismo como testigo.

—Muchas gracias, señor. Es muy amable de su parte.

—No tiene nada que agradecer. Lo hacemos siempre.

El empleado escribió su propio nombre en el certificado y después lo firmó. Entonces cerró la ventanilla con la cadena, guardó la copia del papel, la lapicera y se puso a ordenar demorosamente un fajo de papeles.

—Con que Salvador González Jaramillo —dijo él—. ¿Con que este es el hombre, eh?

La mujer le tomó la cara al muchacho y se la alzó. El tuvo que dejar de contemplar al empleado y puso los grandes ojos negros en su madre, en la guagua que ella le exhibía ahora.

—El hermanito ya tiene nombre —declaró ella—. ¿Tú que crees? ¿Estaría contento el papá? ¿Tú crees que estaría contento?

El muchacho le devolvió la mirada con tranquilidad infinita y, tragando fuerte, habló por primera vez esa mañana.

—Sí —dijo Luis Emilio—. El papá va a estar muy contento cuando vuelva.

Ensayó algo así como una pequeña sonrisa.

Entonces a sus espaldas presintió, adivinó, supo que el empleado, el empleado, el empleado también se estaba sonriendo.

Contra la pared

(Cuento-Testimonio)

Las manos unidas con los dedos entrelazados detrás de la nuca, la frente y los codos apoyados en la pared, las piernas abiertas y la punta de los pies separados del muro unos sesenta centímetros.

Poco rato antes las seis personas habían estado sentadas en el comedor, conversando y cambiando impresiones sobre los sucesos ocurridos en los últimos días. Ahora, todos en idéntica posición, formando una hilera en el pasillo, esperaban. La orden había sido mantenerse absolutamente inmóviles y a sus espaldas había un soldado con el dedo puesto en el gatillo de la metralleta que garantizaba que la orden sería cumplida.

La patrulla militar había llegado casi a las diez de la noche. Un golpe suave en la puerta, un brusco empujón al entreabrirse esta y la irrupción de tres soldados con las armas apuntadas sobre los presentes:

— ¡Allanamiento! ¡Nadie se mueva!

Luego, órdenes rápidas y cortantes:

— Todos acá.

— Las manos en la nuca.

— Cara a la pared. ¡Camine! ¡Camine!

— No se mueva ¡Quédese ahí! Afírmese en la pared! ¡Separe las piernas! ¡Así!

Después:

— ¿Hay más gente en la casa? ¿Dónde están?

— No, no hay nadie más, sólo nosotros. Pero, dígame de qué...

— ¡Silencio! ¡No se muevan!

Los prisioneros no parecían ser una presa de cuidado. Dos muchachos de 12 y 17 años, una muchacha de 18, dos hombres con canas a los cuarenta y una mujer alta y gorda que habría superado recién la treintena. Había un aire familiar en todos ellos.

Los jóvenes parecían hermanos, se veían tranquilos y obedecían las órdenes con calma y en silencio. Al comienzo, el muchacho mayor había reaccionado con furia.— ¿Qué quieren estos desgraciados? — Pero se contuvo al ser reconvenido por su padre y no alcanzó a ser oído por los soldados.

El hombre alto debía ser el dueño de casa, era el único que se había permitido hablar para imponer tranquilidad a los demás y decirles que obedecieran las órdenes sin discutir. En cambio, los otros dos, la mujer y el hombre que parecía un poco más joven, estaban claramente alterados: sus ojos, humedecidos y más abiertos que de costumbre, se movían rápidamente de un soldado a otro, desde las caras a las metralletas, de un rincón a otro de la habitación; pero también obedecieron las órdenes y mantuvieron silencio.

Para el esmirriado conscripto que custodiaba a los detenidos este era el quinto allanamiento desde el 11 de septiembre. Esos cuatro días habían transcurrido afiebradamente y apenas si habría dormido veinte horas en total. Pero no se sentía cansado. Al contrario, las cápsulas de anfetamina que le daban cada seis horas mantenían sus nervios tan tensos y excitados que se sentía capaz de cualquier cosa por difícil que fuera. Lástima que las malditas pastillas no eliminaban el miedo, ese terror visceral que le había invadido desde que su regimiento recibió la orden, recién el lunes, de trasladarse a la capital. No les dijeron de qué se trataba ni a qué iban, pero ellos sabían lo que vendría y lo que tendrían que hacer. Estaba en el ambiente hacía tiempo y, desde que había renunciado el General Prats, los oficiales y suboficiales no se recataban en hablar contra el Gobierno y anunciar que la hora estaba próxima. Por eso, cuando salieron, llegó el miedo y fue creciendo y creciendo desde que empezaron las acciones del martes.

A él no le había correspondido todavía participar en ningún enfrentamiento armado. Hasta ahora, había estado primero haciendo guardia y revisando vehículos en un cruce de calles y, desde el segundo día, le ordenaron que integrara esta patrulla a las órdenes del Mayor. No conocía previamente a ninguno de sus compañeros y estos le trataban con aires de superioridad porque se dieron cuenta que él era del campo, del Sur y nunca antes había estado en Santiago. Lo llamaron el "Huasito" y en todas las acciones le encargaban siempre de las tareas más desagradables. Pero sabía que no podía reclamar ni hacer observaciones, ya había tenido un buen ejemplo en el primer allanamiento que hicieron en una población; uno de sus compañeros, que cometió la



EL FASCISMO

imprudencia de intentar defender a una mujer a la que un cabo golpeaba salvajemente mientras la interrogaba, recibió como respuesta: ¿Así que soy comunista, desgraciado? — acompañado de un culatazo en la cara y el envío a las mazmorras del cuartel donde sabe Dios lo que le esperaba. Eso era lo más claro de todo, quizá lo único que él tenía realmente bien comprendido, había que obedecer sin chistar y cumplir exactamente lo que se le ordenaba. A lo mejor, en una de éstas tenía buena suerte y se le presentaba la oportunidad de agarrar algo, como había visto hacer a otros soldados que ya habían conseguido un par de cámaras fotográficas, una radio a pilas y hasta dinero. Y eso que sólo habían allanado a gente que era hartos más pobre que las de esta casa y de las que, al parecer, vendrían después. Ya se veía volviendo a su pueblo, con cara de héroe, a buscar a la Rosita llevándole de regalo alguna de esas cosas que se podían coger en las casas de estos marxistas, que habían querido robarse todo y liquidar el país para convertir a los chilenos en esclavos de los rusos y los cubanos, como les había dicho su Coronel cuando les habló en la madrugada del Martes, antes que salieran a los operativos.

Después de haber sido colocado contra la pared, con la prohibición de moverse y hablar, el hombre quedó ubicado entre sus hijos y sus primos, prácticamente al centro del grupo. A su lado derecho la mujer y al izquierdo el muchacho menor. A pesar de la posición podía mirarlos de reojo; le preocupaba la mujer pues temía una reacción nerviosa que podría ocasionar un desaguisado similar al que había ocurrido con la pareja que estaba al lado suyo esa misma tarde, cuando fue detenido frente al cerro Santa Lucía para revisión del automóvil por una patrulla de carabineros. Estaban de pie, también con las manos en la nuca, mirando hacia el cerro de espaldas a la calle y los automóviles. Una revisión de rutina buscando armas o elementos comprometedores, como se hacían en todo Santiago en esos días y que a él ya le había tocado varias veces, la primera el mismo día 11, a las cinco de la tarde, cuando volvía desde el centro hasta su casa. Era cosa de paciencia solamente, pero la mujer empezó a protestar a viva voz, presa de la histeria y recibió un insulto y un empujón del carabinero que los custodiaba, su acompañante quiso intervenir y obtuvo de inmediato una ración de puntapiés y culatazos que de seguro le quebraron alguna costilla; después por orden del oficial a cargo, ambos fueron conducidos a empujones y golpes hacia la Comisaría ubicada a una cuadra del lugar.

También, girando un poco la cintura, podía ver al soldado que los vigilaba y eso le inquietó más aún. Flaco y de poca estatura, escasamente le alcanzaba el hombro, sus ojos se notaban extraños por lo dilatado de las pupilas y sus manos aferraban

nerviosamente la metralleta, que apuntaba de frente, a la mitad del cuerpo de los detenidos. La figura toda del muchacho, no tendría veinte años, trasuntaba su miedo e inseguridad. Había, también, algo en su actitud que parecía traslucir odio y resentimiento, daba la impresión de que para él sería un placer apretar el gatillo y barrer a las personas que tenía por delante.

El Mayor, encargado de la patrulla, había entrado con cuatro hombres más, los que harían el registro, inmediatamente después que los primeros soldados avisaron que la situación dentro de la casa estaba dominada. La denuncia recibida acusaba la posibilidad de que hubiera un depósito de armas y aseguraba que se habían visto movimientos extraños el día 12 de septiembre en esa casa. Advertía, además, que se trataba de gente peligrosa cuyas actividades habían sido cuidadosamente vigiladas desde hacía más de un año por los cuadros de Patria y Libertad de la manzana, los que habían detectado allí un gran número de reuniones y actos sospechosos. Por esta razón se había preocupado de tomar las debidas precauciones. Los tres jeeps que transportaban a sus veinte hombres habían llegado silenciosamente; hizo montar dos ametralladoras en el frente de la casa y distribuyó los soldados en los lugares que consideró estratégicos para el caso que se presentara alguna resistencia. Sin embargo, por el barrio en que estaban, no creyó que la denuncia fuera efectiva y pensó desde un comienzo que se trataba de un trabajo inútil, tan inútil como habían sido hasta ahora todos los allanamientos que había realizado.

El no era oficial de carrera. Perteneció a las filas del Ejército pero se había acogido a retiro cuando tenía el grado de teniente, buscando mejorar su situación económica. De eso hacía casi veinticinco años. Se había casado, siendo teniente, con la hija de un industrial acaudalado y ahora, y desde entonces, había trabajado en los negocios de su suegro desempeñando funciones llamadas "de confianza" que, él lo sabía muy bien, no eran otra cosa que el subterfugio digno con el cual se le aseguraba un nivel de ingreso para su familia que correspondiera a las exigencias del medio social en que se desenvolvían. Por eso, nunca se despegó totalmente de la vida militar y muchas veces se sintió arrepentido de haber dejado esa profesión en que él valía por sí mismo. Había seguido como oficial de la reserva, vestía el uniforme en algunas ocasiones, cuando había celebraciones solemnes y, más que nada, frecuentaba regularmente los casinos de oficiales para convivir con sus ex-compañeros de armas. Ahora se había presentado su oportunidad. Sus camaradas sabían lo que él pensaba de la U. P. y de los comunistas, muchas veces lo hablaron, al principio ocultamente en reuniones privadas, después, al final, abiertamente en los casinos y en todas partes.

Cuando llegó la hora lo llamaron y el no había



fallado. Sólo lamentaba no tener más que el grado de Mayor y que por ese motivo le hubieran destinado a estos menesteres secundarios. Si hubiera seguido la carrera regular sería Coronel y estaría en la antesala del generalato. Y ahora sí que un alto grado militar tendría la importancia social y económica que le correspondía, ya no podría cualquier civil baboso mirar en menos a un oficial de las Fuerzas Armadas de la República. Ya vería el viejo cabrón de su suegro quién le hacía favores a quién y cuál de los dos era más importante.

El Mayor participó en el primer registro. Se hizo rápidamente, más que nada para buscar si había alguien escondido y determinar si existía algún lugar que ameritara una revisión a fondo. Después se instaló en el comedor para proceder al interrogatorio de los detenidos. El registro más minucioso quedaría a cargo del sargento y sus hombres, pero esta vez el interrogatorio lo haría él personalmente. No quería que se repitieran las escenas que tuvo que presenciar en los allanamientos hechos en las poblaciones marginales y en los barrios pobres. Ciertamente que esta no era, indudablemente, una casa de gente de gran posición, había de todo pero los muebles eran modestos, no se veía equipo estereofónico, el automóvil estacionado en el jardín era un modelo con más de diez años de antigüedad y la despensa estaba casi vacía. En cambio, en el pasillo de los dormitorios había una estantería de seis metros de largo por dos de alto llena de libros que aún no habían tenido tiempo de revisar. Con gente así había que andarse con cuidado, no tenía otros antecedentes que la denuncia y las primeras observaciones discretas y podía muy bien ocurrir que estos tuvieran relaciones o contactos que hicieran pagar de alguna manera los abusos excesivos.

Ya había tenido cuidado de advertir a sus hom-

bres que en estos allanamientos en el barrio alto (todavía habría dos más para ellos esa noche) tendrían que actuar de otra manera, no podrían llegar dando golpes y patadas, ni botando las puertas a empujones, ni reventando colchones con las bayonetas, ni rompiendo los muebles a culatazos; tampoco deberían manosear a las mujeres ni rasgarles la ropa. Eso estaba bien para tratar el rotaje y hacerlos agarrar miedo, pero acá había que evitarlo.

En cambio, al Huasito le parecía que la casa no era modesta. Encontraba que no era muy grande, pero había lámparas, una alfombra entre los sillones del living, un comedor aparte y afuera, en el jardín, un automóvil de esos que él nunca llegaría a tener. Además, todo estaba encerado y había cortinas.

Así vivían estos de la U. P. —reflexionó— y después le decían a la gente que había que repartir las cosas, que todos eran iguales y otro montón de huevadas que hacían que los pobres se sintieran macanudos y que en poco tiempo iban a tener de todo.

Y la gorda, ¿cómo se sentiría si le metiera el cañón de la metralleta por el culo? El tremendo grito que largaría, o, a lo mejor, se sentiría feliz y acababa de puro gusto.

Pensó que el Mayor la había cagado cuando ordenó que tratara bien a estos huevones. Por la forma como lo miró el tonto grande cuando le mandó que se pusiera contra la pared y abriera las piernas, con gusto le habría dado una patada en las pelotas, a ver si no se le quitaba lo sobrador.

La que no estaba nadita de mal era la chiquillona, seguro que los guardias del cuartel estarían felices si se la llevaban como prisionera. Ellos se habían afilado a casi todas las que habían caído por allá y nadie les decía nada. Ayer le habían contado que una cabrita de 15 años se les murió después que le habían pasado como diez por encima; es que tuvieron que pegarle para que se dejara y se les pasó la mano.

El hombre ya se estaba sintiendo cansado. Aparte de la sensación de estar totalmente indefenso la posición no era incómoda al principio, pero después de media hora se hacía molesta y, transcurrida una hora completa, ya comenzaba a dolerle la espalda y se hacía sentir su exceso de peso, las piernas cansadas le cosquilleaban empezando a insinuar los primeros calambres.

¿Cuánto tiempo habría transcurrido? Oía a los soldados moverse en el interior de la casa, remover los tabloncillos que estaban apilados en el patio, entrar a los dormitorios, abrir cajones y armarios. Sabía que no encontrarían armas sencillamente porque no las había en la casa. La pistola Luger, con su triste cargamento de cuatro balas, estaba enterrada bajo el parrón y tendrían que ser brujos para hallarla. Pensó que podrían robarle algunas cosas pero eso no le preocupaba mayormente; total, no había nada muy

valioso y no tenía dinero en casa en ese momento.

Mientras tanto el Mayor había comenzado su interrogatorio en el comedor. El conscripto iba ordenando quién debía pasar, el oficial los interrogaba, los devolvía y pasaba el siguiente. Empezaron por los muchachos, del menor al mayor. Luego tocaba el turno a la mujer.

Un golpe nada suave dado en el antebrazo con el caño de la metrálleta:

—A ver usted, camine.

—¡No me golpee! ¡Qué se ha imaginado!

—Ya, cálese y muévase. ¡Rápido! , la voz del conscripto, queriendo ser enérgica y decidida.

La mujer, con las manos siempre sobre la nuca, caminó hacia el comedor.

Ante el golpe dado a la mujer, el hombre giró rápidamente el torso, sin mover las piernas ni bajar los brazos, y se quedó mirando fijamente al conscripto. La furia lo invadía, pero se dominó porque sabía que toda acción o palabra no sólo resultaba inútil sino que echaría a perder aún más las cosas. Si el oficial o los soldados persistían en su intento de encontrar lo que no había tendrían lugar escenas muy desagradables. A pesar de que el comedor distaba sólo unos pocos metros, percibía nada más que un murmullo indescifrable de lo que hablaba el oficial y las respuestas que recibía. No había tenido la precaución de conversar con sus muchachos acerca de como proceder en caso de allanamiento, aunque no le había tomado de sorpresa y casi lo esperaba. Temía que uno de los dos mayores, en un momento de impaciencia o por altivez, hubiera reconocido ser militante de la Jota.

Reflexionó sobre lo que tendría que hacer si querían llevarse preso a alguno. ¿Ofrecerse a cambio? No resultaría. Si intentaban llevarse a la hija tendría que hacer cualquier cosa porque se imaginaba lo que le ocurriría en un cuartel de regimiento o en los lugares de detención. Pensó en recurrir incluso a la amenaza personal para presionar al oficial. Si era cobarde podría dar un buen resultado.

Sabía que sería el último en ser interrogado y empezó a pensar acerca de qué actitud adoptar. Luego desistió. Habría que ver primero lo que pretendería el oficial. En todo caso, lo importante era mantener la calma.

La mujer regresaba, temblorosa y llena de agitación. Se oyó la voz del oficial:

—Soldado. Permítale a la señora que se siente.

—A la orden, mi Mayor. Señora, pase a sentarse.

Era el turno del marido. Ahora el diálogo fue más largo y animado.

El hombre, siempre con la frente apoyada a la pared, lograba ahora recoger algunas palabras sueltas, deshilvanadas; pero no le era difícil imaginar las explicaciones que su primo ofrecía al Mayor y que

corroborarían las que seguramente había hecho su mujer y habían obtenido el mejoramiento de trato dado a ella por orden del oficial:

—Que él no era de la U.P. ni lo había sido nunca. Todo lo contrario. El era comerciante y vivía en Villa Alemana; había venido a Santiago a saber de sus hermanos y su familia porque en su pueblo se decía que en la capital había habido una lucha terrible con muchos muertos y heridos. Que él estaba de acuerdo con la intervención de las Fuerzas Armadas porque no quería perder lo que tanto trabajo le había costado juntar. Que había apoyado la huelga de los camioneros (de seguro mostraría recibos de su contribución financiera a la huelga). Que ojalá la intervención de las Fuerzas Armadas hubiera sido antes para evitar que los marxistas hubieran llegado a los extremos peligrosos a que se llegó. Que él sabía que ahora volverían a imperar el orden y la disciplina que en el país necesitaba. . .

El hombre sintió asco. Luego le tocaría a él. Esperaba que su pariente no le hubiera comprometido en sus declaraciones.

—Usted, camine. No baje las manos.

Se movió pausadamente, mirando de soslayo al conscripto. Adivinaba en él el deseo de empujarlo, de hundirle la culata de la metrálleta por las costillas; ello, junto con ese temor indifrazable que reflejaban sus ojos.

Llegó al comedor. Allí, sentado, el Mayor, con su pistola sobre la mesa y un libro en la mano: "Corvalán, 27 horas", una larga entrevista periodística que se había publicado hacía ya tiempo y en la que el jefe de los comunistas explicaba la posición de su partido en el proceso chileno.

Durante un momento se sintió ridículo y molesto. Luego, bajó lentamente los brazos, recorrió el cierre de su chaleco, lo abrió y dijo:

—Vea, oficial. Estoy desarmado. Tampoco voy a correr el riesgo de que se arme una balacera estando mis hijos presentes. Además, ya estoy cansado. Me parece innecesario que deba estar con los brazos en alto.

—Está bien. Baje los brazos.

—Supongo que estando en mi casa y en mi comedor, podrá usted permitir también que me siente.

—No. Permanezca de pie. . . y no hable mientras yo no le pregunte. ¿Entiende?

Se miraron en silencio. Ambos preguntándose como se desarrollaría el interrogatorio y cual sería la mejor forma de abordarlo.

El aspecto calmado y casi displicente del hombre desconcertaba al oficial. La propia actitud de los muchachos en el interrogatorio, sin dejarse amilanar, con respuestas rápidas y sin contradicciones, le habían inspirado respeto. Algo parecido podía esperarse del padre de ellos.





Además, el no era experto en interrogatorios. Como solamente había sido oficial de la reserva no tuvo la posibilidad de aprovechar las ventajas del Pacto de Ayuda Militar establecido con los Estados Unidos y no había asistido a los cursos de entrenamiento que los yanquis daban en sus bases de la Zona del Canal a los militares latinoamericanos. Allí se aprendía hasta a hacer cantar a los muertos, usando desde estrategias psicológicas a drogas especiales o apremio físico, vulgo torturas.

Esa falta de entrenamiento hacía que se le oprimiera el estómago cuando su tropa golpeaba y abusaba de la gente en los allanamientos hechos en las casas humildes. Una cara llena de sangre, o un cuerpo doblado y quejumbroso por los golpes en el vientre o en los testículos, casi copaban su capacidad de aguante. Había sentido deseos de vomitar, sobre todo la primera vez, pero ya notaba que de a poco se iba acostumbrando. En el allanamiento de esa tarde, en el barrio de San Miguel, había visto casi con frialdad cómo lo quebraban los dedos de las manos a uno que negaba estar relacionado con los Palestro y que después confesó que había sido chofer de la Municipalidad, aunque siguió negando saber cosa alguna sobre depósitos de armas u hospitales clandestinos. En fin, la orden recibida había sido emplear el máximo de brutalidad para que a los afectados no les quedaran ganas de volver a meterse en política para el resto de su vida.

El también, por supuesto, se daba cuenta que la dureza era indispensable para tratar a estos marxistas. ¿No habían querido tomarse el poder y establecer la dictadura del proletariado? ¿No estaban preparando el camino para hacer una degollina con los oficiales de las Fuerzas Armadas y después liquidar a la capa más valiosa de la sociedad chilena para establecer un Gobierno de ignorantes y ambiciosos, dependientes y esclavizados por el comunis-

mo internacional? Este, que estaba parado frente a él, ¿no ocultaría tras su semblante inexpresivo uno de los cerebros del crimen que se estaba gestando y que tan oportunamente había sido impedido por la acción decidida e implacable de las Fuerzas Armadas? Pero no, si hubiera sido un dirigente de alguna importancia entre los marxistas no habría sido posible sorprenderlo tan fácilmente en su propia casa, seguramente se habría ocultado o refugiado en alguna embajada.

Decidió hacer un interrogatorio normal, hablando como con confianza y modificar su actitud según se fueran presentando el caso. Le mostró el libro de Corvalán:

—¿Ve usted.? Estas son las cosas que envenenan al país y que nosotros no quisiéramos encontrar. Usted es comunista. ¿Verdad?.

Por ahí iba el asunto. El hombre casi sonrió al recordar que le había dado largas vueltas a eso de quemar los libros que podían ser comprometedores, como se estaba haciendo en muchas casas en Santiago desde que se mostró por televisión la hoguera de libros hecha por los soldados durante el allanamiento en los edificios de departamentos ubicados frente a la Alameda. Recordó la rabia y la repulsión que le habían producido esas escenas y como, conversando con sus hijos, habían decidido no quemar ni hacer desaparecer ningún libro. Miró al oficial y respondió:

—Si usted revisa mi biblioteca va a encontrar toda clase de libros. También está allí uno que escribió Onofre Jarpa, lo que no significa que yo sea miembro del Partido Nacional. Así, el que haya usted encontrado el libro de Corvalán no tiene porqué significar que yo sea comunista.

La respuesta era lógica. El Mayor decidió cambiar el tema y mostrarse al mismo tiempo más duro:

—Su carnet dice que usted es empleado. Cuéntenme donde trabaja y qué hace.

—Soy funcionario del Ministerio de la Vivienda, trabajo como ingeniero.

—¿Desde cuando está ahí?

—Ingresé en 1967.

El oficial lo miró sorprendido. Eso era en tiempo de Frei. Pensó en probar de intimidarlo un poco:

—Tenga cuidado con lo que dice. Si me cuenta mentiras puedo comprobarlas y le costaría caro. Ya sabe a lo que me refiero.

Se encogió de hombros: —Puede usted comprobar lo que le parezca. No necesito mentir.

—¿Qué armas tiene en esta casa?

—No tengo armas. Salvo que usted quiera llamar armas a un cuchillo de monte que hay en alguna parte y que ni siquiera sé dónde se encuentra.

—El miércoles pasado, durante el toque de queda, su hijo estuvo acarreando materiales en una carretilla. ¿Qué era lo que llevaba?

EL FASCISMO

—Supongo que ya le preguntó a él. Era madera, la misma que está apilada en el patio de atrás, como habrán podido ustedes comprobar.

El interrogatorio siguió por unos momentos. Que cuántos vivían en la casa; que si la casa era propia y desde cuándo la tenía; que si conocía a este o este otro personaje. Ya se notaba que era sólo rutina y que las preguntas estaban formuladas sin mayor interés.

Al rato, en la puerta a sus espaldas apareció un soldado e hizo una seña al oficial. Este se levantó, recogió su pistola y la enganchó en su cinturón. Luego habló en alta voz, para el conscripto:

—Soldado, deje libres a los prisioneros.

Y en seguida, dirigiéndose al hombre:

—Venga conmigo, quiero hablarle a todos ustedes, pero antes vaya con este soldado y abra las puertas de su automóvil para revisión.

El hombre salió al antejardín, acompañado del sargento y vio extrañado los grupos de soldados que estaban afuera fumando, conversando, desmontando las ametralladoras y preparándose para partir. Abrió las puertas del coche y volvió a entrar.

El Mayor había reunido a la familia en el living, se había puesto frente a ellos con tres soldados a su espalda y se aprestaba a iniciar una especie de discurso. En ese momento, el menor de los muchachos habló precipitadamente:

—Papá, mire lo que llevan ahí;

Uno de los soldados iba saliendo con el proyector de diapositivas en la mano. Al verse sorprendido se detuvo y miró al oficial. Este habló severamente al muchacho:

—No te preocupes, nosotros buscamos armas, no andamos en tren de robo. Eso lo llevan afuera para examinarlo y te lo devolverán enseguida.

Después empezó con su alocución:

—Hemos hecho este allanamiento porque recibimos una denuncia responsable y, por suerte, hemos comprobado que no era efectiva. Deben ustedes comprender que estas cosas, aunque ingratas, son necesarias en los difíciles momentos que vive nuestro país y que han obligado a la patriótica intervención de las Fuerzas Armadas.

Siguió hablando por un rato —de la Patria, del marxismo, de la libertad, del destino de Chile, de la posición patriótica y democrática de los altos mandos de las Fuerzas Armadas.

El hombre le miraba en silencio y con curiosidad. ¿Creería él mismo en lo que estaba diciendo? Esa fraseología reaccionaria y hueca pertenecía a otra época que, de súbito, se había transformado de pretérita en presente traída a la actualidad por esos hombres de uniformes grises y cascos de acero, armados, educados y adiestrados por otros hombres que representaban la filosofía de dominio de la potencia imperial. El aire de arrogancia del oficial, sus palabras y gestos decididos, sus modales autoritarios, no lograban ocultar que tras ellos no había

otra cosa que una mentalidad simple, llena de prejuicios formados con eslóganes baratos; que era y seguiría siendo un dócil instrumento en manos de los grandes e inescrupulosos intereses que les habían lanzado canalllescamente a declarar la guerra a su propio pueblo, a darle un baño de sangre a su país, en nombre de la defensa de una democracia que ellos mismos estaban destruyendo desde sus cimientos. Se estremeció al pensar en lo que le esperaba a ese pueblo, que había vivido durante tres años un sueño de liberación y de justicia, bajo el dominio sin contrapeso de los que buscarían una cruel revancha protegidos por estas marionetas en uniforme de combate.

El discurso llegaba a su término:

...esperamos que todas estas dificultades terminen pronto y que el país pueda volver a la normalidad una vez que haya desaparecido el peligro marxista que pudo llevarnos a un profundo abismo.

Por último, habló dirigiéndose al muchacho menor:

—Ya te trajeron tu máquina. Anda a ver dónde te la dejaron.

—No, no es necesario. Le creo.

—Sí, anda inmediatamente y me vienes a informar.

El muchacho fue y volvió:

—Allí está.

—¿Ves? No debes ser tan desconfiado y tienes que acostumbrarte a respetar a los soldados de la Patria. Buenas noches, señores.

Sólo dos respuestas, los primos:

—Buenas noches, oficial.

Eran ya pasadas las doce de la noche. Se escuchó el ruido de los motores de los jeeps en que el Mayor y su patrulla se retiraban. Los nervios tensos de los allanados empezaban a distenderse y varios hablaban al mismo tiempo.

El hombre se dirigió a la despensa, sacó la única botella de vino que allí había, pidió vasos para todos y dijo, mientras servía el contenido de la botella:

—Vamos a brindar por los soldados de la Patria.

Los muchachos y los primos le miraron sorprendidos. Sonrió con amargura y por su mente cruzó el recuerdo del cadáver de un joven que había visto el día anterior en una calle del centro, tirado en el suelo y semicubierto con periódicos. Levantó su vaso y brindó:

—¡Porque todos estos fascistas traidores y asesinos se vayan a la concha de su madre! ¡Salud!

Los vasos se levantaron y se vaciaron al seco. También los primos.

De lejos llegaba intermitentemente, como seguiría llegando por mucho tiempo, el ruido aterrador con que se desgranaban en la noche las balas de las ametralladoras.

Cinco clásicos chilenos

Huidobro, Neruda,
del Valle, Mistral y de Rokha

Pocos países, en América Latina, han producido tantos y tan buenos poetas. Pocos, también, han sufrido tanto, lo que no es poco decir. Los cinco poetas que incluimos en este índice son testimonio de ambas cosas, si bien resulta sabido que, entre ellos, sólo Neruda vivió el golpe de estado y que, de todos, hemos elegido textos relacionados a situaciones históricas críticas. La R.

VICENTE HUIDOBRO

EL PASO DEL RETORNO

Yo soy ése que salió hace un año de su tierra
Buscando lejanías de vida y muerte
Su propio corazón y el corazón del mundo
Cuando el viento silbaba entrañas
En un crepúsculo gigante y sin recuerdos

Guiado por mi estrella
Con el pecho vacío
Y los ojos clavados en la altura
Salí hacia mi destino

Oh mis buenos amigos
Me habéis reconocido?
He vivido una vida que no puede vivirse
Pero tú, Poesía, no me has abandonado un solo instante

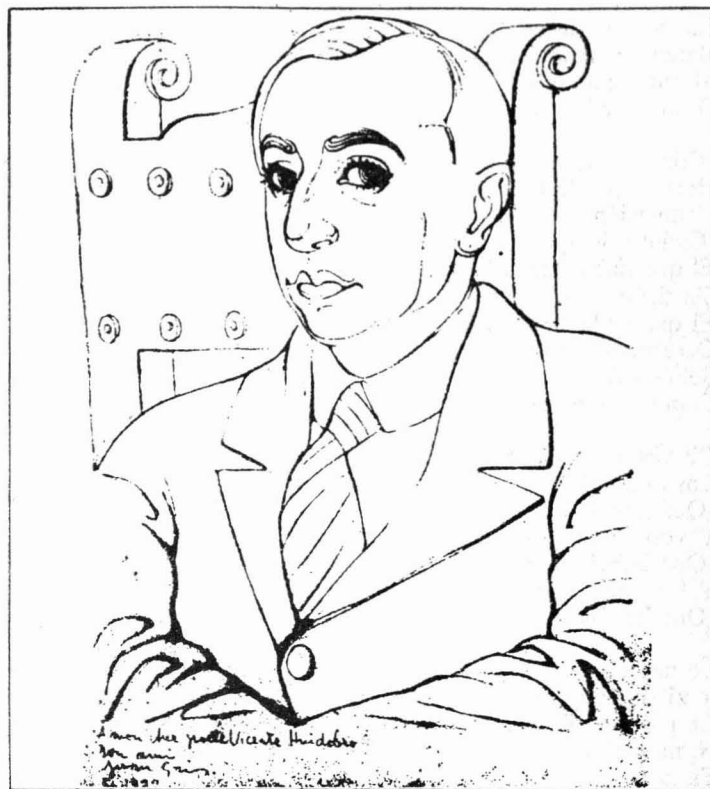
Oh mis amigos aquí estoy
Vosotros sabéis acaso lo que yo era
Pero nadie sabe lo que soy

El viento me hizo viento
La sombra me hizo sombra
El horizonte me hizo horizonte preparado a todo
La tarde me hizo tarde
Y el alba me hizo alba para cantar de nuevo

Oh poeta, esos tremendos ojos
Ese andar de alma de acero y de bondad de mármol.
Este es aquel que llegó del último camino
Y que vuelve quizás con otro paso.
Hago al andar el ruido de la muerte
Y si mis ojos os dicen
Cuánta vida he vivido y cuánta muerte he muerto
Ellos podrían también deciros
Cuánta vida he muerto y cuánta muerte he vivido

Oh mis fantasmas! Oh mis queridos espectros
La noche ha dejado noche en mis cabellos.
¿En dónde estuve? ¿Por dónde he andado?
¿Pero era ausencia aquella o era mayor presencia?

Vicente Huidobro (1893-1948). Entre sus obras más importantes figuran Las pagodas ocultas (1914); Adán (1916); Horizon carré (1917); Tour Eiffel (1918); Poemas árticos (1918); Ecuatorial (1918); Tout a coup (1925); Altazor (1931); Temblor de cielo (1931); Ver y palpar (1941); El ciudadano del olvido (1941); Ultimos poemas (1947).



Cuando las piedras oyen mi paso
Sienten una ternura que les ensancha el alma
Se hacen señas furtivas y hablan bajo:
Allí se acerca el buen amigo
El hombre de las distancias
Que viene fatigado de tanta muerte al hombro
De tanta vida en el pecho
Y busca dónde pasar la noche

Heme aquí ante vuestros limpios ojos
Heme aquí vestido de lejanías
Atrás quedaron los negros nubarrones
Los años de tinieblas en el antro olvidado
Traigo un alma lavada por el fuego
Vosotros me llamáis sin saber a quién llamáis
Traigo un cristal sin sombra un corazón que no decae
La imagen de la nada y un rostro que sonrío

Traigo un amor muy parecido al universo
La Poesía me despejó el camino
Ya no hay banalidades en mi vida
¿Quién guió mis pasos de modo tan certero?

Mis ojos dicen a aquéllos que cayeron
Disparad contra mí vuestros dardos
Vengad en mí vuestras angustias
Vengad en mí vuestros fracasos
Yo soy invulnerable.
He tomado mi sitio en el cielo como el silencio

Los siglos de la tierra me caen en los brazos
Yo soy, amigo, el viajero sin fin

Las alas de la enorme aventura
Batían entre inviernos y veranos
Mirad cómo suben estrellas en mi alma
Desde que he expulsado las serpientes del tiempo oscurecido

¿Cómo podremos entendernos?
Heme aquí de regreso de donde no se vuelve
Compasión de las olas y piedad de los astros
¿Cuánto tiempo perdido! Este es el hombre de las lejanías
El que daba vuelta las páginas de los muertos
Sin tiempo sin espacio sin corazón sin sangre
El que andaba de un lado para otro
Desesperado y solo en las tinieblas
Solo en el vacío
Como un perro que ladra hacia el fondo de un abismo

Oh vosotros! Oh mis buenos amigos
Los que habéis tocado mis manos
¿Qué habéis tocado?
Y vosotros que habéis escuchado mi voz
¿Qué habéis escuchado?
Y los que habéis contemplado mis ojos
¿Qué habéis contemplado?

Lo he perdido todo y todo lo he ganado
Y ni siquiera pido
La parte de la vida que me corresponde
Ni montañas de fuego ni mares cultivados
Es tanto más lo que he ganado que lo que he perdido
Así es el viaje al fin del mundo
Y ésta es la corona de sangre de la gran experiencia.
La corona regalo de mi estrella
¿En dónde estuve en dónde estoy?

Los árboles lloran, un pájaro canta inconsolable
Decid ¿quién es el muerto?
El viento me solloza. ¿Qué inquietudes me has dado!
Algunas flores exclaman:
¿Estás vivo aún?
¿Quién es el muerto entonces?
Las aguas gimen tristemente
¿Quién ha muerto en estas tierras?

Ahora sé lo que soy y lo que era
Conozco la distancia que va del hombre a la verdad
Conozco la palabra que aman los muertos
Este es el que ha llorado el mundo, el que ha llorado
resplandores

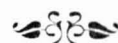
Las lágrimas se hinchan se dilatan
Y empiezan a girar sobre su eje.
Heme aquí ante vosotros
Cómo podremos entendernos. Cómo saber lo que decimos
Hay tantos muertos que me llaman
Allí donde la tierra pierde su ruido
Allí donde me esperan mis queridos fantasmas
Mis queridos espectros.
Miradme, os amo tanto, pero soy extranjero
¿Quién salió de su tierra
Sin saber el honor de su aventura?
Al desplegar las alas
El mismo no sabía qué vuelo era su vuelo

Vuestro tiempo y vuestro espacio
No son mi espacio ni mi tiempo
¿Quién es el extranjero? ¿Reconocéis su andar?
Es el que vuelve con su sabor de eternidad en la garganta
Con un olor de olvido en los cabellos
Con un sonar de venas misteriosas
Es éste que está llorando el universo
Que sobrepasó la muerte y el rumor de la selva secreta
Soy impalpable ahora como ciertas semillas
Que el viento mismo que las lleva no las siente
Oh Poesía nuestro reino empieza

Este es aquél que durmió muchas veces
Allí donde hay que estar alerta
Donde las rocas prohíben la palabra
Allí donde se confunde la muerte con el canto del mar
Ahora vengo a saber que fui a buscar las llaves
He aquí las llaves

¿Quién las había perdido?
¿Cuánto tiempo ha que se perdieron?
Nadie encontró los llaves perdidas en el tiempo y en las brumas
¿Cuántos siglos perdidas!
Al fondo de las tumbas
Al fondo de los mares
Al fondo del murmullo de los vientos
Al fondo del silencio
He aquí los signos.
¿Cuánto tiempo olvidados!
Pero entonces amigo ¿qué vas a decirnos?
¿Quién ha de comprenderte? ¿De dónde vienes?
¿En dónde estabas? ¿En qué alturas en qué profundidades?
Andaba por la Historia del brazo con la muerte

Oh hermano, nada voy a decirte
Cuando hayas tocado lo que nadie puede tocar
Más que al árbol te gustará callar.



EDAD NEGRA

La muerte atravesada de truenos vivos
Atravesada de fríos humanos
La muerte de sobra llamando tierra por la tierra
Y de subida en los rostros amargos
La marea apresurada
Sobre los ojos y las piedras...
Cómo decir al mundo si es necesario tanto hielo
Si exige el tiempo tal suplicio
Para futuras voces nuevas.

¿En dónde estás flor de las tumbas
Si todo es tumba en el reino infinito?
Sólo se oye la lengua del sepulcro
Llamando a grandes gritos
Las campanas secretas
En su misterio de memorias a la deriva
Semejantes al temblor eterno
Que se separa de los astros.

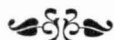
No hay sacrificio demasiado grande
Para la noche que se aleja
Para encontrar una belleza escondida en el fuego.

Perderlo todo
 Perder los ojos y los brazos
 Perder la voz y el corazón y sus monstruos delicados
 Perder la vida y sus luces internas
 Perder hasta la muerte

Perderse entero sin un lamento
 Ser sangre y soledad
 Ser maldición y bendición de horrores
 Tristeza de planeta sin olor de agua
 Pasar de ángel a fantasma geológico
 Y sonreír al sueño que se acerca
 Y tanto exige para ser monumento al calor de las manos.

Penan los astros como sombras de lobos muertos
 En dónde está esa región tan prometida y tan buscada
 Penan las selvas como venganzas no cumplidas
 Con sus vientos amontonados por el suelo
 Y el crujir de sus muebles
 Mientras el tiempo forja sus quimeras
 Debo llorar al hombre y al amigo
 La tempestad lo arroja a otras comarcas
 Más lejos de lo que él pensaba.

Así dirá la Historia
 Se debatía entre el furor y la esperanza
 Corrían a encender montañas
 Y se quemaban en la hoguera
 Empujaban ciudades y llanuras
 Flanqueaban ríos y mares con la cabeza ensangrentada
 Avanzaban en medio de la sombra espía
 Caían desplomados como pájaros ilusos
 Sus mujeres ardían y clamaban como relámpagos
 Los caballos chocaban miembros en el fango
 Carros de hierro aviones triturados
 Tendidos en el mismo sueño...
 Guárdate niño de seguir tal ruta.



LA MUERTE QUE ALGUIEN ESPERA

La muerte que alguien espera
 La muerte que alguien aleja
 La muerte que va por el camino
 La muerte que viene taciturna
 La muerte que enciende las bujías
 La muerte que se sienta en la montaña
 La muerte que abre la ventana
 La muerte que apaga los faroles
 La muerte que aprieta la garganta
 La muerte que cierra los riñones
 La muerte que rompe la cabeza
 La muerte que muerde las entrañas
 La muerte que no sabe si debe cantar
 La muerte que alguien entreabre
 La muerte que alguien hace sonreír
 La muerte que alguien hace llorar

La muerte que no puede vivir sin nosotros

La muerte que viene al galope del caballo
 La muerte que llueve en grandes estampidos.

PABLO NERUDA

¡OH PRIMAVERA,
 DEVUÉLVEME A MI PUEBLO!

Queridos compatriotas:

Comenzaré por hablarles de mis últimos viajes.

Europa es una construcción contradictoria y su cultura aparece vencedora del tiempo y de la guerra. Francia entre todas las naciones me acogió con su eterna lección de razón y de belleza. Tuve, es claro, una emoción que humedeció mis ojos cuando el soberano de Suecia, el sabio Rey que ha cumplido 90 años, me entregó un saludo de oro, una medalla destinada a ustedes, todos los chilenos. Porque mi poesía es propiedad de mi patria.

Pero a pesar del prolongado viaje, aquí, entre la multitud de los chilenos quiero declarar mi confesión que es a la vez mi confusión.

Con la ayuda de ustedes quiero descifrar mi propia confusión. Aquí se supone que están ustedes recibíendome o recepcionándome o acogíendome. Y bien, muchas gracias, muchas veces muchas gracias. Pero lo que pasa es que me parece que nunca salí de aquí, que nunca estuve fuera, que nunca me ha pasado nada en ninguna parte, sino aquí, en esta tierra. Mis alegrías y mis dolores vienen de aquí o aquí se quedaron. O bien, el viento de la patria, el vino del la patria, la lucha y sueño de la patria, llegaron hasta mi sitio de trabajo en París y allí me envolvieron de noche y día, más bellos que las catedrales, más altos que la Tour Eiffel, más abundante que las aguas del Sena. En dos palabras, aquí me tienen de regreso sin haber salido nunca de Chile.

Hay de todo en este mundo. Hay gente para quedarse y para irse. Hay algunos que se van porque tienen un amor allá lejos, o porque les gusta una calle, una biblioteca, un laboratorio, en algún otro punto de la tierra. Yo no los desapruébo. Hay otros que sintieron en peligro sus bolsillos, creyeron en un terreno para sus cuentas bancarias, y se largaron. Yo no los desapruébo. No nos hacen mucha falta.

Pero, por una razón o por otra, yo soy un triste desterrado. De alguna manera o de otra yo viajo con nuestro territorio y siguen viviendo conmigo, allá lejos, las esencias longitudinales de mi patria.

Nací en el centro de Chile, me crié en la Frontera, comencé mi juventud en Santiago, me conquistó Valparaíso, se abrió para mí la pampa y el desierto, dándome el oxígeno y el espacio que mi alma necesitaba, recorrí las viñas del valle central, los arenales de Iquique, las praderas de la Patagonia, la costa salvaje del solitario Aysén, y no tienen secreto para mí las ilustres ciudades como Chillán, Valdivia, Talca, Osorno, Iquique,

Pablo Neruda (1904-1973). Premio Nobel en 1971. Entre sus obras principales figuran *Crepusculario* (1923); *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* (1924); *Tentativa del hombre infinito* (1926); *Residencia en la tierra I* (1933); *Residencia en la tierra II* (1935); *Tercera residencia* (1947); *Canto general* (1950); *Las uvas y el viento* (1954); *Odas elementales* (1954); *Nuevas odas elementales* (1956); *Tercer libro de las odas* (1957); *Extravagario* (1958); *Navegaciones y regresos* (1959); *Cien sonetos de amor* (1959); *Las piedras de Chile* (1961); *Cantos ceremoniales* (1961); *Plenos poderes* (1962); *Memorial de Isla Negra* (1964); *Arte de pájaros* (1966); *La barcarola* (1967); *Fin de mundo* (1969); *Las piedras del cielo* (1970); *Geografía infructuosa* (1972); *Confieso que he vivido* (1974); *Para nacer he nacido* (1978).

Antofagasta, o los pueblitos ensimismados como Chanco o Quintratú o Taltal o Villarrica o Lonquimay o El Quisco. Conociéndola o cantándola, recorriéndola y luchando, me he dividido y me he multiplicado entregando mi poesía a toda la patria en su extensión, en su elevación, en su profundidad, en su pasado y en el porvenir que estamos construyendo.

Grandes y pequeñas cosas me llegaban de Chile durante estos dos años de ausencia. Entre las grandes, los problemas de la deuda externa que hemos heredado de gobiernos anteriores como una cruz agobiadora. Y luego, la defensa de nuestro cobre que me tocó dirigir, desde la Embajada en París, contra los piratas internacionales que quieren continuar el saqueo de nuestras riquezas.

Pero no sólo estas grandes causas, estas grandes cosas, son las que golpean el corazón del ausente. Son otras también: los mensajes de centenares de amigos, conocidos y desconocidos, que me congratularon. Fue un montón tan grande de cables y telegramas, que hasta ahora no he podido contestarlos todos. Otra vez fue una encomienda que recibí de Chile, de una mujer del pueblo, desconocida para mí y que contenía un mate de calabaza, cuatro paltas y media docena de ají verde.

Al mismo tiempo, el nombre de Chile se ha engrandecido durante este tiempo en forma extraordinaria. Nos hemos transformado para el mundo en un país que *existe*. Antes pasábamos desapercibidos entre la multitud del subdesarrollo. Por primera vez tenemos fisonomía propia y no hay nadie en el mundo que se atreva a desconocer la magnitud de nuestra lucha en la construcción de un destino nacional.

Todo lo que pasa en nuestra patria apasiona a Francia y a Europa entera. Reuniones populares, asambleas estudiantiles, libros que aparecen cada semana en todos los idiomas, nos estudian, nos examinan, nos retratan. Yo debo contener a los periodistas que cada día, como es su deber, quieren saberlo todo o mucho más de todo. El Presidente Allende es un hombre universal. La disciplina y la firmeza de nuestra clase obrera es elogiada y admirada. Nuestras Fuerzas Armadas, con su preclaro concepto del deber, asombran a los observadores del panorama latinoamericano.

Esta ardiente simpatía hacia Chile en el extranjero se ha multiplicado con motivo de los conflictos derivados de la nacionalización de nuestros yacimientos de cobre. Se ha comprendido en el exterior que éste es un paso gigantesco en la nueva independencia de Chile. Todos se preguntaban cómo un país soberano podía poner en manos extranjeras la explotación de sus riquezas naturales.

Sin subterfugios de ninguna especie, el Gobierno Popular hizo definitiva nuestra soberanía reconquistando el cobre para nuestra patria.

Cuando la Compañía norteamericana pretendió el embargo del cobre chileno, una ola de emoción recorrió a Europa entera. No sólo los periódicos, las televisiones, los radios, se ocuparon de este asunto dándonos su respaldo, sino que una vez más fuimos defendidos por una conciencia mayoritaria y popular.

Fueron muchos los testimonios de adhesión que recibimos en estas dolorosas circunstancias. Déjenme contarles tres de ellos, que muestran de manera emocionante de qué lado está latiendo el corazón europeo. Ya saben ustedes que los estibadores de Francia y de Holanda se negaron a descargar el cobre en aquellos puertos para significar su repudio a la agresión. Este maravilloso gesto conmovió a todo el mundo. En verdad, estas acciones solidarias enseñan más sobre la historia de nuestro tiempo que las lecciones de una universidad: son los pueblos

que se comunican, se conocen y se defienden. Esta defensa llegó a situaciones aún más conmovedoras: al segundo día del embargo, una modesta señora francesa nos mandó un billete de 100 francos, fruto de sus ahorros, para ayudar a la defensa del cobre chileno. Y en una carta enviada desde una pequeña ciudad de Francia se estampaba la más calurosa adhesión a la causa de Chile. Esta carta la firmaban todos los habitantes del pueblo, desde el alcalde hasta el cura párroco, todos los obreros, deportistas y estudiantes de la localidad.

Así, pues, el resplandor de Chile me ha seguido, me ha envuelto, me ha rodeado. Nunca me sentí temeroso ni orgulloso de los daños o de los premios que me correspondieron en el camino de mi vida. Pero el temor y el orgullo los sentí siempre cuando afectaban la imagen de mi patria. Y así como me sentí orgulloso, allá lejos, de la importancia que adquiríamos ante los ojos europeos, sentí también el temor ante la incompreensión o la amenaza que nos acechan desde adentro y desde fuera.

Me he dado cuenta de que hay algunos chilenos que quieren arrastrarnos a un enfrentamiento, hacia una guerra civil. Y aunque no es mi propósito, en este sitio y en esta ocasión, entrar a la arena de la política, tengo el deber poético, político y patriótico, de prevenir a Chile entero de este peligro. Mi papel de escritor y de ciudadano ha sido siempre el de unir a los chilenos. Pero ahora sufro el grave dolor de verles empeñados en herirse. Las heridas de Chile, del cuerpo de Chile, harían desangrarse mi poesía. No puede ser.

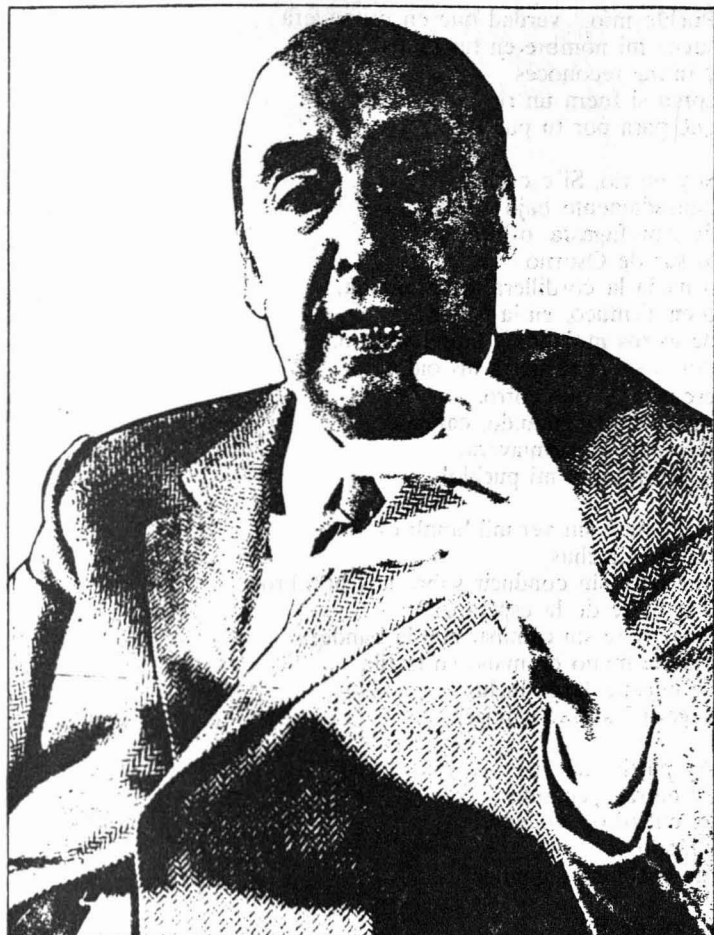
Por ahí leí en un periódico que un caballero político, ardiente partidario de la guerra civil, había dicho esta frase célebre: "No importa que tengamos que reconstruir a Chile partiendo desde cero." Seguramente, este extraño señor tiene en sus planes que se derrame la sangre de todos, la sangre de todos los chilenos, de todo los chilenos, menos él, para partir desde cero y para que reconstruyeran otros, y no él, su bienestar personal. Pero la guerra civil es cosa muy seria. Y hay que tomar medidas para que estas incitaciones fraticidas no cundan ni prosperen. La legalidad nos impone muchas veces sacrificios muy graves: pero es éste el camino tradicional y también revolucionario de nuestra historia, y lo seguiremos. La lucha por la justicia no tiene por qué ensangrentar nuestra bandera.

Yo asistí a una guerra civil y fue una lucha tan cruel y dolorosa, que marcó para siempre mi vida y mi poesía. ¡Más de un millón de muertos! Y la sangre salpicó las paredes de mi casa y vi caer los edificios bombardeados y vi a través de las ventanas rotas a hombres, mujeres y niños despedazados por la metralla. He visto, pues, exterminarse los hombres que nacieron para ser hermanos, los que hablaban la misma lengua y eran hijos de la misma tierra. No quiero para mi patria un destino semejante.

Por eso, quiero pedir a los chilenos más cuerdos y más humanos se ayuden entre sí para poner camisa de fuerza a los locos y a los inhumanos que quieren llevarnos a una guerra civil.

Ustedes han visto cómo los grandes intereses extranjeros intrigan y presionan en el exterior para destruir las conquistas nacionales instauradas por nuestro Gobierno Popular. Pero deben darse cuenta los chilenos que los hilos de una conspiración internacional de estos grandes intereses pasan también por nuestro territorio. Ya quedó al descubierto, después del asesinato de un soldado glorioso, el General Schneider, que este crimen fue urdido en el extranjero. Para vergüenza nuestra, las manos de los asesinos fueron manos chilenas.

Hace ochenta años, poderosas compañías europeas, que en



esa época dominaban en Chile, promovieron una guerra civil entre chilenos. Llevaron al frenesí las discrepancias entre el Parlamento y el Presidente. Entre los muertos de aquella guerra civil se cuenta un Presidente grandioso y generoso. Se llamaba José Manuel Balmaceda. Se burlaron de él, lo amenazaron, lo escarnecieron y lo insultaron hasta llevarlo al suicidio. Aunque la historia la escribieron entonces los enemigos de Balmaceda, después su nombre fue lavado de todo escarnio por el pueblo de Chile y restaurado en su sitio de gobernante patriota y visionario.

Yo creo que esta etapa de nuestra vida histórica se asemeja a muchas otras del pasado. Viviremos horas duras en Chile ha dicho el Presidente Allende, al partir en un viaje agobiador para afirmar en el mundo entero nuestra soberanía y nuestros principios.

También después de 1810, luego de proclamada nuestra independencia nacional, Chile sobrellevó dificultades grandes y pequeñas y el ataque de los que querían volvernos al coloniaje español. Pero la República se afirmó en las manos de O'Higgins, de Carrera, de Manuel Rodríguez, de Freire, de Camilo Henríquez y de los patriotas harapientos y descalzos que combatieron en Rancagua, en Chacabuco, en Maipo, en los caminos, en el mar, en las cordilleras de Chile.

La historia nos enseña que marchamos hacia adelante y que la liberación de los pueblos se va cumpliendo, a pesar de todo.

Yo quiero, para terminar, agradecer las palabras del Vice-Presidente de la República y su presencia junto a mí. El General Prats me ha conferido un gran honor. Para mí no es extraño que un soldado y un poeta presidan una ceremonia a campo abierto, frente al pueblo. Se sabe en Chile, y fuera de Chile, que nuestro Vice-Presidente es una garantía para nuestra constitución política y para nuestro decoro nacional.¹ Pero su firmeza y su nobleza van más allá de estos conceptos: es el centro moral de nuestro cariño hacia las Fuerzas Armadas de Chile, hacia los que en tierra, mar o aire llevan, con los colores

¹ La confianza de Pablo Neruda en la firmeza institucionalista del general Carlos Prats fue convalidada más tarde por la historia. En vísperas del golpe militar contra el Gobierno constitucional de Salvador Allende, el general Prats renunció a su cargo por presión de los contrarios. Con ese motivo Neruda le escribió la siguiente carta:

ISLA NEGRA, 31 agosto 1973.

Señor
General, don Carlos Prats,
SANTIAGO.

Mi respetado General:

Podrá usted haber renunciado, pero seguirá siendo para los chilenos, para su gran mayoría, el General en Jefe y un ciudadano ejemplar.

En verdad, la incitación a la ofensa y a la seducción vienen de muy lejos en la historia de Chile. Cuando la República estaba aún en pañales, el año 1811, el traidor Tomás de Figueroa se levantó en armas contra nuestra República recién nacida. Naturalmente que el mismo grupo de entonces, a través de sus descendientes, cultiva su memoria: una calle de Santiago, en Las Condes, lleva su nombre. Esto lo dice todo.

Es imposible ver sin angustia el empeño ciego de los que quieren conducirnos a la desdicha de una guerra fratricida, sin más ideal que la conservación de antiguos privilegios caducados por la historia, por la marcha irreversible de la sociedad humana. Y esto reza para Chile y para el mundo.

Al enfrentarse usted, con sacrificio de su brillante carrera, a las posibilidades de una contienda civil, ha puesto de relieve, no sólo la nobleza de su carácter, sino la profundidad de su patriotismo.

Reciba el saludo, la admiración y la adhesión de

Pablo Neruda

SANTIAGO, 4 de septiembre de 1973.

El general Prats, a su vez, respondió al poeta de esta manera: Señor Pablo Neruda
ISLA NEGRA.

Distinguido don Pablo:

Mil gracias por los estimulantes conceptos que Ud. vierte en su carta del 31 de agosto y que fortalecen la tranquilidad de conciencia que realmente siento —ahora— convertido en un ciudadano común, después de la decisión que adoptara frente a la bajeza y cobardía moral, que, lamentablemente, han pasado a ser el factor común del accionar de aquellos que pretenden reeditar la historia de *El Gatopardo*.

Recordaré, como uno de los momentos más edificantes que las circunstancias del destino me depararan, la oportunidad que me brindara el Sr. Presidente de la República de representar el sentimiento nacional, al rendir homenaje al gran poeta chileno, galardonado con el Premio Nobel de Literatura.

Formulo los mejores votos por el pronto restablecimiento de su salud, porque Chile necesita —empeñándose por sobre las trincheras políticas— de la vigencia de valores intelectuales, como los que Ud. simboliza, para que reimpere la razón y la cordura en este bello país, a fin de que su pueblo logre la justicia que tanto se merece.

Junto con reiterarle mi reconocimiento, por su adhesión, le expreso mi personal aprecio.

Carlos Prats González

Después de la asonada militar, el general Prats se vio obligado a salir de Chile y fue asesinado en Buenos Aires el 30 de septiembre de 1974.

violentos de nuestra bandera, la tranquila continuidad de una gloriosa tradición.

Yo celebré en mis canciones a los héroes que tejieron con mimbres ensangrentados la cuna de la patria. Yo canté sus hechos, sus apasionadas existencias, sus vidas, a menudo dolorosas. Se confunden en mi poesía el amor a nuestra tierra y la reverencia hacia aquellos que fundaron, con valor y sacrificio, las bases de nuestra vida republicana. Y reconozco en este General en Jefe de la República, así como en todas las Fuerzas Armadas de Chile, la grandeza del pasado histórico y la insobornable lealtad con que han defendido los fueros de nuestra soberanía y de nuestra democracia.²

Carabineros de Chile se han hecho presentes en este gran estadio. Bien sabemos que, identificados con la geografía de Chile, por montes y caminos, en las ciudades y en las fronteras, en la lluvia, en la arena, en el desierto, en el peligro, ellos resguardan a toda hora el trabajo y el reposo de los chilenos.

Aquí están presente las delegaciones del pueblo. Saludo a cada uno de ellas, a los trabajadores petroleros de Magallanes, a los obreros de la construcción de Santiago, a los salitreños de Tarapacá, a los pirquineros de Coquimbo, a los cupreos de Antofagasta, a los textiles de Concepción, a los mercaderes de Valparaíso, a los viñateros de Curicó, a los azucareros de Linares, a los pescadores de Chiloé, a los lancheros de Maule, a los trabajadores lecheros de Osorno, a los compañeros de Polpaico.

A las mujeres que trajeron aquí el testimonio de su ternura, reciban el homenaje de un poeta que les debe la inspiración de cada uno de sus libros.

A la juventud que ha dado el color, el movimiento y la alegría a esta fiesta maravillosa, doy este mensaje: Yo he alabado y cantado nuestra patria. El trabajo de ustedes es continuarla y engrandecerla, hacerla más justa, más generosa y más bella cada día.

A los niños que por centenares llegaron al estadio, ya que no puedo regalarles una estrella, dejo un beso para cada uno.

No han sido pocos los poetas que han recibido distinciones, como los Premios Nacionales o el mismo Premio Nobel. Pero, tal vez, ninguno ha recibido este laurel supremo, esta corona del trabajo que significan las representaciones de todo un país, de todo un pueblo. Esta presencia no sólo sacude las raíces de mi alma, sino que me indica también que tal vez no me he equivocado en la dirección de mi poesía.

Hace años, en un destierro forzoso, muy lejos de Chile, desesperado de sentirme tan lejos y sin esperanzas de volver, escribí estos versos:

Oh Chile, largo pétalo
de mar y vino y nieve,
ay cuándo
ay cuándo y cuándo
ay cuándo
me encontraré contigo,
enrollarás tu cinta
de espuma blanca y negra en mi cintura,
desencadenaré mi poesía
sobre tu territorio.

Pueblo mío, ¿verdad que en primavera
suenan mi nombre en tus oídos
y tú me reconoces
como si fuera un río
que pasa por tu puerta?

Soy un río. Si escuchas
pausadamente bajo los salares
de Antofagasta, o bien
al sur de Osorno
o hacia la cordillera, en Melipilla,
o en Temuco, en la noche
de astros mojados y laurel sonoro,
pones sobre la tierra tus oídos,
escucharás que corro,
sumergido, cantando, cantando.
Octubre, oh primavera,
devuélveme a mi pueblo!

¿Qué haré sin ver mil hombres,
mil muchachas,
qué haré sin conducir sobre mis hombros
una parte de la esperanza?
¿Qué haré sin caminar con la bandera
que de mano en mano en la fila
de nuestra larga lucha
llegó a las manos mías?

Ay patria, patria,
ay patria, ¿cuándo
ay cuándo y cuándo,
cuándo
me encontraré contigo?

Lejos de ti
mitad de tierra tuya y hombre tuyo
he continuado siendo,
y otra vez hoy la primavera pasa.
Pero yo con tus flores me he llenado,
con tu victoria voy sobre la frente
y en ti siguen viviendo mis raíces.

Ay cuándo
me sacaré del sueño un trueno verde
de tu manto marino.
Ay cuándo, patria, en las elecciones
iré de casa en casa recogiendo
la libertad temerosa
para que grite en medio de la calle.
Ay cuándo, patria,
te casarás conmigo
con ojos verdemar y vestido de nieve
y tendremos millones de hijos nuevos
que entregarán la tierra a los hambrientos.

Ay patria sin harapos,
ay primavera mía,
ay cuándo y cuándo
despertaré en tus brazos
empapado de mar y de rocío.
Ay cuando yo esté cerca
de ti, te tomaré de la cintura,

² El reconocimiento de Neruda a la "insobornable lealtad" de las fuerzas armadas de Chile, antes del golpe del 11 de septiembre de 1973, era compartida por la inmensa mayoría de la población, dados los antecedentes históricos del país.

nadie podrá tocarte,
yo podré defenderte
cantando,
cuando
vaya contigo, cuando
vayas conmigo, cuándo,
ay cuándo.

Bien, compatriotas, amigos, compañeros míos, todo se cumplió, el retorno se cumplió, los versos del "Cuándo" se cumplieron.

Andaré de casa en casa en las elecciones de marzo.

Esta mañana me despertó el trueno marino de Isla Negra.

Ya pasó la tierra de las manos de los saciados a las manos de los hambrientos.

En esta ceremonia con pitos y tambores me parece haberme casado una vez más con mi patria. Y no piensen ustedes que éste pueda ser un matrimonio de conveniencia. Se trata sólo de amor, del gran amor de mi vida.

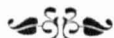
Salud, chilenas, compañeras y compañeros, amigos y amigas, gracias por la amistad, por el cariño, por el reconocimiento que otros nuevos poetas con el tiempo recibirán también de ustedes.

Porque la vida, la lucha, la poesía, continuarán viviendo cuando yo sea sólo un pequeño recuerdo en el luminoso camino de Chile.

Gracias porque ustedes son el pueblo, lo mejor de la tierra, la sal del mundo.

Salud.

(Discurso pronunciado en el Estadio Nacional, a su regreso a Chile después del Premio Nobel, noviembre de 1972.)



A MI PUEBLO, EN ENERO

Cuando el año
nacía,
recio, oloroso a pan de cordillera
y a manzano marino,
cuando mi patria pobre
su poncho de racimos desplegaba,
abrió la tiranía
el viejo hocico
de saurio desdentado
y mordió el corazón del territorio.

Pasó la ráfaga, volvió
por su camino
la simple vida amarga
o la alegría.
Muchos han olvidado,
han muerto muchos
y otros que hoy tienen boca no sufrieron
porque no eran nacidos.

No he olvidado ni he muerto.

Soy el árbol de Enero
en la selva quemada:
la llama cruel que bailó en el follaje,
tal vez se fue, se fue la quemadura,

la ceniza voló,
se retorció
en la muerte la madera.

No hay hojas en los palos.
Sólo en mi corazón las cicatrices
floreceden y recuerdan.

Soy el último ramo del castigo.



ENCUENTRO EN EL MAR CON LAS AGUAS DE CHILE

A medio mar te vuelvo a ver, mar mío,
en medio de las aguas otras aguas,
otro azul entre azules, otra espuma.

Siento de pronto como si tocaran
mi corazón con una luz profunda
siento el aire en mi boca y son tus besos,
algo en mi sangre y es tu sal nutricia.

Océano perdido
por mi corazón errante,
vuelvo a encontrar sin tregua
rodeándome,
abrazando en tu círculo mi vida
y de vuelta a la patria abandonada
ya te desconocía entre los mares
cuando sin ver me tocas
y es mi frente un golpe
de pájaro, de viento, de ala fría.

Oh desnudo elemento
sin huella de palabras ni de naves,
esencia sola, espuma,
movimiento, distancia,
a ningún mar, a ninguna medida;
a planeta ninguno te comparas.

Aquí creciste, grave
rosal del infinito,
aquí junto a las tierras minerales
se colmaron tus copas cristalinas
e inabarcable se extendió en el tiempo
tu desarrollo azul, tu idolatría.

Los Andes elevaron
sus edificios, sus ojos de nieve,
la soledad, la sombra con sus pumas,
el desorden huracán de la roca.
Aquí a los pies de la tierra estrellada
la piel del mar creció como ninguna
y entre el aire más alto y el abismo
se extendió tu pradera,
tu paz azul, tu movimiento blanco,
interminable esposo de la tierra.

Vuelvo de largos viajes,
amé a lo largo de la larga vida
todas las calles y todo el silencio,
la costa y el zafiro
de las islas distantes,

olor a miel y a corazón de abeja
 tuvo la lejanía
 y crepitantes acontecimientos
 me hicieron ciudadano donde estuve.
 No fui extranjero de ojos muertos,
 compartí el pan y todas sus banderas.

Pero es el mar de Chile
 que entre otras olas sube
 penetrando el océano del norte:
 en estas aguas viene
 mi desesperación y mi esperanza.
 Estas aguas del frío
 elaboradas bajo las estrellas
 más heladas del cielo,
 este mar que en los pies del mundo
 estableció su estado tempestuoso
 y subió con el viento,
 fugaz, frío y frenético,
 corriendo como potro de la nieve
 sobre las olas y entre las ballenas,
 este mar, en la ausencia,
 me llama con sus truenos
 y antes de tocar patria
 me sacude
 con su respiración y sus espumas.

A medio mar, de pronto, en el camino,
 entre las otras aguas extendidas,
 anchas como las manos de la luna,
 el mar, mi mar, me dedicó su beso.

Lo recibí en la frente y en la boca
 y estalló la salmuera y la frescura
 en todos los caminos de mi sangre,
 desperté de la noche y de la ausencia,
 creció mi corazón como una ola,
 y a pleno sol sentí que me empujaba
 a cumplir con mi tierra y con los míos.

Por eso estoy aquí y ésta es mi casa.
 Por eso voy por todos los caminos.
 Cumplo lo que me dijo el mar de Chile
 a medio mar, cuando venía lejos.



LAS MÁSCARAS

Piedad para estos siglos y sus sobrevivientes
 alegres o maltrechos, lo que no hicimos
 fue por culpa de nadie, faltó acero:
 lo gastamos en tanta inútil destrucción,
 no importa en el balance nada de esto:
 los años padecieron de pústulas y guerras,
 años desfallecientes cuando tembló la esperanza
 en el fondo de las botellas enemigas.

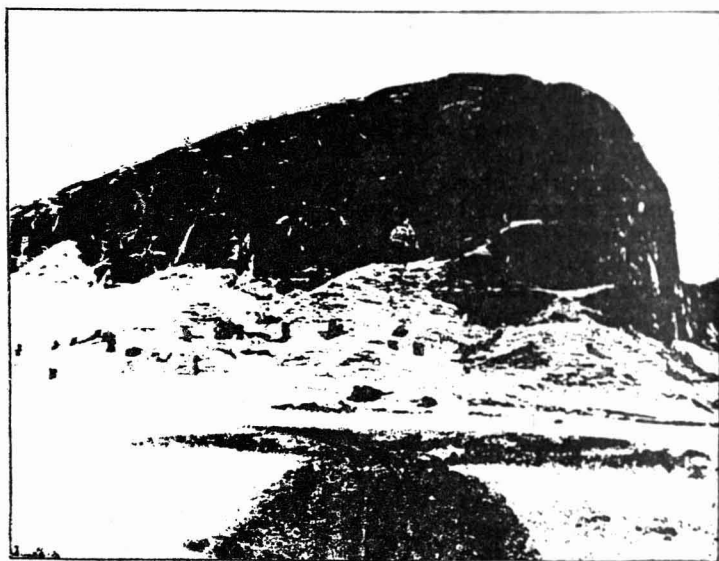
Muy bien, hablaremos alguna vez, algunas veces,
 con una golondrina para que nadie escuche:
 tengo vergüenza, tenemos el pudor de los viudos:
 se murió la verdad y se pudrió en tantas fosas:
 es mejor recordar lo que va a suceder:
 en este año nupcial no hay derrotados:
 pongámonos cada uno máscaras victoriosas.

ROSAMEL DEL VALLE

1. METAMORFOSIS

Una noche para el señor Haendel ¿recuerdas? *El Mesías*, tal vez.
 Pero la nieve hablaba de un adiós frío, de un tiempo extraño.
 No extraño a causa de la aparente singularidad, sino como
 consecuencia de la música, por las transformaciones
 Menos dudosas que los propósitos. "La tierra está fría."
 Decían tus manos al desgranar la nieve. "Como
 cuando el corazón está solo." En una ciudad nueva cada año,
 Puesto que en Navidad resucitan las cosas para el sueño
 de un día.

¿Verdad, señor Haendel? Siquiera un día distinto
 Para esto que somos con infinitas complicaciones,
 Por negar o aceptar mientras un río profundo nos lleva
 De un lado a otro sin explicación alguna.
 "Es bello flotar, así flotan los extraños objetos
 Que amanecen en las playas y que nadie reconoce."
 ¿Vienen de algún naufragio? Y qué importa, todos
 Venimos de un naufragio aunque no lo sepamos.
 "En aquel país el sol era distinto, acariciaba. En cambio,
 No recuerdo dónde, hería o hablaba. Y cuando lo grande hiere
 O habla, es lo infinito." El *Aleluya* hiere, golpea
 En la roca, pero no habla. Se ve, sí, el mar crecido
 Y uno es ahí una pequeña ola sin raíces, más muerta
 Que vida. Sin embargo, qué ardor en los huesos. Ellos ven
 Desde lejos el país que los espera. Oh y no les creemos.
 ¿Verdad, señor Haendel? Tampoco usted creyó mucho en eso,
 Cantando tan fuerte para disculparse. Además,
 Usted se va y nos deja solos. Deberíamos seguirlo, más
 Esa gruesa noche suya nos lo impide y el glorioso
 Himno que nos dejó es un grano indescifrable.



Rosamel del Valle (1900-1965). Otro destacadísimo poeta de Chile. Aún es casi un desconocido. Sus obras son: *Los poemas lunados* (1920); *Mirador* (1926); *País blanco y negro* (1929); *Poesía* (1939); *Orfeo* (1944); *El joven olvido* (1949); *Fuegos y ceremonias* (1952); *La visión comunicable* (1956); *El corazón escrito* (1960); *El sol es un pájaro cautivo en el reloj* (1963); *Adiós enigma tornasol* (1967).

GABRIELA MISTRAL

EL REGRESO

Desnudos volvemos a nuestro Dueño,
manchados como el cordero
de matorrales, gredas, caminos,
y desnudos volvemos al abra
cuya luz nos muestra desnudos:
y la Patria del arribo
nos mira fija y asombrada.

Peró nunca fuimos soltados
del coro de las Potencias
y de las Dominaciones,
y nombre nunca tuvimos,
pues los nombres son del Único.

Soñamos madres y hermanos,
rueda de noche y días
y jamás abandonamos
aquel día sin soslayo.

Creímos cantar, rendirnos
y después seguir el canto;
pero tan sólo ha existido
este himno sin relajo.

Y nunca fuimos soldados,
ni maestros ni aprendices,
pues vagamente supimos
que jugábamos al tiempo
siendo hijos de lo Eterno.
Y nunca esta Patria dejamos,
y los demás, sueños han sido,
juegos de niños en patio inmenso:
fiestas, luchas, amores, lutos.

Dormidos hicimos rutas
y a ninguna parte arribábamos,
y al Ángel Guardián rendimos
con partidas y regresos.

Y los Ángeles reían
nuestros dolores y nuestras dichas
y nuestras búsquedas y hallazgos
y nuestros pobres duelos y triunfos.

Caíamos y levantábamos,
cocida la cara de llanto,
y lo reído y lo llorado,
y las rutas y los senderos,
y las partidas y los regresos,
las hacían con nosotros,
el costado en el costado.

Gabriela Mistral (1889-1957). Obtuvo el Premio Nobel en 1945. Entre sus obras más importantes figuran Desolación (1922); Tala (1938); Ternura (1945); Lagar (1954).



Y los oficios jadeados
nunca, nunca los aprendíamos:
el cantar, cuando era el canto,
en la garganta roto nacía.

De la jornada a la jornada
jugando a huerta, a ronda, o canto,
al oficio sin Maestro,
a la marcha sin camino,
y a los nombres sin las cosas
y a la partida sin el arribo
fuimos niños, fuimos niños,
inconstantes y desvariados.

Y baldíos regresamos,
¡tan rendidos y sin logro!,
balbuceando nombres de "patrias"
a las que nunca arribamos.



MUJER DE PRISIONERO

A Victoria Kent

Yo tengo en esa hoguera de ladrillos,
yo tengo al hombre mío prisionero.
Por corredores de filos amargos
y en esta luz sesgada de murciélago,
tanteando como el buzo por la gruta,
voy caminando hasta que me lo encuentro,
y hallo a mi cebra pintada de burla
en los anillos de su befa envuelto.

Me lo han dejado, como a barco roto,
con anclas de metal en los pies tiernos;
le han esquilado como a la vicuña
su gloria azafranada de cabellos.
Pero su Ángel-Custodio anda la celda
y si nunca lo ven es que están ciegos.
Entró con él al hoyo de cisterna;
tomó los grillos como obedeciendo;
se alzó a coger el vestido de cobra,
y se quedó sin el aire del cielo.

El Ángel gira moliendo y moliendo
la harina densa del más denso sueño;
le borra el mar de zarcos oleajes,
le sumerge una casa y un viñado,
y le esconde mi ardor de carne en llamas,
y su esencia, y el nombre, que dieron.
En la celda, las olas de bochorno
y frío, de los dos, yo me las siento,
y trueque y turno que hacen y deshacen
se queja y queja los dos prisioneros
¡y su guardián nocturno ni ve ni oye
que dos espaldas son y dos lamentos!

Al rematar el pobre día nuestro,
hace el Ángel dormir al prisionero.
dando y lloviendo olvido imponderable
a puñados de noche y de silencio.
Y yo desde mi casa que lo gime
hasta la suya, que es dedal ardiendo,
como quien no conoce otro camino,
en lanzadera viva voy y vengo,
y al fin se abren los muros y me dejan
pasar el hierro, la brea, el cemento...

En lo oscuro, mi amor que come moho
y telarañas, cuando es que yo llego,
entero ríe a lo blanquidorado;
a mi piel, a mi fruta y a mi cesto.
El canasto de frutas a hurtadillas
destapo, y uva a uva se lo entrego;
la sidra se la doy pausadamente,
porque el sorbo no mate a mi sediento,
y al moverse le siguen —pajarillos
de perdición— sus grillos cenicientos.

Vuestro hermano vivía con vosotros
hasta el día de cielo y umbral negro;
pero es hermano vuestro, mientras sea
la sal aguda y el agraz acedo,
hermano con su cifra y sin su cifra
y libre o tanteando en su agujero,
y es bueno, sí, que hablamos de él, sentados
o caminando, y en vela o durmiendo,
si lo hemos de contar como una fábula
cuando nos haga responder su Dueño.

Cuando rueda la nieve los tejados
o a sus espaldas cae el aguacero,
mi calor con su hielo se pelea
en el pecho de mi hombre friolento:
él ríe, a mi nombre y mi rostro

y al cesto ardiendo con que lo festejo,
¡y pudo, calentando sus rodillas,
contar como David todos sus huesos!

Pero por más que le allegue mi hálito
y le funda su sangre pecho a pecho,
¡cómo con brazo arqueado de cuna
yo rompo cedro y pizarra de techos,
si en dos mil días los hombres sellaron
este panal cuya cera de infierno
más arde más, que aceites y resinas,
y que la pez, y arde mudo y sin tiempo!

PABLO DE ROKHA

IMAGEN*

De la materia que es seguramente porosa como esponja o como recuerdo de amante muerta o como atado de agua de alma él obtiene algo duro muy duro y lleno de esquinas: dios químico inmóvil y difícil que canta viviendo a la manera de los espectáculos.

palomas paradas a la orilla del tiempo

comprende que el diamante se ríe entonces solo enormemente abriendo la cara que la piedra es tan animal como el sueño que el material del vidrio del himno tiene sangre blanca o sangre negra pero nunca roja como los deseos ni como los cuchillos o los cardenales del poniente y por lo mismo no simula la naturaleza amasando la cochinita objetiva en compases de barco o tonto.

humo de piedra que ondula arrastrándose derrumbándose como mono de plomo bestia de hierro con lamentos y sin embargo percherón muy elástico y muy eléctrico y agilísimo ciudad mental y ausente.

alegría tan igualita a vaca desnuda o a río blanco y ancho con pescados negros terriblemente sin crepúsculos es lo contento de Contreras postura y lazada de viento la ecuación del canto del sembrador cuando ha sembrado del forjador cuando ha forjado y tiene derecho a la tarde la alondra estremecida de los picapedreros y los borrachos y los poetas y los bandidos el grito inmóvil del que descubre mundos sublime vil altura de los que administran peligros: armas de fuego mujeres epopeyas países sepulturas esperanzas y otros errores como el tiempo o el mundo y también alegría de serpiente enamorada y también alegría de huaso rico tomador y comedor cuando el otoño deshoja la primera guitarra amarilla.

frecuentemente gira y canta adentro de su imagen alguna estación de naranjas triste de mujeres y aceitunas sin horizonte provincia del recuerdo en aquel parece lluvioso que re-tumba como día de invierno en los osarios.

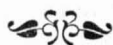
gallina del infinito que pone olores domésticos vieja del rescoldo comadres del mate con tortillas de causeo de parientes de violetas oliendo a azúcar quemada y lejana historia

Pablo de Rokha (1894-1968). Entre sus obras más destacadas figuran *Los gemidos* (1922); *U* (1927); *Suramérica* (1927); *Escritura de Raimundo Contreras* (1929); *Jesucristo* (1933); *Gran temperatura* (1937); *Morfología del espanto* (1942); *Fuego negro* (1953); *Idioma del mundo* (1958); *Genio del pueblo* (1960); *Acero de invierno* (1961); *Estilo de masas* (1965); *Mundo a mundo* (1966).

de antepasadas queso de familia a la lámpara con pueblos con muertos eternos con versos imperdonables "*posada del Tiempo*" aquella flor abierta que no floreció nunca.

toma la paloma del presidiario ave de hambre y cría soberbios polluelos contentos.

estilo de cosas no sucedieron él las agarra las abarca las aplasta estipulándolas en significado de verdades inabordables y produce el orden.



TRAGEDIA DE ARAUCO

Cruzando los siglos tronchados, a pata pelada, lo milenario, lo sacrosanto, dan la tónica sepulcral a la desgarradura popular de Chile.

El alcohol y los conquistadores, el ladrón, el matón, el cabrón vecinal, impostor y mistificador, enmascarado en la ley y en la bandera del pueblo, el tinterillo majestuosamente asesino, les robaron sus tierras y sus bestias, en la más espantosa y terrible cacería de criaturas.

Ahora, bajo los años, la carreta india golpea la tierra, o como un ataúd con ruedas, y el poncho es una gran mortaja o una gran putiada a la faz de la República.

Fina la niña y celestial como los pájaros del cielo, y la mujer parida o embarazada, con lo gran dignidad de las especies categóricas, sobre las cuales los milenios echan la pátina de los padecimientos, el varón singular, lanzando soledad con su complejo de inferioridad, tremendo; ¿cómo yo escupo a la bestia logrera que se dirige de alto-abajo a los oscuros aborígenes, más borrachos con trago amargo de desesperación que con aguardiente de burgueses que poseen un corazón falsificado de cobardes, yo, cómo desprecio al protervo criminal y mercader católico-romano, que disparó a la familia precolombina, dopado y parapetado en los códigos, cómo yo azoto al hediondo profesor de demagogia y al traidor a su pueblo y embaucador y estafador y explotador a su nacionalidad, a la cual entregó a la policía vestido de estadista, es decir, de esclavo y de sicario del Gran Capital Internacional, guerrero y campeón del asesinato de los pueblos hambrientos!; tremendamente pequeño y soberbio, como el indio deshecho pero enhiesto o como los viejos hidalgos de España, impávido y dramático es el buey aborígen, él, indio y perro son lo mismo, indio y perro, indio y perro en las laderas de Boroa o guiando o durmiendo la inmortalidad tronchada, debajo de la carreta-chancha, que se lamenta como si pariera...

Padre de Chile, mitología del discurso vil del cogoterismo en la retórica, y enteramente condenado por abigeato, cae la lluvia sobre la ruca del araucano y está lloviendo en los sepulcros, porque enfrentando los caballos con las masas épicas, el león del tambor militar de antaño está callado, Caupolicán no va rugiendo con el tronco al hombro, y don Alonso de Ercilla y Zúñiga, tiene la cara tapada con eternidad.

Un rumor colosal de cadenas de tragedia se escucha por debajo de la Araucanía y un son maldito, adentro del canelo de religión y lágrimas y adentro del espectro que recorre, solo, los campos heroicos que huelen a sangre pateada y bayoneta; un soldado español, parado y muerto, batalla en la psicología del lluvioso país frustrado, de este enorme y terrible amigo del alma, y sus costumbres son dolientes; como chocaron dos imperios: un invasor y un defensor, y hambre y muerte blandían la reyerta estrepitosa por el oro, embanderadas de cataclismos y asesinatos al pie del Rey de las Españas, arrasando los

poblados enterrados en las culturas precolombinas de América, ahora la huesera y el Panteón histórico-dramático de los héroes, dan huella tremenda a un pueblo de fantasmas acuchillados, que rumia rugiendo en las montañas o en las huracanadas praderas, la forma tórrida de antaño suenan a espuelas formidables de capitanes y a gran masa indiana, lloviendo, los cementerios aborígenes, porque está lloviendo aquí, eternamente lloviendo y tronando, lloviendo pena, sangre, tierra, y el disparo de las estupendas baterías españolas, el furor del cañón y el galope de acero del caballo, atruenan las banderas muertas; lo heroico social, sanguinario y derrotado, arde, ruge, hierve a puñaladas la resaca civil y varonil de los antepasados, y, circunscrito de cogotos y mercaderes, picapleitos y comerciantes o acometido por la policía o el imbécil dios administrado por el especulador y los nefandos intermediarios, ya no pelea, ogaño como antaño, cuando los soldados de su Majestad le robaron sus tierras, le acuchillaron su familia, le violaron sus hembras y se revolcaron como leones y como ladrones ensillados en la población despedazada, no, mira la vida irremediablemente, vencido por el destino y el alcoholismo, pateado por discursos rabicanos o monumentos que parecen amuletos de falansterio; el catolicismo le conduce piadosamente a la domesticidad de la red vacuna, y el latifundista al equívoco del patíbulo de la sociedad organizada por sus explotadores; al gran funeral de raza concurren jueces, ladrones, frailes, patronos y poetas-putos, y el gobierno alquila esclavos indios para ministros o para krumiros, extrayéndolos del pantano de lágrimas de la ancha indiada enorme, horripilante.

Con ponchos terrosos, esta gente digna y desventurada, cubre los cuerpos llagados de dolor ancestral, hinchados de rencor nacional de pueblo con ancestro dueño de leguas de tierra y hectáreas a la redonda, en su pasado de gigante, y hoy acorralado por los gusanos; y cuando el machitún estalla, la alegría se hace temible, como en todos los desgraciados, infinitamente lluviosos, infinitamente callados, infinitamente remotos, son invierno definitivo, son lamento y categorías, porque son hombres a los que la historia de la Humanidad pateó en las entrañas.

Vistiendo hierro, comiendo hierro, mordiendo hierro y fe, no fueron bandidos porque triunfaron, los conquistadores, y el triunfador es siempre héroe, cuando el santo de adentro lo empujó al asesinato; horrorosamente fanáticos, no robaron tierras, como el ladrón bobo y astuto de las alcantarillas legales, espantosamente volcánicos, la heroicidad los redimió, arrasándolos en la propia y tremenda llama y el sol calcinó el piojo y el polvo de la jornada militar, atrabiliaria, y la moral heroica les prendió un clamor de condición multitudinaria, medio a medio del acero; hijos de Castilla o de Aragón o de Asturias, condecorados con la crueldad vertical de los aventureros del hambre gigante de Europa, ceñidos del martirio civil del humanismo, como su gallardía fue infinita, rugieron los asesinos épicos; los soldados americanos del Arauco inmortal, acumularon el cuerpo del hecho, el ser popular, íntegro y categórico de factura, las almas de las masas físicas, y al enfrentar al invasor, un aullido en precipicio, estrellándose de montaña en montaña, dio el lenguaje total de la libertad y la dignidad humana y la lección de honor de la época, y fue vencido el ancestro-líder; de adentro del crujimiento de esqueletos, emergió lo chileno.

Estrellándose en ciudades crepusculares del Sur lluvioso y colosal, ruidosas como prostíbulos o como amargos animales de restaurantes, sucias de moscas y explotación, en las que los rufianes actúan como hoteleros, porque los hoteleros actúan

como rufianes, se arrastran los micros sembrando piojos y palabrotas de asesinos del volante, por allá debajo de Temuco, en donde rebullen las picanterías y la empanada falsificada, como los vinos sellados y estampillados, a fin de estafar en complicidad con el Estado, las mismas botellas con precios distintos, envenenan la clientela, la indiada desorbitada como el régimen, sufre y hunde la cabeza en el abismo; y si tallaron con corvos sonoros, los rotos gloriosos, la epopeya del Continente, estupenda, fue sindudamente, pues, porque, entonces, los santos bandidos de Iberia y el héroe autóctono, resuellan en nuestros grandes pulsos; el dominio vil del idiota, del negociante roñoso y miserable, del acaparador de las tierras y las materias primas se les impone a patadas embanderadas de mentiras y demagogia, y la honorable criatura aborigen, ya alcoholizada por sus ladrones y sus explotadores, escarba los suelos vacíos.

Los antiguos cementerios son estercoleros de vacunos y de académicos, flor de presidio la familia, asesinato las queridas artesanías, luto el mundo, y la epopeya guerrera estupenda, se deshace en el ruín hocico del krumiro, chorreando de concupiscencia, porque buscar en donde parir o morir es trágico, sufre el mapuche las gestas antiguas, y el pasado es macabro cuando no se entiende; algún último cultrún de limosnero, patea la caridad pública, en las esquinas deshabitadas del nocturno cosmopolita, y arriban a la magistratura estatal indios-mendigos de smocking y reloj pulsera, con la traición a su raza en la barriga; pleitos y piojos, piojos y pleitos y mixtificación, les sembraron los alquilados Mesías aventureros, y ahora los acusan, como si fuera posible y humano bañarse en el estiércol y escribir un gran poema categórico, con voz y con gente adentro, no exactamente con lo mismo que se engendran los hijos en el camastro, al cual el huracán azota como a una oscura nave en mares de sangre incendiándose, contra las rocas que aúllan, sino con vino adulterado; atardeciendo se levantan los viejos toquis muertos, y un alarido de heroicidad, infinito recorre la Araucanía, como un calofrío a un cadáver; los arruinó el maricón mediocre y cochino, que escribe, para las ramerías, artículos de periódicos en donde convergen y riman *pingajo* con *carajo*, y exclama: "he ahí, señores, la poesía popular realista", el trapisondejo "*hombre de orden*", que se acuesta con su criado, la vieja peluda y latifundista que alegremente les saquea las tierras y arroja la gran meada aristocrática sobre la mesa indiana, el hijo de cura y puta del eslabón tinterilleril y el Supremo Gobierno que los abandonó y los encarceló, cuando, por flojera y por vergüenza y por tristeza de años de años de explotaciones, se robaron la oveja que les robaron...

Allá "do" están los rumorosos álamos y el castaño y el naranjo secular, cargado de familias de cánticos y pájaros y el limonero que dio el estribo y el "gloriado", y la vid, abuela del vino, madre del fudre, tía primera de la santa y sabia tinaja y el ciruelo y el canelo que tenía a "dios" adentro, no estuvo nunca la ruca indiana, ensimismada y macabra, la cual no contempla la naturaleza ni siquiera como el rancho del huaso, porque sólo ella se mira a sí misma, desoladoramente por una oscura tumba, y el amor indio estalla y se agacha, en su corazón o brama como un toro acorralado, por debajo de la bandera negra del fogón, que humea con sensación de caverna que se incendia, de enorme e ilustre hornazo de carbonería, de gran botella de humo o de gran cabeza de búho y que recoge todos los inviernos del mundo y el rumor insular de todos los inviernos del mundo, en su actitud sub-geológica, sub-chilena, sub-ultramarina.

Sólo los hijos de Recabarren le abrieron los pechos obreros

en el "Congreso de Trairaco", y Winétt los inmortalizó en la lengua épica de "*Abrazo o Racimo*", cantando el antaño vernáculo de Arauco y clamando su gran congoja, gritando su gran miseria, bramando su gran angustia; ¡cuándo los vamos a redimir explotándolos, azotándolos, humillándolos y cómo si están solos y están rotos a patadas y los arrasó el conquistador no estarán ahitos de rencor y de dolor histórico; menospreciados por abajo y con redención de fusilamiento, los indios chilenos arrean sus carretas de vergüenza y mercadería de espanto, y el comerciante en cadáveres saltea sus choapiños de pelaje desventurado con negro dinero de quemazón de la República que planteó el asesinato general de la propiedad india, majestad-abajo en las épocas, rajando el pecho de Chile; las lluvias sangrientas obscuramente azotan las araucarias eminentes, y está doliendo y atardeciendo siempre, rugiendo siempre el mar y el huracán rabioso, enfurecido y gélido, siempre bramando muerte alguna bestia adentro del invierno; oigo sus trancos mortales y acuso con gran voz acusatoria al extorsionador de indígenas e invito al guaina, al hueñi, al huinca, al cacique ensangrentado de humillación, a enfrentar al ladrón de tierras, con el Código y la tenebrosa carabina recortada debajo del andrajo social de su figura; como un chorro de vergüenza, las matanzas de Lonquimay, manchan la cara de la patria, y corren los colonos pobres, perseguidos por bandidos de frac y condecoraciones; desterrados de la ley burguesa, rehuyen los mapuches a sus conacionales protervos y así como el pascuense oceánico, plantea la bandera de la estrella solitaria como el símbolo de la piratería y el peón al patrón como ladrón, los últimos descendientes de héroes de Chile, nos marcaron como aciagos antropófagos sociales.

Como el cuáquero mixtificador y pícaro y el tenebroso puritano revestido de religión y de concupiscencia, —los dos negros— encadenaron al África natal, ultrajándola a latigazos o a puñetazos, redida, y aún restallan las huascas macabras en las espaldas ensangrentadas, el invasor de extranjería, ensayó la Winchester y apuntó al corazón araucano, cobardemente, respaldado y parapetado en abigeatos de égloga.

Relinchos de caballos muertos, bramidos de soldados muertos, y bravura de guarniciones de mocetones muertos, azotan las laderas cordilleranas, cuando el canto funeral flamea sus banderas de soberbia, frente a lo irreparable y la unidad total de la muerte arrasa las categorías humanas; el problema del indio y el poema del indio y la tragedia del indio lo mismo herido es y es enorme el potencial del héroe precolombino que deviene sangre de mártires; embotellemos al turista imbécil con chaqueta de conejo y de animal embotinado que ofrece cabelleras de sepulturas, porque andamos pisando andrajos de pólvora y lo exorbitante aúlla: ¡maldito el cretino legal, con el escrito de las tinieblas y el mal policía de camarilla y subterráneo con caballos de locura; por adentro del Cerro Nielol, los vientos tremendos de la eternidad, rugiendo, agitan las montañas de las epopeyas, y el capitán indo-español, se nos subleva y escarba la historia, clavando un impacto de bala, en la entraña social del régimen...

País solitario, nación sumergida, deshaciéndose en las rucas profundas que naufragan tiempo-abajo como barco roto y en donde tizones humean con lamentos de funeral, el abuelo creador de poetas-oradores-guerreros, pisoteado con alcohol, gravita; ¿ya no hará jamás temblar la historia americana con el coraje de sus mocetones?; enarbolando un pabellón estupefacto como un muerto de pie, gritando, es el antepasado colosal que acusa a la República.

Fernando Alegría

Otro fantasma recorre el mundo

En la verdad del papel
y el estoicismo del mar
su pecho de papiro al sol
el vigilante de sal
nixonicidio escribió

Con esa extraña palabra
despertó a los antipoetas de la contra-
insurgencia
¿Por qué pensar que la ansiedad, la angustia
y la tristeza de nuestras ciudades
son consecuencia de un vuelo extraviado
el grano de arena de una estrella solitaria?
Les preguntó
¿Hay respuesta para una ciudad flotante
cuyas penas y zozobras son alambres
que transmiten signos como incendios?

Después, acostado en su lecho de tablas
sobre clavos de madera



la pipa entre los dedos
su camisa apagándose de a poco
y la barba creciendo lenta, como crece la
muerte de los
poetas
con alguna pena y sin temor
dibujó una X en la arena
una fogata que llenó los cerros de humo
una araña sangrienta que subió a la bandera
y denunciando la traición a cuatro vientos
fue repitiendo la señal hasta que empezó a
arder
la cruz gamada

Entonces pidió silencio en su caja de pino
salió de la ciudad en carretón tirado por
mulas
se cantó y se bailó sobre sus libros
y con el dedo mojado en sangre escribió:

Un fantasma recorre el mundo
vestido de civil y tocando los cascabeles
fantasma de levita y calzón de cuero
rizos de cobre mohoso
y maletín de verdugo en mano
Vuela sembrando su desierto
disponiendo cementerios en el mar
fuentes de sangre para apagar sus incendios
Reparte cadenas y capuchas
rompe huesos y se alimenta de nostalgia
porque es fantasma delicado y vergonzoso
lleva claveles en los pies y cambia de uñas
a diario
va de general en general
como picaflor embriagado
Soy vuestro hermano mayor
les dice a las viudas
nosotros fusilamos con balas de madera
Soy el fantasma de percal
quien me toca se entusiasma
bailo para atrás y para adelante
me doy golpes en el pecho y condecoro a las
hienas
me codeo con los tigres
me cambio de camisa como de bandera
entrego dólares a domicilio
inauguro coroneles vuelo en fortalezas
abrazo por la espalda rezo dinamita
bailo por los derechos humanos
me piden la paz y les doy el pie
armo países de opereta
me abanico entre vidrios de colores
soy la esmeralda más cara del barranco
importo diosas con descuento
yo inventé los suicidios comerciales

Un fantasma pues recorre nuestros patios
 las aldeas que fueron flor en el adobe
 los barrios y zahuanes en la sombra de la
 historia
 la penumbra de familias confundidas por el
 cielo
 inmóviles fábricas en el silencio de un
 viento repentino

Pasa cargado de bruma y de rocío
 verde como vieja selva empapado de muerte
 mordiendo con dientes de tizas
 arrastrando sus redes arpones y osamentas
 brillando en las noches tropicales
 con sus barbas de fuego y sus mandíbulas de
 cobra

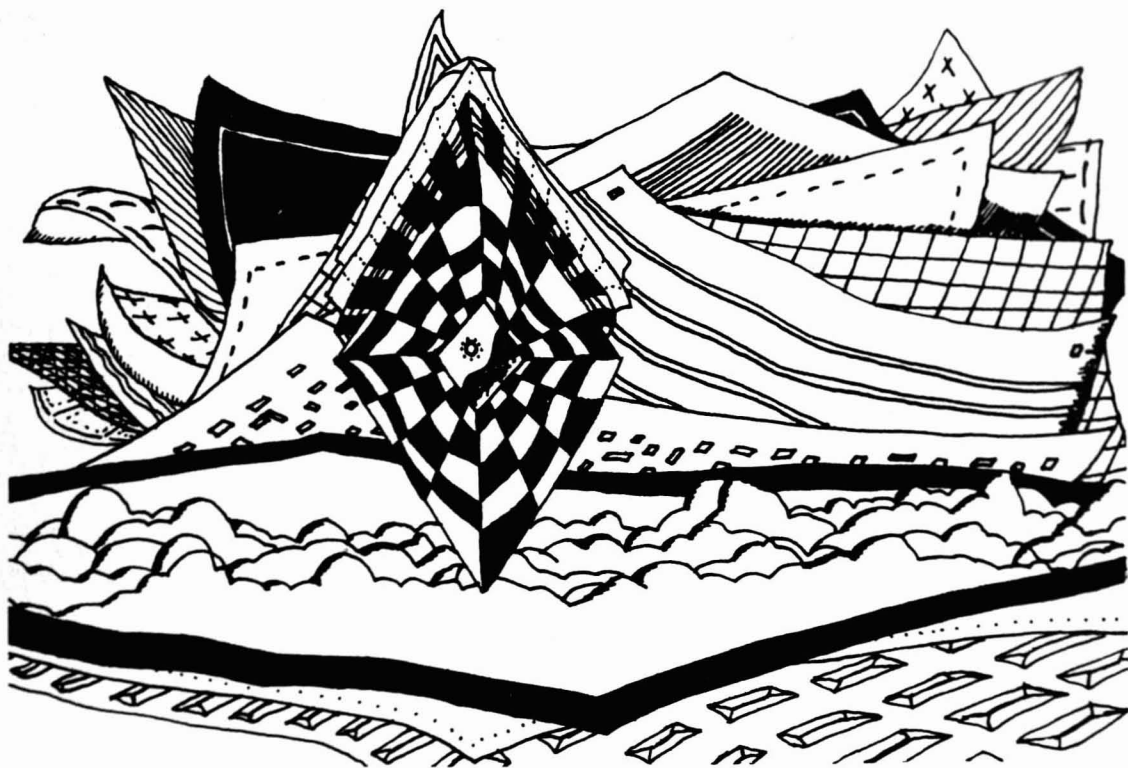
Fantasma viejo
 saca su lengua morada bota sus trajes de
 aluminio
 sus corbatas de nudo resbaloso
 sus canas de alambre sus sonrisas de vaquero
 desplumado

Hoy vino a poner una corona de espinas en la
 puerta de
 mi casa

Meditó lamió las rocas del jardín
 dejó su tarjeta en el aire
 se fue regalando pantalones escopetas
 encendedores
 de bolsillo
 Volvió a su iglesia de ascensores
 colgó la toalla ensangrentada
 juró
 me dio un abrazo emocionado
 y se acostó a dormir sobre su mujer sin
 huesos

¿Qué moraleja
 deja
 este fantasma honoris causa?

El fantasma que a un fantasma
 condecora en la bóveda del tiempo
 y cambiando de color confunde signos
 se arrepiente y salta
 sin rostro
 sin nombre
 sin huellas digitales
 de una cruz a otra cruz
 a provocar el relámpago
 pasará por el mundo como el último cometa:
 con su cola de fuego entre las piernas



En el 70 aniversario de Salvador Allende

por Volodia Teitelboim

Que un hombre llame por teléfono a su mujer pasa todos los días en cualquier parte del mundo y a nadie puede llamarle la atención. Pero éste era un telefonazo muy singular. “Te hablo —le decía— desde la Moneda. La situación se ha tornado grave. Yo voy a quedarme aquí. Tu permanece en Tomás Moro...” Cortó.

La mujer recuerda lo que vino después. Cerca de las once treinta horas apareció sobre la residencia un helicóptero de reconocimiento. Se iniciaron los bombardeos aéreos. La residencia se convirtió en una masa de humo, de olor a pólvora, de destrucción.

El hombre del telefonazo había muerto.

“Cuando llegamos —rememora— al cementerio de Santa Inés en Viña del Mar, caminamos en silencio hasta la cripta familiar. En el mismo lugar donde enterramos hace un mes a Inés Allende, hermana de Salvador, que murió de cáncer. Tomé unas flores cercanas y las arrojé a la fosa cuando estaban paleando la tierra. Y dije: “Aquí descansa Salvador Allende, que es el Presidente de la República y a quien no han permitido que ni su familia lo acompañe.”

Hortensia evoca a su marido y ese último llamado. Ahora, con las lágrimas secas, conmemora, como tantos en todo el mundo, el setenta aniversario de su nacimiento. Salvador Allende llegó a la vida el 26 de junio de 1908 en Valparaíso, donde siempre se respira el aire salino del Pacífico. Tenía la pasión por la justicia y la libertad en la sangre. Su bisabuelo fue guerrillero en la lucha por la Independencia de Chile contra el dominio español, en la época en que Kutúsov enfrentaba a Napoleón. Su abuelo, médico, senador radical, fundó en 1871 la primera escuela laica del país. Sus enemigos de la oligarquía lo apodaban no sin razón el “Rojo Allende”. El nieto estudiará también medicina. En la Universidad se apasiona por las ideas del socialismo. Se embebe en la Historia de la Revolución de Octubre. Dirige un grupo de avanzada estudiantil, “Avance”. Comienza a leer —entre otros— textos de Marx y Engels, de Lenin. A causa de su actividad revolucionaria es expulsado de la facultad de medicina. Por aquellos tiempos Chile sufre el impacto de la crisis del capitalismo. La lucha de obreros y estudiantes hace temblar la dictadura militar de Carlos Ibáñez. El joven Salvador Allende, perseguido, se presenta en los funerales de su padre y allí hace el juramento de dedicar su vida a la causa del pueblo. Cuando el dictador Ibáñez es derrocado el 26 de julio de 1931, Salvador Allende puede regresar a la universidad y recibir su título de médico. En junio de 1932 participa en la creación de la fugaz República Socialista —así se llamó— que sólo duró doce días. Allende se define como socialista y antimperialista. Detenido, comparece ante tres cortes marciales en Valparaíso. Participa en abril de 1933 en la fundación del Partido socialista de Chile. Figura entre los promotores del Frente Popular, formado en mayo de 1936 por los partidos radical, comunista, socialista y radical socialista, que alcanza la Presidencia de la República el 25 de octubre de 1938, con Pedro Aguirre Cerda. A los 31 años Salvador Allende renuncia a su mandato de diputado por Valparaíso para asumir el cargo de ministro de salud en ese gobierno. Tiene el propósito de mejorar las condiciones sanitarias del país, sobre todo del pueblo. Dotado de gran capacidad de trabajo, elabora el proyecto de ley que instituye el Servicio nacional de salud. Se

propone la creación del Colegio médico. Particularmente preocupado por la suerte de la mujer y del niño, impulsa el establecimiento de las asignaciones familiar y prenatal, de las pensiones para las viudas y los huérfanos, así como para los obreros y los campesinos. Introduce la jornada de ocho horas de trabajo para los trabajadores de la salud. Escribe un libro notable, muy documentado. “La realidad médico-social de Chile”, que proyecta una luz estremecedora sobre el trasfondo de pobreza abismante en el cual se debate la mayoría de la población.

Cuatro veces candidato presidencial, Allende se convierte en la personalidad más destacada de la izquierda chilena. Presidente del Senado en 1966, se preocupa por la suerte de los sobrevivientes de la guerrilla del Che Guevara en Bolivia. Asegura su protección y los acompaña en el viaje por avión vía Isla de Pascua-Tahití a fin de que puedan dirigirse seguros hasta La Habana.

Cuando el 4 de septiembre de 1970 Salvador Allende gana la elección presidencial, pasada la medianoche, desde el balcón de la Federación de estudiantes de Chile, en Santiago, con una voz firme en la cual se transparenta la emoción del momento, precisa con clarividencia: “Si la victoria ha sido difícil, será aún más difícil consolidarla y construir la nueva sociedad”. Cuando, dos meses más tarde, entre a la Moneda, agrega que “el socialismo no es un don gratuito que los pueblos encuentran por azar en su camino”. Su gobierno no se da un momento de reposo. Estrecha relaciones con la Unión Soviética. Las restablece de inmediato con Cuba. Las extiende a todos los países socialistas. Y proclama su propósito de mantener vínculos amistosos con todos los países de la tierra, reforzando los lazos con las naciones del Tercer Mundo. Sus principios son los de la independencia, soberanía, autodeterminación, colaboración internacional y de apoyo a los pueblos en la lucha por su definitiva liberación. Nacionaliza todas las riquezas en manos del imperialismo. Da cima a la Reforma agraria. El mismo Allende advierte la respuesta de los grandes propietarios, de las multinacionales: “El capital extranjero —puntualiza al cabo de un tiempo—, el imperialismo ligado a la reacción han crado el clima para que las fuerzas armadas rompan su tradición”. De este modo anunció el curso de los acontecimientos que deberían conducir, con su inmolación, a la muerte de la democracia en Chile y a la instauración del fascismo.

A setenta años de su nacimiento y a cuatro años de su muerte heroica, la figura de Allende, caído dentro de una Moneda en llamas, que juró no abandonar con vida, se ha convertido en un símbolo del pueblo chileno y en una imagen mundial representativa de la más alta consecuencia y de fidelidad absoluta a su patria y a la revolución. Poco antes de morir, él sabía que el pueblo viviría para dar vuelta a esa página sombría. “Viva Chile, viva el pueblo, vivan los trabajadores”, expresó con convicción definitiva en su último discurso.

Su voz ha quedado resonando en el aire de la historia. Sus palabras no se borran. Salvador Allende recordó precisamente que la historia la hacen los pueblos y ellos son los que dirán la última palabra. El pueblo de Chile está en esa tarea. No prevalecerá Pinochet. Salvador Allende, a setenta años de su nacimiento, despliega su nombre y su ejemplo como una bandera de lucha como un sinónimo de la indestructible esperanza.

Disparatario

Señoras, señores, compañeros

*Alocución con motivo del quinto aniversario del golpe de estado fascista contra el gobierno popular del doctor Salvador Allende, cuya muerte gloriosa precedió en pocos días la del gran poeta americano Pablo Neruda.**

Señoras
Señores
Compañeros;

Muerte y desastre son signo común en muchos de nuestros pueblos americanos. Asesinato y tortura no cejan y la desesperanza impone, a veces, su fatídica sombra. Claro —se dirá— existen otros países, otras regiones, otros lugares más felices en los cuales el destino es diferente y entonces nosotros los de antes, los huérfanos de la vida, sonreímos de inmediato y como dementes cantamos las canciones de ayer. Esas en las que el burgués irremediamente muerde el polvo, ésas en las que la hueste fascista no llega nunca a cruzar el Ebro mientras en el horizonte de la humanidad se eleva un enorme sol rojo, sólo previsto en rapto de creación artística por Shostakovich, Eluard, Henry Moore, cada uno a su estilo, cada uno según su ideología.

La realidad, la más escueta, es que las balas dirigidas al corazón de Chile, el Compañero Presidente Salvador Allende, nunca se han detenido. Su labor es larga y tremenda y en consecuencia asesina. Las balas ya no buscan sólo al líder, al ideólogo, al combatiente distinguidos, a título de blan-

cos entre todos los más visibles sino también a quienes en modestas trincheras, pero no por ello menos importantes, se revelan en la lucha por el rescate de las libertades humanas como víctimas apetecidas en la masacre que perpetra el imperialismo. Hasta ellos, pues, llegan también los proyectiles que prosiguen atronando la Casa de la Moneda, disparados por manos de Richard Nixon, John Colby, Tacho Somoza, Carlos Arana Osorio, Videla, Stroessner; todos sentados a la mesa de la Junta Militar chilena, que encabeza Augusto Pinochet, sin duda el más sanguinario de los títeres manejados por los señores del dinero.

Pero echemos cuentas, ¿cuántos son ya los muertos en nuestros desangrados países después del sacrificio de Salvador Allende, Pablo Neruda y demás combatientes chilenos? Entre muertos y desaparecidos suman muchos miles de millar. Pretender un recuento llevaría a la locura. Nosotros, sin embargo, en ocasión de cumplirse el quinto aniversario de la caída (transitoria, se entiende) del régimen popular chileno, deseamos evocar así sea momentáneamente otras víctimas sacrificadas por la misma causa en otros tiempos, otros países, otros combates, otras circunstancias en las cuales la mano del delincuente ha sido y es la misma.

El poeta Roberto Obregón, torturado hasta la muerte por las autoridades salvadoreñas; el poeta Otto-René Castillo, incinerado en vida por la insuperable crueldad de los escuadrones de la muerte guatemaltecos; Francisco Urondo, poeta combatiente argentino, caído al atender el llamado de su pueblo. Y ya puestos en esta vía permítasenos evocar a las víctimas de Panzós, pueblecito maya de Guatemala, en donde la metralla transnacional sembró la destrucción ante la repulsa de un mundo hecho más a la simulación alharaquenta que a la fraternidad efectiva.

Todos los nombrados y asimismo los que no, comparecen (comparecemos) incluidos en el desarrollo de un hecho en el que Salvador Allende ha sido el personaje más visible del drama en el cual todos seguimos siendo la primera y la última víctima en los bien urdidos delitos de la civilización occidental, porque ¿acaso no descansa la historia del subdesarrollo sobre la continua escalada del dólar, generador de la violencia en cuya cima hay un cadáver que es el primero de una serie de causas de las cuales el efecto es el último muerto ofrendado a una cada vez más lejana liberación? Dicho sea sin pesimismo.

A cinco años de la muerte de Salvador Allende en defensa de la integridad social, política y cultural de su patria, deseamos dejar constancia de esta incoherente reflexión, expresada puesto el oído en el corazón de Chile. Pueblo en pie de lucha, armado entre otras armas con el verbo intemporal de Neruda.

Señoras y señores. Compañeros. El pueblo chileno exige hoy el plural concurso de todos cuantos alentamos vida (todavía) para volver a construir el espíritu y la libertad momentáneamente puestos bajo la bota de los militares transnacionales.

He dicho.

Carlos Illescas

Cine

Cine chileno: tiempo de discutir

Entre la inmensa cantidad de empresas, proyectos y logros que se clausuraron en Chile el 11 de septiembre de 1973, el cambio de actitudes mentales e ideológicas, que emprendió el cine ocupa un puesto fundamental por sus características intrínsecas; fue el único medio de difusión masiva que pasó totalmente a manos de la Unión Popular (por cuanto que sólo había una casa productora de importancia, Chile Films) y, en consecuencia, pudo ser un vehículo de convencimiento y acción ideológica tan eficaz para los fines del gobierno allendista como el medio impreso lo fue para la burguesía y el imperialismo yanqui (al respecto es muy útil la lectura de *La cultura de la opresión femenina* de Michele Mattelart).

El llamado "nuevo cine chileno" fue indudablemente el más importante en cantidad (más de treinta películas en tres años) y calidad, tomando en cuenta sus antecedentes artesanales, muy lejanos de cualquier producción industrial. La misma validez guarda el impacto que tuvo con los públicos interno y externo; aún así, todavía no se realiza la ya urgente discusión sobre el fenómeno, sus alcances y limitaciones, su actividad presente como cine en el exilio (*Actas de Marusia* de Littin, *Sangre sobre Santiago* de Soto, y *La batalla de Chile* de

* Palabras pronunciadas una noche de insomnio frente a las sombras vivas que encabezaban Salvador Allende, Pablo Neruda, José Tohá, Enrique Letelier, Víctor Jara, Violeta Parra, Javier Heraud, Yon Sosa, El Patojo, Juan Tubac, el Comandante Ché Guevara, Raúl Leiva, Huberto Alvarado, Nayo Castillo Flores, Fátima Rodríguez Padilla, Bernardo Alvarado Monzón, el infante Ignacio Ricopalchi, Carlos Alvarado Jerez, Gato Valle, Inti Peredo, Isabel Allende, Hugo Barrios Klee, Chema López, Dulce María Tamahú, Otto-René Castillo, Mario Silva Jonama, Gato Pineda, Rafael Tieschler, Víctor Manuel Gutiérrez, Rogelia Cruz, miss Guatemala. Quizás tú. Y todo mi pueblo bañado en olas sucesivas de un silencio rojo.

Guzmán, etcétera). Es en el terreno de la posible polémica donde toma su importancia la publicación del excelente folleto *Chilean Cinema** por parte de la British Film Institute, que recoge entrevistas a los directores Raúl Ruiz, Helvio Soto y Miguel Littin, a Armand Mattelart, manifiestos de los cineastas chilenos, reportes sobre el estado actual de Chile Films (comprado por un empresario para hacer telenovelas), bibliografía y una filmografía con más de cien títulos. El catálogo, no está de más decirlo, se imprimió a raíz de un ciclo retrospectivo de cine chileno exhibido en enero de 1977 en el National Film Theatre de Londres.

Seguramente lo más importante del libro es la entrevista a Mattelart y la introducción de Michael Chanan, quien ofrece una historia de Chile bien sintetizada, desde la intervención inglesa, a fines del siglo pasado, en las minas y el comercio del país, y el penoso desarrollo del cine chileno. Las opiniones de Mattelart y Chanan están llenas de datos, observaciones, bien fundamentadas de hechos y cifras y conclusiones que propician la comprensión del cine chileno en el marco de la sociedad que permitió el surgimiento de la UP. Todo lo contrario pasa con las observaciones de los directores chilenos, incapaces de apreciar lo ocurrido entonces si no es a partir de sus experiencias personales, tan valiosas como insuficientes. Esto no es tan raro si se toma en cuenta una afirmación de Mattelart: "El trabajo ideológico en el área de las comunicaciones fue casi dejado a la improvisación y a las tácticas particulares de cada partido" (p. 76); igualmente, Chanan cita a Mattelart para precisar que "... era difícil para ciertos sectores de la izquierda el concebir la lucha ideológica como una parte integral de la lucha de clases" (p. 22).

La producción cinematográfica chilena es más bien raquítica: según Chanan, su época muda (hasta 1931) contiene más o menos 80 obras, la mitad de las cuales se hicieron entre 1925 y 1927. La misma cantidad se filma entre 1931 y fines de los sesentas. Sin embargo, se fomenta la cultura del cine con el establecimiento, en 1958, del primer cineclub en la Universidad de Chile; pronto se crea el Instituto de Cine de la Universidad Católica de Santiago y, en 1962, el cineclub de Viña del Mar, donde se celebra el festival de cine latinoamericano más importante, desde 1967 hasta 1972.

A mediados de los 60's comienzan a



foguearse directores jóvenes como Soto, Littin, Pedro Chasquel y Aldo Francia, que entienden el cine como un medio de impugnación de mitos, de relectura y rescate de la verdad histórica y cotidiana, aunque todo un sistema de exhibición de películas extranjeras engañosas y un sistema de filmación escaso y primitivo dificulten la tarea; lo importante es afectar al público con mensajes de signo diferente, progresista. "Es evidente que el nuevo cine chileno sólo pisó tierra firme y descubrió su voz política cuando descubrió que el único camino posible para un cine político era el cambio tanto de las relaciones de producción como de las relaciones con el auditorio" (p. 21). Las cintas empiezan a abordar los móviles económicos de las guerras patrias (*Caliche sangriento* de Soto) o la opresión social que produce el crimen individual (*El chacal de Nahueltoro* de Littin), pero hay en toda la producción una curiosa fascinación por la derrota heroica y/o injusta, por los mártires y las causas perdidas que lleva al pesimismo y la frustración a esa generación, aun después del triunfo de la UP. Ese desaliento latente prefigura el desastre futuro; películas como *La tierra prometida* (1973) "... plantean un cuadro de debilidad integral y aun vacilación dentro de la Unidad Popular. De alguna manera, José Durán (el caudillo vencido de *La tierra prometida*) significa claramente en el film de Littin al propio Allende" (p. 2).

El problema es que esa actitud se ha mantenido en el exilio y los directores no sólo mantienen sus puntos de vista ideológicos primitivos, sino que se muestran incapaces, por obvios motivos sentimentales, para analizar concienzudamente todo lo que entrañó el intento marxista chileno y

el golpe de Estado. No es, pues, casual que los mejores textos sobre el tema sean de autores extranjeros, para quienes eso fue un bestial campo de experimentación, aunque gentes como Mattelart se hayan comprometido con la UP desde adentro y a través de sus momentos más difíciles.

Ahora es el momento de las conclusiones, de divulgar las experiencias y lecciones para sacarles provecho; indudablemente, algo tan débil y brillantemente desarrollado como el "nuevo cine chileno" merece bastante más que la descripción de sus fallas y aciertos. Para superar esa etapa, análisis como los presentados en el folleto de la BFI son, con todas las limitaciones del caso (brevedad, esquematismo, necesidad de informar a un público como el británico, que ignora todo sobre Chile), un paso de enorme valor.

* *Chilean Cinema*, editado e introducido por Michael Chanan, Londres, 1976, British Film Institute, 102 pp.

Gustavo García

Artes Plásticas

De exilio y solidaridad: América en la mira

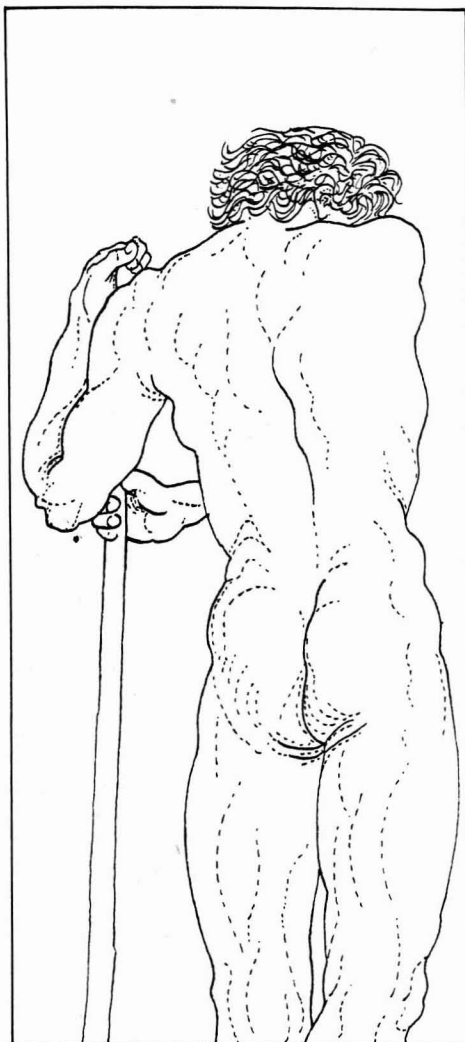
Salvo excepciones, la condición del exiliado camina pareja a la solidaridad con las luchas populares de liberación en América. Cuando decae la militancia antifascista para tornarse recuerdo ocasional, "cuando el optimismo se deteriora por los mil recursos del imperialismo, cuando la nostalgia por el país de origen se complica con el sentimiento de culpa por su abandono, los trabajos intelectuales y artísticos pierden la brújula y al decir de Adoum (*Entre Marx y una Mujer Desnuda*) la tranquilidad en la que se instalan resulta una canallada. ¿Por qué es así?" ¿Es que exiliados y solidarios han desistido de la lucha? En parte sí, pero lo determinante reside en la situación histórica difícil de transformar para quienes

sólo cuentan con la buena voluntad y los recursos prácticos más bien acordes con la tradición burguesa. Los que producen, avanzan y transforman, lo hacen defendiéndose contra los mitos y ritos dominantes, luchando, oponiéndoles una crítica inmisericorde y tenaz, generalmente iniciada antes del exilio y de la solidaridad ocasionista.

Néstor García Canclini, por ejemplo, no inició ayer su crítica del idealismo y de las vías populares del arte, sino que ahora radicaliza y construye las posiciones atisbadas cuando Argentina no llegaba a la brutalidad de Videla. De manera parecida, Atilio Tuis desde Luján y Buenos Aires y Víctor Hugo Nuñez desde Santiago, habían comenzado a construir lo que ahora se concreta en sus trabajos plásticos de interpelación ambiental empeñados en vincularse con las masas.

García Canclini, como los otros mencionados, llegó a México sin persecución directa, pero como los tres, bajo la amenaza constante personificada en los amigos desempleados, aprehendidos, secuestrados, asesinados. En algo así como dos años, ha enriquecido la discusión artística en México con un ya apreciado trabajo escolar, una tesis de doctorado en la Universidad de París próxima a publicarse por la UNAM sobre Merleau-Ponty como uno de los originadores del estructuralismo, y el libro finalista en el concurso Casa de las Américas de 1976: *Arte Popular y Sociedad en América Latina*. Desorientado a veces por la complejidad mexicana, García Canclini ha descendido hasta coloquios y jurados filiales del poder burgués, para irse definiendo como investigador de las ciencias sociales frente a las cuales asume la función filosófica: establecer líneas de demarcación entre las ideologías dominantes y la problemática real, historicada, que deben resolver las ciencias y las artes. Conocido y reconocido por los especialistas, García Canclini camina seguro precisando el compromiso del investigador social americano: precisar las teorías para las nuevas prácticas que rompen, lenta e inexorablemente, los dominios aparentemente naturales, eternos y universales. A la larga, esta práctica es más eficaz que todas las declaraciones de internacionalismo y solidaridad progresista frecuentemente firmadas, exhibidas e incumplidas.

Después de una oscura militancia en Argentina, Atilio Tuis llegó becado nada menos que por la OEA. Lejos está "la oficina de colonias del imperio" de contar con medios suficientes para contener la



imaginación artística en los pantanosos límites de la restauración y la museografía obviamente al servicio de los poseedores del prestigio cultural empeñados en ocultar la materialidad histórica. Cumplido y bien cumplido su compromiso de becario, Tuis presentó exposiciones de supervivencia económica en Guadalajara y Monterrey. Insatisfecho por el individualismo y la circulación mercantil, Tuis buscó y encontró al *Taller de Arte e Ideología* para dar ejemplo en él de eficacia práctica. Intolerante como todos los que luchan por realizar sus proyectos, Tuis trabajó intensamente para realizar el hito histórico que significa haber conformado una representación de grupos mexicanos ante la X Bienal de Jóvenes en París, contra el dedazo, la mediación del funcionario uruguayo Angel Kalenberg y la presentación reaccionaria de Severo Sarduy. El contracatálogo presentado por García Márquez, el premio Casa 1976 Alejandro Witkers y el autor de este texto, fundó la

discusión de las obras ambientales con los americanos en París más combativos. Después, la modorra del prestigio y su excesiva reiteración, no bastaron para detener a Tuis siempre pendiente del Cono Sur, pero también de Vietnam en cuya embajada está una de sus obras que integrara la exposición montada en parte, gracias a las lecciones subsidiadas por la OEA. Fundador del *Frente Mexicano de Grupos Trabajadores de la Cultura*, Atilio Tuis alentó la participación de los jóvenes en estampida del Taller Siqueiros de Cuernavaca en el Festival de "Oposición" 1978. Su ambiente con campo y césped futbolero con la silueta de un clavado con la bayoneta de un mauser, tuvieron menos éxito que la reconstrucción del escudo argentino con el sol llorando, las manos militares que al estrecharse escurren sangre y claro la bayoneta y el balón. Con sacrificios económicos, sujeto de crisis constante en todos los órdenes, Atilio Tuis produce recursos para sortear obstáculos con lo que enriquece su obra no sólo plástica, sino pública en cuanto difícilmente construye una tendencia promisoriosa por lo que tiene de colectiva y liberadora.

Víctor Hugo Nuñez expuso en la Casa del Lago en busca evidente del pueblo que no pasa por las academias universitarias. Realizó un ambiente con cruces y esculturas a manera de bultos humanoides cuya elocuencia exigió lectura política. La represión en el Cono Sur fue la presencia necesaria, imposible de evitar por los espectadores interrelados. Hijo del apreciable muralista chileno Fernando Marcos, testigo de las limitaciones de la práctica paterna ofrecida en trabajo solidario con el grupo Mascarones de Cuernavaca, Víctor Hugo Nuñez continúa trabajando ambientes y esculturas, experimentando y profundizando contextos, mientras vive las penurias del exilado que opta por no reducirse al mercadeo, la componenda y la obra domesticada.

Mientras, la solidaridad se polariza: en una esquina los tigres de papel con su rollo para sensibilidades dispuesta a la catarsis periódica; en la otra, los que se agrupan a favor de una cultura crítica contra las ideologías dominantes y por la recuperación de la circulación artística para fundar un valor liberador, popular, socialista. Ejemplo de grupos, por lo que hace y por lo que lo limita, el *Frente Mexicano de Grupos Trabajadores de la Cultura* conmemorará el triunfo electoral de la Unidad Popular en Chile el 11 de septiembre de 1973, con la exposición *América en la*

mira. Predominantemente gráfica, la exposición será inaugurada simultáneamente en Morelia, el Distrito Federal y Puebla. Libres de las censuras de los críticos por decreto oficial, ausentes de los rituales *socialités*, afines a literatos como Guillermo Samperio y a teóricos como García Canclini, los productores de los grupos de *El Frente*, han organizado antes de *América en la Mira* dos eventos indicadores: los actos de solidaridad con el pueblo de Nicaragua que culminaron en "La Esmeralda" (Escuela Nacional de Pintura) dispuestos por el grupo Germinales y con la participación de Amparo Ochoa y los sandinistas incluyendo a Mejía Godoy y "Los de Palacahuina", y Muros frente Muros donde estuvo a punto de confrontarse la experiencia de muralistas como O'Higgins, Zalce y O'Gorman con las prácticas de *El Frente*. La falta de coordinación, la impericia del *Taller de Investigación Plástica* encargado de la organización, determinaron una ingerencia de la Casa de la Cultura de Morelia que dio al traste con las conclusiones del evento. Experimentados aquí y en París, probadas sus precarias fuerzas, los grupos de *El Frente* organizan las obras recibidas de Estados Unidos, Brasil, Italia, Checoslovaquia, Francia, Chile, Alemania Federal, Argentina, Holanda, Bélgica, Hungría, Guatemala, España, enviadas no sólo por nativos de estos países, sino por exilados en ellos y por grupos solidarios como *Untel* de Francia, *Cuatro* de Marruecos y el *Taller de Gráfica* de Guatemala. *El Frente* prueba así las posibilidades de alternativas culturales a los jurados, las selecciones arbitrarias, las censuras ideológicas sutiles y convocatorias, las circulaciones manipuladas por el poder. *El Frente* ha conseguido movilizar la imaginación gráfica internacional, internacionalista, con resultados que posiblemente vayan más allá de la ocasión aprovechada. Por lo visto en tres ejemplos, desde el trabajo individual hasta el colectivo, exilio y solidaridad integran prácticas nuevas y definen tendencias que abren caminos distintos a los callejones sin salida de las culturas y las ideologías del ensimismamiento suicida frente al fascismo del que bien dice García Márquez (catálogo Grupos Mexicanos en la X Bienal de Jóvenes en París) "avanza con pasos de animal grande".

Alberto Híjar

Teatro

Incesto, incesto; todo me esperaba menos esto

Estrangulé
A mi hermano
Porque no quería dormir
Con la ventana abierta
Hermana mía
Dijo antes de morir
Pasé todas las noches
Mirándote dormir
Inclinado sobre tu reflejo en
el vidrio.

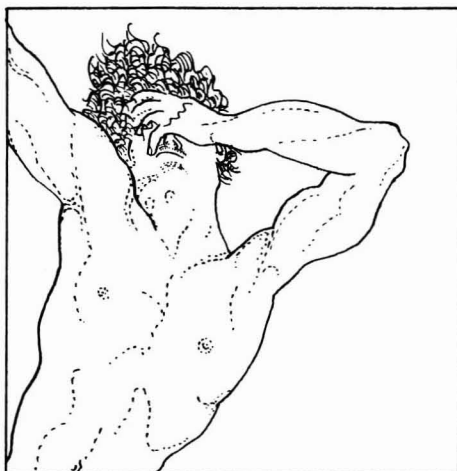
René Char

La primera puesta en escena de Juan José Gurrola al frente de la Compañía de Repertorio de la Universidad es una tragedia del autor isabelino John Ford: *Lástima que sea puta* (1633). Después de sus continuas incursiones —casi siempre exitosas— en el teatro moderno (Ionesco, Cummings, Musil, Klossowski, etc.), Gurrola se lanza ahora a experimentar nuevos espacios y nuevas técnicas con un texto dramático que subsistió bajo la sombra de Shakespeare como obra del último gran autor del teatro isabelino. Si Marlowe Johnson, Kyd, Middleton o Webster han encontrado estudiosos apasionados que los rescaten del inmenso arsenal shakespiriano, la suerte de otros, como John Ford, no ha sido muy afortunada. Con poca frecuencia se les representa, traduce o estudia. Sin embargo, las obras de

estos autores "menores" ofrecen no pocas razones para recordarlos. T. S. Eliot dice haber sido un lector apasionado y fiel de todos estos dramaturgos; "fueron ellos, y no Shakespeare, los que estimularon mi imaginación, formaron mi sentido del ritmo y nutrieron mis emociones". De Ford dice que su grandeza habría persistido aun si Shakespeare no hubiera existido.

Lástima que sea puta es la historia de un incesto. En una Italia severamente legislada por la ortodoxia cristiana del siglo XVII, y al mismo tiempo propicia al crimen y al pecado, dos hermanos, Annabella y Giovanni, se declaran mutuamente enamorados. Más amantes que hermanos, se prometen fidelidad y deciden acatar hasta sus últimas consecuencias la libertad de sus pasiones. Annabella —codiciada por todos y prometida en matrimonio por fin a un gentil hombre italiano, Soranzo— queda embarazada de su hermano. Al ser descubierto el incesto, se castiga a la única testigo y cómplice, el aya de Annabella, y Soranzo decide develar el secreto y acabar con Giovanni. Pero éste, momentos antes, previendo el fatal desenlace, ha extraído el corazón de su hermana para que la promesa de fidelidad no se rompa. La escena trágica culmina con una lista de crímenes, desmascaramientos y castigos. El cardenal, supremo juez de la moralidad, llega tarde para reestablecer el orden. Sólo le queda desterrar de Italia al vencedor de la historia, el español Vázquez, criado de Soranzo y portador del último valor rescatado: la fidelidad al amo. El desenfreno de las pasiones que ha tenido lugar en el escenario está claramente expresado en las palabras finales de Vázquez: "Me regocija, por ser español, haber sobrepasado a un italiano en su sed de venganza." Pues junto a esta historia central, la obra ha desarrollado otras igualmente sangrientas que han convergido en un mismo punto: la disolución de los conflictos y el retorno al orden. La obra de Ford está construida con elegancia y limpieza. El entretimiento de personajes y tramas, a veces un tanto apresurado, se resuelve sin dejar hilos sueltos. El desenfadado con que finaliza esta orgía de transgresiones del orden, equilibra el exceso de severidad: el cardenal se lamenta de que ante tanta belleza y abundancia, cualquiera podría decir de Annabella: "¡lástima que sea una puta!".

La elección que ha hecho Gurrola es, antes que nada, digna de todo reconocimiento. Primero por llevar a escena un



género dramático al parecer poco querido por nuestro repertorio teatral; y segundo por tratarse de una obra de excelente concepción e intensidad desconocida aún en México. Si no la primera, ésta es una de las primeras representaciones en español de *Lástima que sea puta*. Los problemas que presenta la puesta en escena no son pocos: la complejidad de la trama (o las tramas) que desarrolla la obra; la duración (casi tres horas y media); el reducido espacio del teatro de Santa Catalina; la inclusión en el reparto de actores jóvenes al lado de actores profesionales. El Gurrola de esta tragedia es el mismo director inventivo y ágil al que estábamos acostumbrados. Sin embargo, las dificultades que ha enfrentado no han sido todas resueltas felizmente. En primer lugar, hay que reconocer que ha sido buen lector (y traductor) de la obra. El juego de claroscuros y contrapuntos que sugiere Ford está bien entendido en la atmósfera que logra crear Gurrola. Una iluminación tenue —a veces dada por unas cuantas velas—, un vestuario magenta diseñado por Fiona Alexander, la escenografía sobria de Alejandro Luna, el desarrollo de la acción en dos planos, uno al nivel del suelo y otro en un tapanco sostenido por dos pilares, un local redondo como casi todos los teatros del periodo isabelino. La disposición y movimiento de los personajes responde a la misma plástica de la ambientación, aunque la objeción principal con que topa la obra está precisamente en los actores. Desde la elección del reparto hasta el clima general de sobreactuación, el juego de Gurrola se debilita. Junto a lo explosivo de algunas voces, la fragilidad de otras; junto al grito catártico, la apatía mortuoria; junto al teatro-espectáculo que por algunos momentos sirve de contrapunto a la obra, un melodrama pálido en algunas voces. Teatro y espectáculo, la puesta de Gurrola incluye un acto de lanzamiento de cuchillos y latigazos sobre Tina French (“Ese gato no está en Sholem, pero a través del tiempo lo adivino”), un verdadero acto de resistencia (y sumisión a la voluntad del director) de Vera Larrosa y José Angel García al estar colgados del techo un buen rato en la escena final, una buena interpretación en la espineta a cargo de Mariana Elizondo y una excelente y tempestuosa sobreactuación de Salvador Garcini.

Hace algunos meses, en una entrevista publicada en esta misma revista, Gurrola hablaba del trabajo que se estaba realizando en miras a la puesta en escena de *Lástima*

que sea puta: “Nos está sirviendo para que los actores se integren a un trabajo, una disciplina de teatro, clásico, de la que yo también estoy aprendiendo. Se trata de un aprendizaje simultáneo, creando juntos.” La Compañía de Repertorio de la Universidad, con este deseo de hacer teatro no comercial, independiente, “teatro en sí” (al decir del propio Gurrola), tendrá pronto que representar un acto tras bambalinas: un acto de autovalorización conjunta, ya que el aprendizaje y la creación pertenecen a la Compañía entera, en el que el éxito y el fracaso corresponden por igual a los actores y al director.

Lástima que sea puta de John Ford (traducción de Juan José Gurrola y Fiona Alexander). Escenografía de Alejandro Luna. Vestuario de Fiona Alexander. Asesor literario, Juan García Ponce. Con la actuación de Vera Larrosa, José Angel García, Eduardo Alcaraz, Salvador Garcini, Ernesto Yáñez, Gabriela Araujo, Tina French, Martín Lasalle, Juan Ramón Castillo, Roberto Ballesteros, Justo Martínez, Josafat Luna, Raúl Sierra, Oscar Yoldi, Justo Martínez, Mariana Elizondo, Jebert Darién y Ricardo Morgan. Dirección de Juan José Gurrola.

Francisco Hinojosa

Música

Variaciones sobre un ritmo*

Si a un músico se le ocurriera analizar a fondo la teoría del ritmo tal como se describe en libros y tratados de música, se encontraría con algunos problemas desconcertantes.

Estamos acostumbrados a pensar que el ritmo de un pasaje es independiente del timbre, de la melodía, de la armonía y otras dimensiones musicales. Cuando hablamos del *ritmo* de algún pasaje musical,

generalmente señalamos el *patrón de duraciones* de ese pasaje; no nos interesa, por ejemplo, si el ritmo está tocado por un instrumento en particular, o si las notas están armonizadas de cierto modo; cuántas veces no le habremos recordado a algún olvidadizo el ritmo inicial de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven tocando en un escritorio. Esto quiere decir que el timbre, la armonía, la melodía y otras dimensiones musicales son consideradas de poca importancia cuando el enfoque principal está dirigido al fenómeno rítmico. En cambio, la dimensión que sí adquiere gran importancia es la dimensión temporal (“patrón de duraciones”); por esa razón es posible reproducir el ritmo de la *Quinta Sinfonía* en un pedazo de madera.

Cuando se habla de la música contemporánea muchas veces habremos oído que el ritmo ha adquirido gran importancia al ser utilizado eficazmente como una dimensión independiente de las demás. Algunos compositores han hecho obras donde aplican al ritmo operaciones que tradicionalmente sólo se aplican a las otras dimensiones. Igor Stravinsky, por mencionar sólo uno de ellos, es frecuentemente citado como un gran innovador en este campo, y si tal elogio es algo más que una simple expresión de agrado, es de esperarse, entonces, que puede ser demostrado con algún pasaje musical. Tomemos como ejemplo de gran invención rítmica la serie de acordes que inicia la “Danza de los adolescentes” (número 13 en la partitura orquestal) de *Le sacre du printemps*.

Para enfocar sus aspectos rítmicos ¿qué mejor para este pasaje de latidos primitivos que una transcripción para timbal solo? Lo único que tenemos que hacer es representar cada golpe de cuerdas de la partitura original por golpes de timbal en la transcripción, respetando, claro está, las duraciones entre golpe y golpe.

Pero, ¿qué ocurre al ejecutar esta transcripción rítmica? Oímos algo que es difícil de reconocer como la “Danza de los adolescentes” y que casi se confunde con el ritmo que marca cualquier reloj ruidoso. ¿En dónde está el pulso fascinante y primitivo que hizo famoso al compositor? ¿En dónde está la gran innovación?

En efecto, al revisar la partitura original nos damos cuenta que el famoso pasaje está constituido por 32 golpes de cuerda, todos y cada uno de ellos ejecutados de la misma manera (la indicación después del primer compás es “sempre simile”), y que, además,

* El presente artículo está basado en unos seminarios sobre el ritmo que se dieron en la Universidad de Princeton. Sería imposible mencionar a todos los compositores y teóricos que contribuyeron a la formación de estas ideas, así que me conformo con mencionar al principal de ellos que fue Benjamín Boretz.

las duraciones entre golpe y golpe forman una serie perfectamente constante. Tal parece que, en vez de mostrar el fenómeno rítmico en todo su esplendor, nuestra transcripción sólo ha devaluado la invención de Stravinsky.

Pero no hay que darnos por vencidos: tal vez la falla consiste en que la transcripción está incompleta. No hemos, por ejemplo, incluido los 6 acordes de los cornos que marcan un patrón rítmico diferente al de las cuerdas, aunque cada una de sus entradas coincide con uno de los golpes de éstas. La repetición de los acordes de los cornos no es constante como la de las cuerdas: los 6 acordes están irregularmente entre los 32 de éstas. El patrón rítmico que los cornos crean, si lo consideramos podría ilustrarse de la siguiente manera:

T1: + + + + + + + + + + + + + + + + + +
(32)

T2: + + + + + + (6)
(coinciden en el No. 10, 12, 18, 21, 25 y 30)

Es posible que los dos patrones tengan la misma importancia y que el juego entre ellos, su polifonía, sea lo que verdaderamente caracteriza el "ritmo" del pasaje. Pero nótese que el incluir el segundo timbal estamos abandonando la definición que esbozamos inicialmente: el ritmo ya no aparece como una dimensión independiente, pues ¿cómo percibir el segundo ritmo, y la polifonía de los dos, sin percibir antes que nada la diferencia entre los timbres? Ahora lo contrario parece más probable: el ritmo de los cornos, y la polifonía de los dos ritmos, lejos de ser patrones de duraciones *independientes* del timbre, dependen de él para ser percibidos. La percepción del timbre, no la dimensión temporal, es la que ahora parece esencial, pues si la rechazamos, el complejo dueto se convierte inmediatamente en el sonido común y corriente del reloj.

Habría que sospechar ahora que, si la percepción del timbre es capaz de repercu-

tir tan radicalmente en la dimensión rítmica, tal vez la percepción de otras dimensiones musicales sean capaces de lo mismo. Por ejemplo, si las cuerdas tocaran más fuerte, o todavía más, si cambiaran de acorde en el momento en que tocan los cornos, podrían desempeñar la función rítmica que ellos realizan. El ritmo que en una versión se percibe gracias a la intervención de los cornos, en las otras se percibiría por medio de los acentos o los acordes diferentes. Esto significa que la percepción del ritmo del pasaje dependería de la dinámica en la versión que incorpora los acentos, y de la armonía en la que incorpora los acordes diferentes. Cualquiera de estas versiones podría representarse de la manera siguiente:

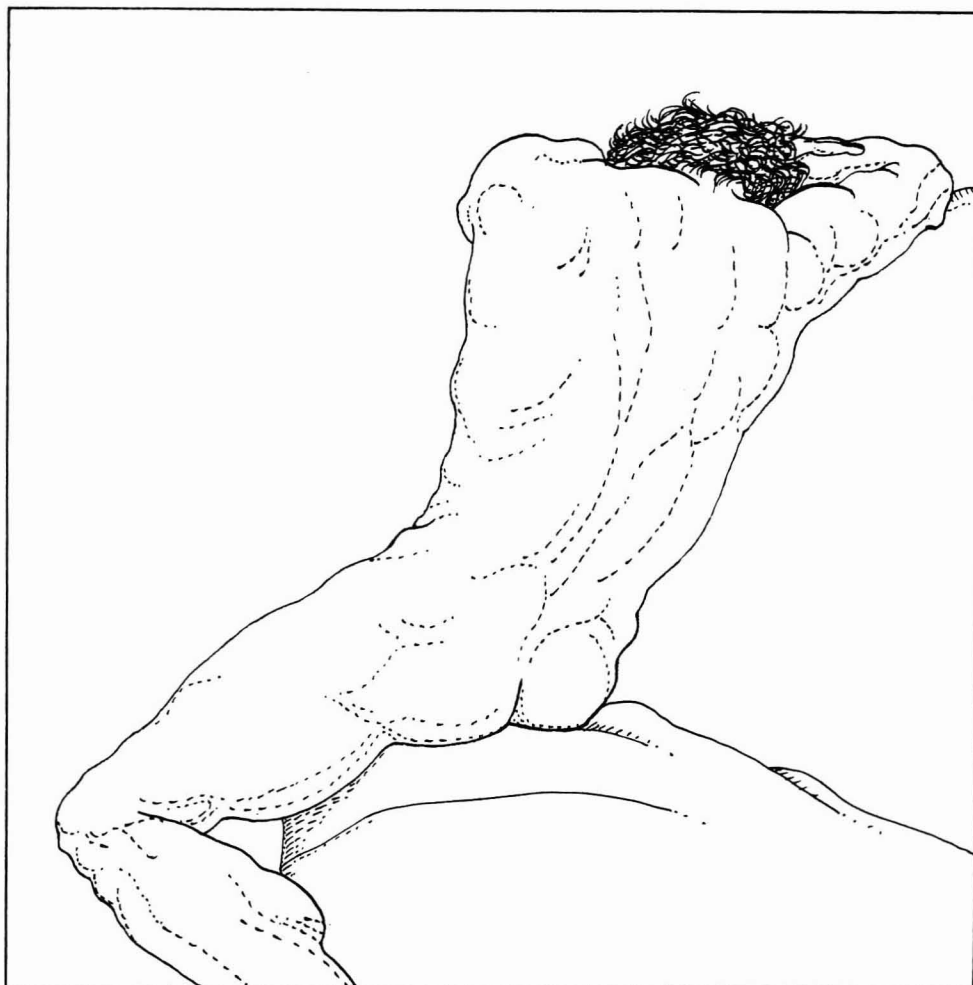
Cuerdas: A A A A A A A A B B A A
A A B A B A A A B A etc.

Aun cuando un solo instrumento tocara esta versión, el resultado rítmico sería equivalente.

¿Qué significa todo esto? Empezamos la investigación con una teoría del ritmo que, aunque incompleta o mal descrita, tenía la ventaja de estar de acuerdo con nuestro sentido común y nuestras más sinceras intuiciones musicales. Y ahora nos topamos con que los resultados de una investigación tan ligera como la presente, en vez de fortalecer las bases de nuestras intuiciones terminan debilitándolas.

Pero tal vez no sea el ritmo en sí lo que estas transcripciones desacreditan, sino la concepción del ritmo como duraciones abstractas. Un ritmo es siempre un ritmo de algo; es un error pensar que duraciones *per se* son entidades musicales de importancia. Nuestras transcripciones nos mostraron precisamente este punto: que era imposible separar la dimensión rítmica de las demás; el ritmo del pasaje de Stravinsky resultó comprensible sólo en conjunto con alguna otra dimensión musical (el timbre, la dinámica, los acordes, etc.) Sin sospecharlo, empezamos a ver que nuestra noción del ritmo se desacreditaba al no poder sostener sus pretensiones de independencia.

Sin embargo, apenas abandonamos esa concepción del ritmo la situación cambia dramáticamente. El ritmo es siempre inseparable de las demás dimensiones musicales; esto quiere decir que cualquier enfoque en cualquier dimensión musical es necesariamente un enfoque rítmico a la vez. La estructura rítmica de una composición incluye *todos* los aspectos musicales de esa composición: la estructura armónica, por



ejemplo, es la *sucesión* de acordes, el *ritmo* en que los acordes cambian. Es por esto que muchas veces el ritmo esencial de una composición es sólo deducible escuchando las notas, la armonía y las demás dimensiones musicales, y este ritmo es frecuentemente diferente del patrón de duraciones que escuchamos al nivel más superficial. El caso opuesto también sucede con igual frecuencia: muchas veces no asociamos dos composiciones como ejemplos del mismo "ritmo" a pesar de que los patrones de duraciones son idénticos.¹

Así, al negar la noción de independencia del ritmo, damos al concepto de éste una mayor trascendencia.

1. Un ejemplo podría ser el comienzo de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven el cual manifiesta duraciones idénticas al comienzo de *Las hojas muertas*. Pocos oyentes, creo yo, dirían que estas dos composiciones comienzan con "ritmos iguales".

Daniel Catán

Libros

Poesía joven de Chile

Poesía joven de Chile reúne a diez poetas —Omar Lara, Hernán Lavín Cerda, Gonzalo Millán, Hernán Miranda Casanova, Florido Pérez, Jaime Quezada, Waldo Rojas, Federico Schopf, Manuel Silva Acevedo y Oliver Welden—, todos ellos provenientes del ámbito universitario chileno, con obra publicada y colaboradores de distintas revistas literarias de su país.

Para Jaime Quezada, autor de esta antología, hay dos líneas esenciales en torno a las cuales podría reunirse no sólo a los autores antologados en este libro, sino en general a la joven poesía chilena: por una parte, aquella que tendería a convertirse en la crónica de una realidad inmediata, cotidiana y básicamente urbana, y que estaría signada, sobre todo, por la presencia rectora de Enrique Lihn. Y, por otra parte, la segunda vertiente, caracterizada por una poesía intimista "que se acerca a la tierra, a la familia, a la infancia, a la casa natal", y cuyo representante más definitorio sería

Jorge Teillier. Sin embargo, si bien es cierto que estas dos directrices están presentes en el libro, hay una cierta unidad, tanto a nivel formal como a nivel temático, que hace posible que esta colección de poemas no resulte nunca irregular o disonante. La posibilidad de orquestación armónica de los poemas aquí reunidos, está dada, en el plano formal, primordialmente por ser una poesía breve y directa, de corte epigramático y cuyo lenguaje aparece desbrozado de toda falsa rimbombancia y ostentación léxica; y, por lo que se refiere a la preocupación temática, todos ellos, en unos casos con mayor acentuación que en otros, organizan su experiencia de la realidad principalmente a partir del ámbito de la infancia o de la adolescencia. Siempre, o casi siempre, es un niño el que mira y dice el mundo:

"Tenía un rostro de crucificado

Dice papá

Sacando una coca-cola del refrigerador

Pero papá nunca me habló del Che

Papá me hablaba de los caballos del

Hipódromo

Y que había un caballo que se llamaba

quijote

En la primera página de *el mercurio*

Aparece una fotografía del Che

Que yo recorto para pegarla en mi

cuaderno

Yo estoy sentado a la mesa del comedor

Leyendo cómo mataron al Che en un

vallecito de *bolivia*

Y mamá me trae un vaso de leche

Y cree que estoy haciendo mis tareas de

geografía

Una vez yo maté un gorrión

Con una honda de elásticos

Y la mano se me llenó de sangre

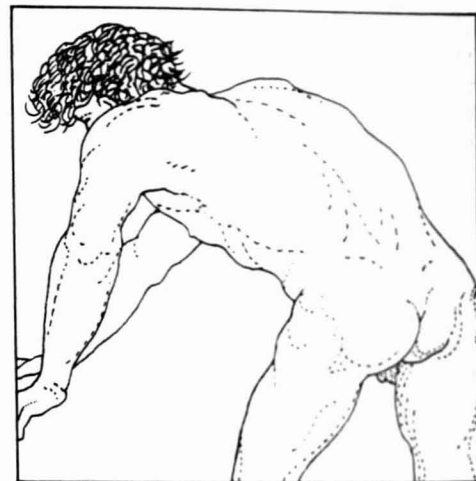
Cuando yo tenga la edad de mi papá

No perderé el tiempo

Viendo programas hípicos en la televisión."

(Jaime Quezada, "Chile limita al noreste con Bolivia (*tema de composición*)").

Quezada encuentra una influencia directa de Neruda, Huidobro, Pablo de Rokha, Gabriela Mistral, Nicanor Parra y Gonzalo Rojas, entre otros, en las nuevas generaciones de poetas chilenos. Pero habría que destacar también la presencia indiscutible de Vallejo y Ernesto Cardenal. Vallejo ha deja-



do su huella precisamente en esa manera particular de recrear el ámbito familiar e infantil que caracteriza a muchos de los poetas antologados y también en las reminiscencias metafísicas que podemos encontrar en algunos de ellos, concretamente en Federico Schopf. Cardenal, en cambio, habita en todos ellos como una referencia obligada. El último Cardenal, el de los *Salmos*, por ejemplo, está presente, en cierta forma, en "Ya no eres el hombre" de Lavín Cerda:

"Ya no vas a seguir ahorrando
en el *Banco del Estado* que ayuda a vivir
mejor a todos los chilenos.

Ya no vas a seguir invirtiendo
en los *Bonos reajustables CAR*.

Dejarás de ser el hombre de acción
que viste con *Contilén*, la fibra que viste
bien.

Y en tu casa ya no se lavará más la
ropa
con *Biolumil*, el detergente biológico que
lava sin restregar.

Nunca más volverás a ser el hombre
el hombre del primer plano,
el hombre de *Bellavista-Tomé*..."

Pero la huella de Ernesto Cardenal se hace sentir, formalmente sobre todo, en el carácter epigramático de muchos de los poemas que conforman esta antología.

En *Poesía joven de Chile* resaltan básicamente tres o cuatro nombres, el de Jaime Quezada y Hernán Lavín Cerda, sobre todo, pero también, el de Federico Schopf, el de Florido Pérez y el de Oliver Welden. Sin embargo, la antología fue publicada a mediados de 1973, todavía estando Allende en el poder. Nuevos nombres, así como tam-

bién nuevas directrices, deben haber surgido en la joven poesía chilena a partir de los últimos y desastrosos acontecimientos ocurridos en ese país. Esta antología cumple, en buena medida, con su cometido al darnos una breve imagen de lo que fue el joven movimiento poético chileno hasta el 73, pero, sin duda, habrá de ser complementada por las nuevas aportaciones que, en este terreno, están surgiendo ya en distintas revistas literarias (la aparición de *Araucaria* es un magnífico signo en este sentido), suplementos culturales y libros, y que de una u otra forma reflejan lo acontecido desde entonces en ese país.

Armando Pereira

Poesía joven de Chile, Selección y prólogo de Jaime Quezada, Siglo XXI, Colección mínima, México, 1973, 133 pp.

¡Neruda sigue vivo!

La literatura de testimonio, a lo largo de los eslabones de su cadena, ha sufrido una serie de conversiones internas y ataques externos que la han vuelto frágil y pobre. De "dar fe" de una actitud ante la vida se ha pasado al ejemplo moral que acaba casi siempre en telemedida lacrimosa. Es decir: pasada la urgencia de una clara necesidad de dejar huella del horror de algún hecho histórico (los diarios de los campos de concentración, por ejemplo) o crisis existencial, se les ha barnizado de ideología para facilitar su manipulación. Cuando en 1974 apareció *Confieso que he vivido*, el libro de memorias de Neruda, dejó descontentos a compañeros y a enemigos, todas las tomas de posición que había a priori sobre la obra de Neruda no encontraban de dónde asirse. El libro tenía un tono sorprendente, una fuerza que no había en los últimos libros de poemas: "No es un libro de militante" se dijo por un lado; "es un libro proselitista, un catecismo" se dijo por otra parte; pero la obra se sustraía a estas tomas de posición, tenía muestras de lo mejor de la escritura nerudiana, pasajes espléndidos de su vida en oriente, de su vida en España, evocaciones de la infancia, también esa actitud política firme: los fragmentos escritos sobre la marcha en pleno golpe militar.

A cuatro años y medio de las memorias, la editorial Seix Barral nos entrega una recopilación de prosas y artículos periodís-

ticos, recopilados y ordenados por la esposa del poeta, Matilde Urrutia y el escritor venezolano Miguel Otero Silva*. Este libro tiene todo lo que las memorias habían evitado y agrega un poco —muy poco— a la obra de Neruda. El libro se divide en seis cuadernos (división que difícilmente se justifica, no hay ordenación cronológica y temáticamente sólo el cuaderno número 5 tiene una cierta unidad), en donde se incluyen desde poemas en prosa publicados en revistas españolas de la República, descripciones de su estancia en oriente y discursos políticos, que forman lo más salvable del libro, hasta insulsos artículos periodísticos y una farragosa colección de prólogos a libros propios y ajenos.

El libro no tiene la menor unidad, al grado de incluir muestras de su falta de sentido, de ser más una necesidad de mercado editorial que un homenaje al escritor: se incluyen una gran cantidad de prólogos y en uno de ellos Neruda afirma que no gusta de escribir prólogos. (El tono de la recopilación es demasiado solemne como para hacernos pensar en el sentido del humor de los recopiladores).

Hay aquí lo que faltaba en las memorias, toda tendencia encontrará el material para sus juicios. Qué es lo que el libro muestra realmente: que Neruda no es un gran periodista, ni siquiera un periodista mediano; que Neruda en su repudio a la teoría literaria expresaba una impotencia para enunciar, que Neruda fue, como hombre político, de una gran valentía: su dis-

curso en el senado y el artículo. "La crisis democrática de Chile es una advertencia dramática para nuestro continente", durante el gobierno de González Videla, tienen una coherencia muy clara, su análisis no descubre, no es profundo pero muestra lo evidente, no es una condena moral, es una condena política, hecha por un político, un senador.

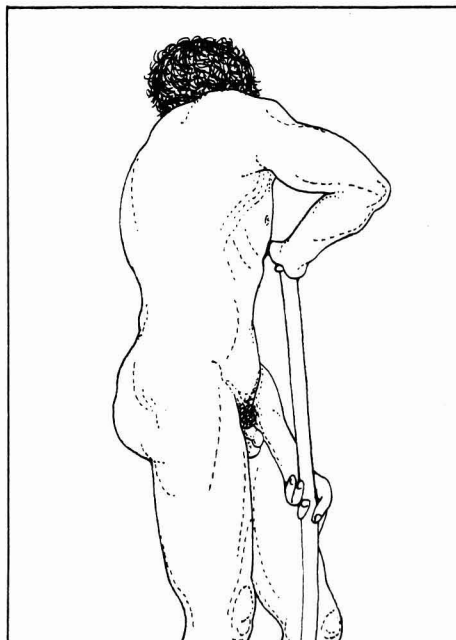
Insisto, el libro tiene chispas, momentos (se ha dicho que aparecerán otras recopilaciones; habrá que pedirles que regalen tijeras y borradores a los "recolectores"), los artículos políticos por ejemplo muestran una solidez que resiste al tiempo y a su circunstancia. González Videla es fácilmente representable por alguno de los "demócratas elegidos por el pueblo" en Latinoamérica, el repaso de su campaña electoral y su posterior ejercicio del poder no deja de ser aleccionador: la izquierda chilena y en especial el partido comunista le presta una ayuda fundamental para llegar a la presidencia, inmediatamente su gobierno se convertirá en el persecutor implacable de los militantes. Neruda acusa y su "yo acuso" es ejemplar en más de un sentido; es una práctica política fiel a las circunstancias, un senador hace uso de su posición y se enfrenta al poder, pero el poder pasa por encima de sus propias reglas de juego y Neruda es empujado a la clandestinidad primero, después al exilio. En la otra cara, la hibridez del libro debilita las secciones. ¿No habría sido mejor un libro con los poemas en prosa y olvidarse de prólogos y congratulaciones?

De alguna manera el libro recuerda el paso del tiempo, cinco años ya de dictadura militar en Chile, una dictadura que muestra que no es tan monolítica como aparentaba, que se asfixia económica y culturalmente (aunque no sabemos en qué condición circula la edición en Chile del libro, circula y se vende, muestra de que sigue existiendo el sustrato que hizo posible el gobierno de Allende).

Toda la posibilidad del libro se refiere a una miscelánea antropológica, buscar que algún dato nos sirva para la lectura de las obras de Neruda, las memorias o la poesía; de alguna manera saber que Neruda conoce la poesía de López Velarde, es amigo de José Revueltas o León de Greiff, puede tener su interés.

José María Espinasa

Pablo Neruda: *Para nacer he nacido*, Ed. Seix Barral, Barcelona, 1978, 451 pp. (Biblioteca Breve, 365)



Esa literatura que surge de un cerco de púas

En los últimos años se han publicado tres libros sobre los campos de concentración de Chile. *Tejas Verdes*, de Hernán Valdés, *Prisión en Chile*, de Alejandro Witker y *Cerco de púas*, de Anibal Quijada.¹ Tres libros que, recogiendo la experiencia de la represión "institucionalizada" muy concretamente en los distintos campos de concentración, y sin proponerse ninguna parcelación regionalista, surgiendo sólo de la experiencia íntima de lo vivido y compartido, despliegan una radiografía inicial de la dictadura de Pinochet relatando lo que sucede en tres puntos distintos de nuestra larga geografía: la región austral (Punta Arenas, Isla Dawson), el centro del país (Tejas verdes está ubicado cerca del puerto de San Antonio) y el norte (Chacabuco). Una tríada sincrónica que quizás exorcizará otras vetas ocultas, mostrando a la luz de la palabra otros mundos que condensan, con nuevas aristas, la dolorosa riqueza de la experiencia vivida en Chile durante estos años. Pienso, por ejemplo, en la vida de Puchuncaví ("Melinka"), Ritoque, Tres Alamos, o trato de imaginar ese otro mundo que surge desde las sombras de Villa Grimaldi o Colonia Dignidad. En los primeros, hay todo un universo abierto creciendo y desarrollándose dentro de otro mundo: los amigos me hablan de los "caldos" políticos, del Paseo de los Héroes (un lugar donde los prisioneros van a conversar y a madurar políticamente los datos de la realidad reciente), el Monumento al Cuello (donde se paran a mirar hacia el exterior los que no recibieron la visita esperada), las carpas de Ritoque, los festivales artísticos, con obras que representan (¿conjuran?) la realidad en las propias narices de los guardianes, la universidad que ofrece cursos desde "idioma mexicano" hasta astronomía, los trabajos artesanales, con su compleja simbología presidiaria, las técnicas para resistir la tortura física, los himnos para canalizar y convertir en arte elemental la tortura espiritual. En los segundos, por ahora es sólo ansia de luz que espera su materialización. Pero se trata de un libro que, de escribirse, sólo podrá surgir bien, con autenticidad, si emerge de primera boca, y no con datos aprendidos de oídas. Rondamos aquí un tipo de literatura cuyos supuestos genéricos

son diferentes a los que se usan para definir, según los criterios actuales, a las llamadas "obras de arte literario". Cuando señalamos esto, tenemos presente a la vez el hecho de que los criterios de definición del arte literario son, básicamente, criterios históricos (y en este sentido la concepción y función de la literatura varía en cada época e incluso en cada período: en un tiempo se midió según el predominio de los criterios ético-religiosos, en otro de los gnoseológicos y/o políticos, y en este período tienden a predominar las consideraciones al valor estético) y que para considerarlo dentro de los casilleros genéricos actuales hay que ubicarlos en esa categoría especial de las obras que cifran su valor y sus límites en la autenticidad documental de la experiencia vivida: la biografía, las memorias, y más específicamente, el testimonio.

Las obras que hemos mencionado se ubican dentro de esta categoría especial que es la literatura-testimonio, cuyo resurgimiento en la vida cultural latinoamericana se pone de manifiesto en el hecho de que Casa de las Américas la valore como un género especial en su concurso anual.

Pero el hecho de que sean literatura-testimonio no impide que, desde sus límites, irradian la fuerza y la belleza que se puede encontrar en cualquier obra de ficción bien hecha, y superando a muchas de ellas.

Este tipo de literatura no es nuevo en Chile, como tampoco es nuevo el tipo de experiencias que la origina. Si atendemos a la historia de los últimos cincuenta años, encontraremos una valiosa tradición literario-documental (para darle un nombre), que narra la experiencia de cada hito represivo vivido por los sectores sociales progresistas y sus luchas para sacudirse al títere reaccionario de turno. En efecto, existía ya en Chile una literatura centrada en el tema de la prisión política, una literatura de tipo documental, ligada temáticamente a novelas (*Más afuera*, de Eugenio González —1930—, o *La semilla en la arena*, de V. Teitelboim —1957—, y que ha pasado un poco inadvertida. Creemos que es útil, en estas circunstancias, destacar algunas de esas manifestaciones, recordando el momento histórico al que se ligan.

El 5 de septiembre de 1924, los oficiales superiores del ejército y la armada, vinculados a la vieja oligarquía, dieron un golpe de estado contra el gobierno de Arturo Alessandri, disolvieron el Congreso Nacional y establecieron una Junta Militar encabezada por el general Altamirano. Al año siguiente, en

el mes de enero, otro grupo de militares, dirigidos por el en aquel entonces mayor Ibáñez, deponen a la Junta y exigen el regreso de Alessandri, pero quedando el primero como Ministro de Guerra y hombre fuerte de un régimen que sólo manejó a su favor, apresando o deportando a sus oponentes políticos, hasta legalizar su dictadura en 1927, mediante elecciones fraudulentas en las que apreciaba como el único candidato. La dictadura de Ibáñez duró hasta 1931, y marcó el territorio con pequeños puntos centros de relegación que se agregaron a la geografía política y humana del país: Punta Arenas, la Isla de Juan Fernández, Rapa-Nui, Más Afuera... A ese período corresponde el texto de Carlos Vicuña que seleccionamos.

En 1947, el gobierno de Gabriel González Videla, celoso receptor de la política de la "guerra fría" iniciada por Washington, dicta la Ley de Defensa de la Democracia (la "Ley Maldita"), proscribió de la vida legal al partido comunista e inicia una persecución antiobrera que inaugura nuevos centros de relegación en los extremos del país y abre —aduciendo expresamente, en nombre del nacionalismo, que la idea no tiene nada que ver con experiencias europeas recientes— los campos de concentración del norte, entre los que se destacará un puerto salitrero abandonado llamado Pisagua. Pocos años después termina la represión abierta, y cuando se legaliza al partido proscrito, paradójicamente está instalado en el sillón presidencial, elegido democráticamente, el antiguo coronel Ibáñez, ahora general en retiro. La experiencia de Pisagua es el asunto básico de la novela de V. Teitelboim *La semilla en la arena*.

El 11 de septiembre de 1973 se produce el golpe militar contra el gobierno popular de Salvador Allende. La represión que trae consigo el golpe supera largamente a todas las anteriores: ahora la cárcel es todo el país, y la relegación, destino obligado de cerca de un millón de chilenos, se impone hacia el exterior, hacia el exilio.

Los textos que hemos elegido, correspondientes a los tres periodos señalados, son un valioso testimonio de lo que ha significado vivir y luchar en Chile en los periodos difíciles. El lector encontrará diferencias menores, diferencias de grado (pero en el sentido involutivo de la gradación humana de la dictadura), y algunas similitudes, vasos comunicantes que hacen de una historia la prolongación o el reflejo degradado de otra. También encontrará y es lo

más importante —esos valores sociales y esa fuerza espiritual que, cuando han querido ser aplastadas o encerradas en un cerco de púas, renacen y crecen con mayor vigor.

1. Hernán Valdés, *Tejas Verdes*. Diario de un campo de concentración en Chile (Barcelona: Ariel, 1974), Alejandro Witker, *Prisión en Chile* (México, Fondo de Cultura Económica, 1975) y Aníbal Quijada, *Cerco de púas* (La Habana: Premio Casa de las Américas, 1977)

Juan Armando Epple

Antonio Skarmeta *Soñé que la nieve ardía*

La mejor definición de esta primera novela de Antonio Skarmeta, cuentista chileno, premiado en Casa de las Américas en 1969,

está dada en la propia obra cuando uno de los personajes, Antonio, escritor premiado en Casa de las Américas, propone en la fiesta con que en la Moneda el pueblo celebraba la llegada al Gobierno de Salvador Allende: "...habría que hacer talleres de creación en las poblaciones, que todo lo que iba pasando tenía que volver a pasar, recrearse y a reinventarse mil veces en la literatura". En *Soñé que la nieve ardía*, lo cotidiano, la realidad de los últimos meses de la Unidad Popular y la irrealidad, el sueño, son vividos con la misma intensidad por diferentes personajes que habitan una pensión santiaguina que reproduce en pequeño el proceso vivido en el exterior, en la sociedad.

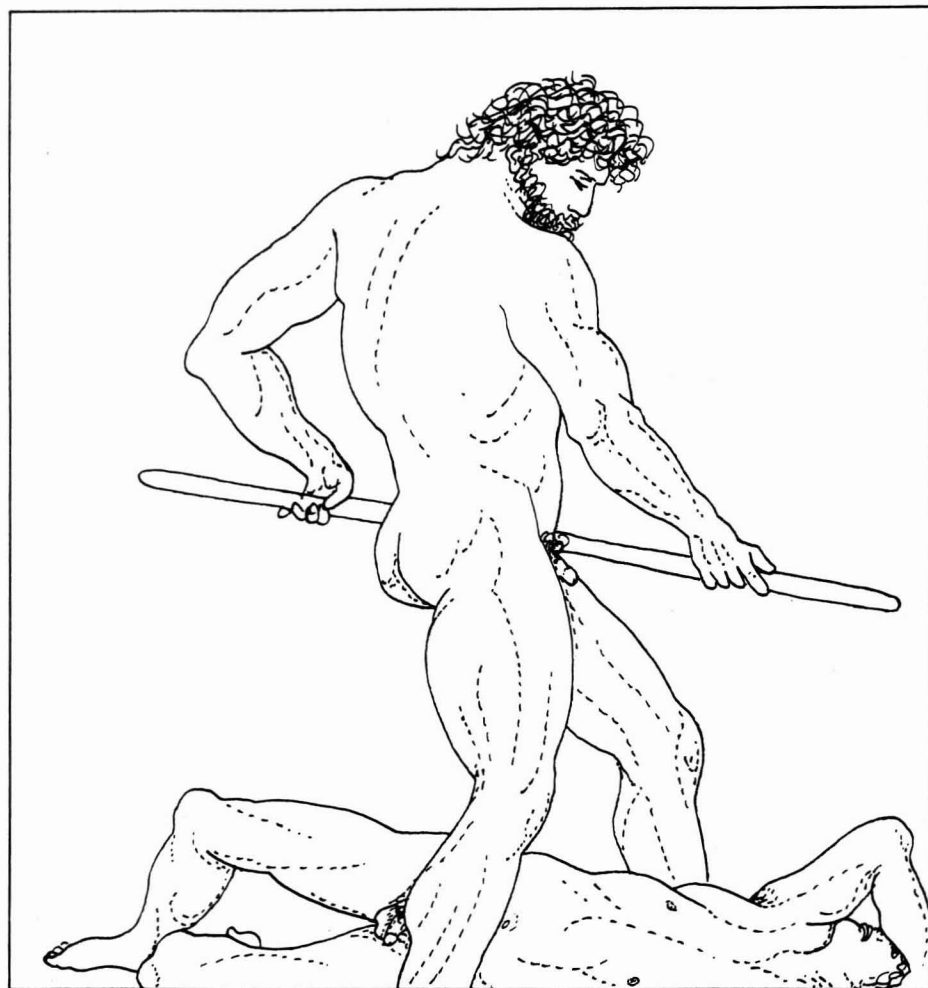
Arturo llega desde la provincia a triunfar a la capital. Sus únicas preocupaciones son llegar a ser un futbolista de fama y un experto mujeriego. En la pensión conoce al Negro, el Gordo, Mari, Susana y otros muchachos de alrededor de 20 años de edad, integrados al proceso de producción,

políticos, de valores absolutamente diferentes a los suyos que le hacen comprender —después de haber vivido algunos fracasos— que su individualismo sólo lo aísla sin permitirle tampoco alcanzar las metas que se había propuesto. Los jóvenes obreros participan activamente en política colaborando en las múltiples actividades del momento: asisten a los trabajos voluntarios, realizan pintura mural, se divierten, tienen largas discusiones en que la situación política es analizada expresada en un lenguaje ágil y acorde con sus edades y extracción social, discusiones que revelan también las distintas posiciones existentes dentro de la izquierda.

Otro de los habitantes de la pensión, el señor Pequeño, tiene cierto parecido con Arturo (no es casual que se conozcan en el tren y lleguen juntos a Santiago) por su marginación de la realidad inmediata; pero mientras el muchacho es un soñador que no logra realizar sus aspiraciones, el señor Pequeño, un enano, artista de variedades, preparador de un gallo de pelea, sabe vivir los sueños que crea para evadirse del mundo gris y de miseria que lo rodea. El enano aporta a la realidad una necesaria dimensión de fantasía, de imaginación y creación que la enriquece y permite enfocarle y enfrentarla de manera nueva y diferente.

En su última aparición en la novela, después de haber perdido su gallo, de haber sido golpeado por unos apostadores estafados (por él), se encuentra junto a su fiel socio la Bestia en un basural donde son acosados por ratas y perros. La Bestia trata de despertarlo, pero Pequeño se niega queriendo prolongar la permanencia en su mundo de fantasía. Finalmente, termina por descubrir el cariño, el amor y un hogar en una mujer de la que se enamora. ¿El sueño se concretizó o la realidad se transformó en sueño? El señor Pequeño es quizá la suma del resto de los personajes que o vivieron un sueño de solidaridad o soñaron una realidad de ratas y perros.

Mientras los otros personajes son destruidos física o anímicamente por el golpe de Estado, ¿es la capacidad de fantasía e imaginación del artista de variedades lo que le permite salvarse? No parece, porque aunque Arturo no triunfe como deseaba, reconoce que la generosidad y la lucha por el bienestar general valen más que sus egoístas aspiraciones, y aunque los sueños de los partidarios de la izquierda son destruidos por el golpe de Estado, no desaparecen —a pesar de la muerte de miles de chilenos—



porque se encauzan en la resistencia que un día permitirá "una marcha donde por cada hombre va a haber una estrella y que ellos (los caídos) van a venir desde el cielo envueltos en una bandera grande que va a raspar la cola como un cometa en la cordillera.

Soledad Bianchi

Barcelona, Editorial Planeta, 1975. 228 pp. (Serie Latinoamericana-Novela).

Los trabajos y los días de Recabarren

El presente libro, ganador del premio de ensayo del concurso de Casa de las Américas 1977, narra la vida del constructor del movimiento sindical chileno: Luis Emilio Recabarren.

Debido a la diversidad y complejidad de los acontecimientos que abarca esta obra de Alejandro Witker, no encontraremos una hilación cronológica en su ordenamiento temático. Sin embargo, cabe señalar que en este ensayo hallaremos un relato apasionante y apasionado, hecho por un escritor chileno en el exilio, acerca de los trabajos de quien, junto a Mariátegui y a Mella, es considerado como uno de los artífices de la organización obrera latinoamericana.

Luis Emilio Recabarren nace en Valparaíso, Chile, el 6 de julio de 1876. En esa época la economía chilena estaba dominada, enteramente, por los poderosos comerciantes de Valparaíso, por los mineros del Norte Grande y por los terratenientes de la zona central. En lo político, Chile vivía un periodo de gobiernos liberales, bajo fuerte influencia de la burguesía minera. Es precisamente esa ingerencia de los mineros en el gobierno la que provoca la Guerra del Pacífico contra la Confederación Perú-Bolivia, anexando al territorio nacional las ricas provincias de Tarapacá y Antofagasta, peruana y boliviana, respectivamente. Si a lo anterior le sumamos la consolidación del dominio de las fértiles tierras ocupadas por los indios mapuches, en el sur, y el auge de la ganadería ovina en Magallanes, en el extremo sur, veremos que el gobierno y las clases hegemónicas lograron amasar un cuantioso excedente económico. Sin embargo, la noche cayó temprana para el incipiente país austral: las pugnas entre la

oligarquía terrateniente y la burguesía minera y comerciante; el afianzamiento del imperialismo británico como amo del salitre; y la incapacidad de la burguesía nacional para administrar la economía del país y la no reinversión de los ingresos —puesto que los burgueses chilenos dilapidaron sus fortunas en los burdeles europeos—, fueron las razones que se confabularon para dar por los suelos con el pretendido carácter nacional del auge económico.

La suerte de obreros y campesinos era peor que la del proyecto de desarrollo nacional. Proliferaban los pagos en fichas, pulperías, jornadas de sol a sol, el trato inhumano y la esclavización de hecho. Podríamos decir que la situación de obreros y campesinos sólo era comparable a la de los indígenas en los lavaderos de oro, durante la colonia.

La génesis del movimiento obrero chileno se remonta a las Sociedades Mutualistas, primeras y precarias organizaciones obreras, surgidas a mediados del pasado siglo, con la finalidad de fomentar la solidaridad de los artesanos ante el despotismo patronal. Luego se crean varios núcleos obreros de inspiración anarquista y socialista.

Entre los años 1884 y 1890, una escalada de huelgas sacude el país y pone en aviso a la burguesía dominante que la clase obrera ha entrado como decidido protagonista a la historia de Chile. De esas luchas sociales nacen instancias de expresión política de los trabajadores que, aunque de efímeras existencias, eran signos del despertar obrero.

En este contexto político, social y económico, emerge la figura de Luis Emilio Recabarren, de oficio tipógrafo. En 1894 ingresa al Partido Democrático de Chile, donde, posteriormente, dirige el semanario de éste. Poco tiempo después, pasa a la dirección del periódico de la Mancomunal de Tocopilla y, por el carácter combativo del diario, Recabarren fue condenado, ilegalmente, a ocho meses de cárcel. En 1906, el linotipista porteño es presentado por el Partido democrático de Chile, como candidato a diputado por Antofagasta. Recabarren obtiene un claro triunfo, del cual, estando ya en la Cámara, es despojado mediante una turbia manipulación política. Ese mismo año el periodista obrero abandona las filas de su partido, pues se negó a apoyar a un latifundista como candidato a presidente de la república, y funda el Partido Demócrata Doctrinario.

Meses después, en un proceso seguido a



la Mancomunal de Tocopilla, Recabarren es condenado a 541 días de prisión. Pero se niega a aceptar la sentencia y se marcha a Argentina. Ahí regresó al Partido Socialista, estrechó lazos con el movimiento obrero argentino y difundió entre ellos la realidad del proletariado chileno. Fue también en Argentina donde se enteró de uno de los más funestos acontecimientos de la historia de su patria: la matanza de, aproximadamente, tres mil trabajadores salitreros en la Escuela Santa María de Iquique, en diciembre de 1907. Más que una masacre, los sucesos de la ciudad del salitre fueron un cruento golpe contra la moral de la organización obrera.

En 1908, Recabarren viaja a Europa y toma contactos con importantes líderes del socialismo europeo: Largo Caballero y Pablo Iglesias, de España; Jean Jaurés, de Francia y Emile Valdeverde, de Bélgica. A fines del mismo año regresa a Chile, donde lo esperaba una sentencia de dieciocho meses de cárcel. Durante su estadía en prisión escribió "Ricos y pobres en un siglo de vida republicana", "La huelga de Iquique" y "Mi juramento".

Al celebrarse el primer centenario de la independencia (1910), Recabarren da a conocer la visión proletaria de la historia de su país. A raíz de sus contactos con otros líderes socialistas del mundo y la lectura de escritos socialistas, el pensamiento de Recabarren se fue radicalizando cada vez más. Sus concepciones transformadas, de reformistas y democráticas a revolucionarias y socialistas, lo llevaron a fundar, junto a otros distinguidos forjadores del movimiento sindical chileno, el Partido Obrero Socialista (POS), el 6 de junio de 1912.

Desde su nuevo partido, Recabarren fun-

da la Sociedad de Defensa del Trabajo de Oficios Varios; crea una cooperativa para la fabricación de pan, y abre la Casa del Pueblo.

El Primer Congreso Nacional del POS, en 1915, presidido por Recabarren, concluyó en que es preciso promover un desarrollo independiente entre el del Partido y el movimiento sindical. Posteriormente, en el Tercer Congreso Nacional, en 1920, se acordó solicitar el ingreso a la Tercera Internacional; se solidarizó oficialmente con la Revolución Rusa, y se resolvió que apenas aprobada la solicitud elevada, el Partido se llamaría Partido Comunista. Ese año, Recabarren es electo diputado por el POS.

En 1909, por iniciativa de un abogado conservador, se crea la Federación de Obreros de Chile. Esta propugna la canalización de intereses de trabajadores y capitalistas. A pesar de ello, la Federación (FOCH) logró concentrar a la clase obrera en una organización sindical a nivel nacional, cosa que permitió a Luis Emilio Recabarren, en el Tercer Congreso, celebrado en 1919, derrotar los principios conciliadores y dar un vuelco fundamental en los principios de la FOCH: se acordó unir a la acción sindical con el proyecto socialista, a fin de terminar con el régimen del salario. En el siguiente congreso de la FOCH, se resolvió la integración de ésta a la Internacional Sindical Roja.

La Primera Guerra Mundial y la Revolución de Octubre arrojaron para Chile importantes consecuencias. Esta última logró que muchos obreros, estudiantes e intelectuales que se habían mantenido escépticos a las posibilidades de transformación social, o que militaban a las filas del anarquismo y la social democracia, abrazaron en forma militante los postulados del marxismo leninismo. Por otro lado, y como paradojal contrapartida, durante la Primera Guerra surge un sustituto del salitre —primera fuente de ingresos del país—: el nitrato sintético. El hallazgo trajo dos resultantes de singular importancia para Chile: Primero, el alza de los precios y la baja de los salarios, con la consiguiente agitación social de un movimiento obrero consciente y politizado —la represión fue implacable, a Recabarren lo relegaron a Lautaro, pequeño poblado cercano a Temuco, provincia de Cautín—. Segundo, el relevo del imperialismo británico afincado en las ahora improductivas minas de salitre, por el imperialismo norteamericano entronizado en las minas de cobre.

El 19 de diciembre de 1924, muere Recabarren, y la noticia estremece a todos los hogares humildes de Chile. Aún más desconcertante resulta la forma en que murió: suicidio. El por qué es muy difícil precisarlo: un arranque de ira por su amenazante ceguera resulta imposible concebirlo, pues el líder tenía una paciencia infinita. ¿Por el fracaso de su próxima candidatura a diputado? Tampoco, Recabarren no tenía ambiciones personales. ¿Por sus manifestaciones discrepancias con el cuerpo directivo del Partido Comunista de aquel entonces? Parece ser lo más probable.

De cualquier manera, nada puede ensombrecer la figura del organizador del movimiento obrero chileno, de quien dice Neruda en el "Canto General":

"Recabarren, hijo de Chile,
padre de Chile, padre nuestro."

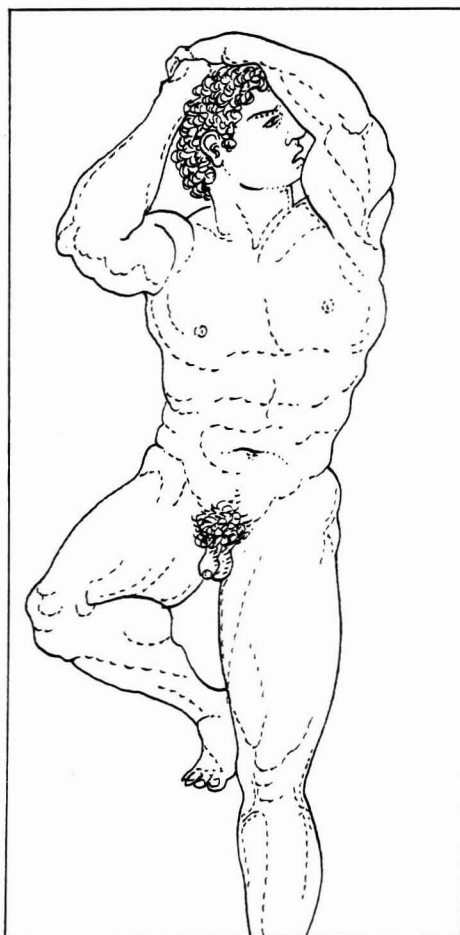
Ahora bien, resulta interesante constatar por medio de las páginas del libro de Witker, cuáles fueron las circunstancias que troquelaron el pensamiento político de Recabarren; cómo la figura del líder sindical

chileno se levanta, no como el gran teórico del proletariado ni el pensador cuya lucidez y visión sean sus rasgos inherentes —como es el caso del peruano José Carlos Mariátegui—, sino que, acertadamente, se nos presenta a Recabarren como el fogoso dirigente de masas, organizador de la clase obrera chilena, y cuyo testimonio se mantiene vivo entre las conciencias de los trabajadores del lejano país del sur. El testimonio de Luis Emilio Recabarren está pletórico de amor por el socialismo y por Chile. Con ello, se echa por tierra la sofismática concepción burguesa de que internacionalismo es el antónimo de nacionalismo.

Por último, es preciso resaltar que el libro de Witker tiene dos grandes méritos adicionales: el primero por la elaboración del ensayo y, el segundo, por su finalidad. En cuanto a la elaboración hacemos notar que el libro contiene una gran cantidad de ilustraciones bibliográficas y hemerográficas, cosa que, como lo hace notar el autor en la introducción, es muy difícil conseguir, tanto en Chile —pues la mayoría de los libros que hicieran alusión al movimiento obrero fueron quemados cuando el golpe fascista—, como en el exterior. Con respecto a su finalidad, Witker la explica así: "El libro aspira también a servir como un llamado a la conciencia de los emigrados chilenos: no olvidar sus raíces y resistir la tentación pequeño burguesa de sentirse actores principales de un proceso que no puede tener otra conducción y fuente de inspiración que la lucha que se libra en el interior de Chile, liderada por la clase obrera y sus organizaciones" (pág. 17).

Pablo Hiriart Le-Bert

* Alejandro Witker. *Los trabajos y los días de Recabarren*, Ed. Nuestro Tiempo, México, 1977, 166 pp.



Vladimir Nabokov: El intenso ardor de un pálido fuego

En su libro *Strong Opinions*, complementario a *Speak, Memory*, (1966), su absolutamente exquisita autobiografía, Vladimir Nabokov señalaba su escepticismo hacia la literatura contemporánea confesándose admirador de pocos autores vivos (Updike,

Salinger, Borges) cuyas obras son, de una manera u otra, curiosamente parecidas a la suya propia. Nabokov compartía con Updike —quien lo reconoce como “Grandmaster Nabokov”— su virtuosismo verbal y con Salinger la inspiración de sus cuentos; no obstante, con quien más se indentificaba era con Borges, exacto contemporáneo suyo (ambos nacieron en 1899); con Borges el de “los juegos con el tiempo y con lo infinito”. Nabokov toca estos dos temas en su obra sólo tangencialmente; pero recordemos que en su novela *Ada*, (1969) entre sus trucos y reflexiones acerca del tiempo, Nabokov titula *La textura del tiempo* al libro que escribe uno de los protagonistas y hay un personaje cuyo sospechoso nombre de Osberg y que se describe como “urdidor de anécdotas místico-alegóricas”. Pero, en último análisis, el parecido entre Nabokov y Borges no es temático sino de actitud hacia la literatura: ambos la conciben como un complejo y divertido juego. “Me gusta componer enigmas con soluciones elegantes” ha expresado en alguna entrevista Nabokov, pero esas mismas palabras podrían adjudicarse a Borges sin perjuicio alguno ya que ambos sostienen la posición del escritor como *homo ludens*. “El jardín de los senderos que se bifurcan”, “La muerte y la brújula”, “El inmortal” o “El congreso” son sólo algunos de los muchos ejemplos en que el escritor busca la complicidad del lector a través de postularle enigmas, juegos y adivinanzas, haciendo alarde no sólo de imaginación sino de un agudo sentido del humor. La obra de Vladimir Nabokov comparte precisamente estas características con la obra de Borges. Recordemos *La defensa* (1929), publicada originalmente en ruso cuando el autor tenía treinta años y su nombre de pluma era aún V. Sirin. Su protagonista es un jugador de ajedrez y la novela está escrita bajo el artificio que simula un juego de ajedrez; o *La verdadera vida de Sebastián Knight* (1941), publicada en Estados Unidos gracias a la influencia del crítico Harry Levin, que trata de un hombre que pierde su identidad al tratar de buscarla escribiendo la biografía de su medio hermano, escritor refinado y célebre. Y quién no recuerda con delectación y sarcasmo el admirable prólogo que le permitió justificar la publicación en Estados Unidos de su espléndida *Lolita* (1955):

No tengo la intención de glorificar a “H.H.” Sin duda, es un hombre abominable, abyecto, un ejemplo flagrante de

lepra moral, una mezcla de ferocidad y jocosidad que acaso revele una suprema desdicha, pero que no puede ejercer atracción... Es anormal. No es un caballero. Pero con qué magia su violín armonioso conjura en nosotros una ternura, una compasión hacia Lolita que nos entrega a la fascinación del libro, al propio tiempo que abominamos de su autor.

y que culmina con esta arenga que sólo pudo habersele ocurrido a un espíritu de la malignidad de Nabokov al dirigirse a un público como el norteamericano de mediados de los cincuentas (nótese la rúbrica final):

Como exposición de un “caso”, *Lolita* habría de ser, sin duda, una obra clásica en los círculos psiquiátricos. Como obra de arte, trasciende su aspecto expiatorio. Y más importante aún, para nosotros, que su trascendencia científica y su dignidad literaria, es el impacto ético que el libro tendrá sobre el lector serio. Pues en este punzante estudio personal se encierra una lección general. La niña descarriada, la madre egoísta, el anhelo maniático, no son tan sólo vívidos caracteres de una historia única: nos previenen contra riesgos pendientes, señalan males poderosos. Lolita hará que todos nosotros —padres, sociólogos, educadores— nos consagremos con celo y visión aún mucho mayores a la tarea de lograr una generación en un mundo más seguro”

John Ray Jr. Doctor en Filosofía,
Widworth, Mass.

Nabokov llevó a últimas consecuencias la herencia de Henry James en tanto que sus personajes narran sus historias y situaciones desde un punto de vista distorsionado. Si el autor está o no de acuerdo o, más aún, si la historia que se nos relata es o no “verídica” es de poca relevancia: lo que importa es lo que piensa el narrador, lo que sucede como resultado de ello y el efecto que produce en el lector. Es bajo este supuesto que está escrito el prólogo antes citado y la mayor parte de la obra de Nabokov, incluyendo *Pálido fuego* (1962), uno de sus *opus* y novela que ahora nos ocupa.

Pálido fuego es una de esas novelas consideradas como “intraducibles” no sólo porque incluye un extenso poema autobio-

gráfico, escrito en pareados endecasílabos (el *heroic couplet* tan afín a Dryden, Pope, Goldsmith y a toda la sensibilidad de la poesía del siglo XVIII en Inglaterra), de novecientos noventa y nueve versos de extensión divididos en cuatro cantos, y adjudicados al presunto poeta John Shade, sino por la debilidad de Nabokov para jugar con las palabras. Ya en la propia novela, Charles Kinbote, el narrador y personaje principal hace un comentario como el siguiente:

Los traductores del poema de Shade tropezarán con cierta dificultad para transformar, de un trazo, *mountain* (montaña) en *fountain* (fontana); no es posible hacerlo ni en francés, ni en español ni en ruso ni en zemblano; de modo que el traductor tendrá que insertar aquí una de esas notas de pie de página que son el museo de criminales de las palabras.

Pero Kinbote y Nabokov se equivocaron. No contaron con la astucia y la pericia de una traductora de la experiencia de Aurora Bernárdez que, si traduciendo a Durrell había rutilado brillantemente, al traducir a Nabokov brilla con más opaca pero no menos encomiable luz si tomamos en cuenta lo intrincado de la novela. *Pálido fuego* fue publicada en español originalmente en 1974 por Editorial Sudamericana. Ahora Editorial Bruguera la vuelve a hacer accesible, para fortuna de nuestros lectores, al reeditarla en la versión de Bernárdez.

Sin temor a exagerar me parece que *Pálido fuego* es una de las grandes novelas de los últimos treinta años. En principio, por ser una obra sumamente original que hace parecer juego de niños otros intentos innovadores de la novela: está construida a partir de un prefacio de Kinbote —el supuesto editor— del poema de novecientos noventa y nueve versos antes mencionado y de un extenso comentario acerca del poema. Curiosa concepción para escribir una novela cuyo tono es, como auguró Thomas Mann que sería para los novelistas del futuro, esencialmente paródico. El propio narrador resume la anécdota en las siguientes palabras:

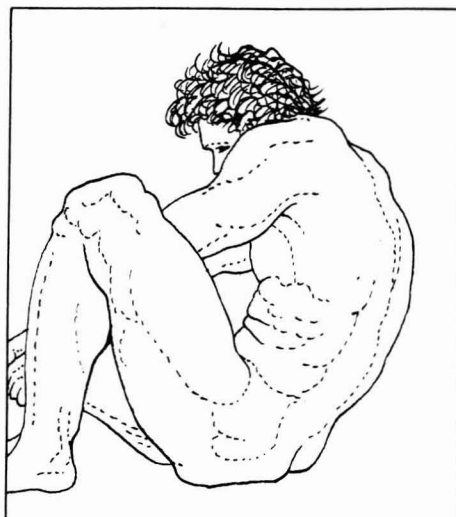
Quizá me complazca en los simples gustos de los críticos de teatro y cocine una pieza, un melodrama a la antigua con tres personajes principales: un loco que trata de asesinar a un rey imagina-

rio, otro loco que se imagina que es ese rey, y un distinguido y viejo poeta que se encuentra por casualidad en la línea de fuego y perece entre dos ficciones.

La parodia de la novela consiste en que los comentarios de Kinbote sobre el extenso poema de Shade son totalmente intrascendentes y en última instancia representan un mero pretexto del narrador para hablar sobre su propia vida. En su ingenuidad, Kinbote piensa que, a través de su frágil amistad con el poeta, ha influido en la elaboración del poema al confiarle a Shade sus propios avatares. La parodia incluye además todo un juego de reflejos y de confusión de identidades en el que el autor se parodia a sí mismo. Esta parodia ha de alcanzar límites insospechados en las últimas novelas de Nabokov en los caracteres de Hugh Person y Vadim (*Transparent Things* y *Look at the Harlequins!*). Por ello en esta obra, el poema de Shade (sombra), que precisamente se titula *Pálido fuego*, empieza con un juego de reflejos en el que un pájaro se estrella en pleno vuelo con la ilusión del espacio continuo: "Yo era la sombra del picotero asesinado/ por el falaz azul de la ventana", juego de reflexiones que se prolonga a lo largo de toda la novela.

Como es obvio toda esta parodia se sustenta en el lenguaje. Cuando Nabokov dice en boca de Kinbote: "Mi ilustre amigo (Shade) mostraba una predilección infantil por toda clase de juegos de palabras y especialmente por lo que se llama golf verbal" parecería como si el narrador estuviese hablando de Nabokov, su sombra a fin de cuentas, no sólo porque Nabokov es, en último análisis, el autor del poema sino por su excelsa debilidad para jugar con metáforas y aliteraciones. Note el lector cómo se expresa el autor en la personalidad de Kinbote cuando éste intenta explicar que el coche de Shade se ha atascado en la nieve: "su viejo 'Packard' que emitía quejidos agónicos en el sendero resbaloso sin poder desprender la forturada rueda trasera de un cóncavo infierno de hielo". Note también las aliteraciones de los sonidos s,t,l,b y p en el siguiente párrafo silencioso nocturnal y de misteriosos aleteos:

The summer night was starless and stirless with distant spasms of silent lightning. Around the lantern that stood on the bench a batlike moth blindly flap-



ped — with the punter knocked it down with his cap.

que en la traducción de Bernárdez reza:

La noche de verano era sin estrellas e inmóvil con distantes espasmos de relámpagos silenciosos. Alrededor de la linterna apoyada en el banco una falena como un murciélago revoloteaba, enceguecida, hasta que un jugador la bajó de un gorrazo.

Son muchas las sátiras y diatribas que hace Nabokov contra los lugares comunes de la cultura. Al hablar de marxismo y de freudismo Kinbote comenta: "De dos doctrinas falsas la peor es la más difícil de desarraigar" A lo que contesta Shade: "No Charlie, hay criterios más sencillos: el marxismo necesita de un dictador, y un dictador necesita de una policía secreta, y eso es el fin del mundo: pero el freudiano, por estúpido que sea, aún puede depositar su voto en la urna, aunque le gusta calificarlos (sonriendo) de polinización política". Al hablar de Gradus, el humorístico y simpático villano de la novela que representa al fascineroso *par excellence*, el reaccionario narrador lo describe en los siguientes términos:

Una aversión esencial, formidable en su simplicidad, invadía su alma obtusa: aversión a la injusticia y al engaño. La unión de ambos —siempre iban juntos— le inspiraba un repudio terco y apasionado que no tenía ni necesitaba palabra para expresarse. Una aversión como ésa hubiera merecido elogios de no haber sido el subproducto de la irremediable

estupidez del individuo. Llamaba injusto y engañoso a todo lo que superaba su entendimiento. Adoraba las ideas generales y lo hacía con un aplomo pedante. Lo general era divino y lo concreto diabólico.

Al hablar de literatura y trabajos académicos Nabokov pone en boca de Shade las siguientes opiniones:

Sobre los trabajos escritos por los alumnos: "En general soy muy benévolo (dijo Shade) pero hay ciertas insignificancias que no perdono". Kinbote: "¿Por ejemplo?" "No haber leído el libro exigido. Haberlo leído como un idiota. Buscar símbolos en él; ejemplo: "El autor usa la imagen sorprendente de hojas verdes por que el verde es el símbolo de la felicidad y la frustración." Tengo también la costumbre de bajar catastróficamente al estudiante si usa palabras como "simple" y "sincero" en un sentido laudatorio ejemplos: "El estilo de Shelly es siempre simple y bueno"; o "Yeats es siempre sincero". Es algo muy difundido y cuando oigo a un crítico que habla de la sinceridad de un autor sé que el crítico es un tonto o lo es el autor."

Como es de suponerse gran parte de la parodia de Nabokov se centra en el mundillo universitario académico norteamericano: en su fatuidad, en su mezquina petulancia, en su saludable erotismo ex cátedra, y en su vana competencia, que también ha captado el interés de Borges en el cuento titulado "El soborno".

Sin embargo, lo extraordinario de este melodrama lleno de humor, de mala fe y de ironía es que tras la parodia se oculta la personalísima visión del mundo de Vladimir Nabokov y la crítica feroz que le da el tono moral a sus novelas.

Como sucede con Humbert Humbert, que al inicio de *Lolita* se personifica con el villano pederasta que intenta seducir a Lolita y que finalmente termina siendo la víctima de la apetecible ninfeta, Charles Kinbote es a fin de cuentas, la personificación de "la suprema desdicha." Nabokov posee un talento especial para describir situaciones chuscas y embarazosas que en principio provocan la sonrisa del lector pero que ocultan, tras la caricatura, el principio de las miserias del hombre.

Hay un principio ético y estético, inex-

tricable a través de toda su obra, que convirtió a Nabokov en un supremo artista. En sus novelas aparece una y otra vez y en *Pálido fuego* está enunciado por Charles Kinbote, el antihéroe, exiliado de un país imaginario, catedrático que tan amargamente caricaturiza al propio Nabokov y que en su locura posee aún la voluntad que le permite afirmar:

La realidad no es ni el sujeto ni el objeto del arte verdadero el cual crea su propia realidad especial que nada tiene que ver con la "realidad" media percibida por el ojo común de los mortales.

Pálido fuego, Vladimir Nabokov, Editorial Bruzguera, Col. Libro amigo (507), Octubre de 1977, España. 253 pp.

Hernán Lara Z.

A Diego desde el exilio del silencio

París, a comienzos de los 20's confirmaba desesperadamente y sin convicción su vieja vocación de fuente y destino de la cultura occidental: Breton y Tzara estaban a punto de enemistarse tras el proceso de Maurice Barrés "por Dada" en 1921, Modigliani moría el 24 de enero de 1920 y al día siguiente se suicidaba su amante embarazada, como lo había hecho un año antes Jacques Vaché; sólo para los norteamericanos era París una fiesta, con esa mezcla de tradición y vanguardia, de bohemia e institución que no encontraban en su aséptica y mercantil patria. La ciudad era la ilusión de un refugio, más prestigioso que eficaz, donde al surrealismo se oponía el fascismo de la Action Française y al florecimiento literario (ahí tenían la posibilidad de publicar Hemingway y Joyce) una situación política y económica desastrosas. Diego Rivera se instaló en París en 1911 (antes había estado becado en Europa, de 1907 a 1910), participando activamente en la vida cultural: coquetea abiertamente con el cubismo, de donde salen: el curioso *Paisaje zapatista* (1915), el *Retrato de un poeta* (1916) y el *Paisaje de Piquey* (1918); se reorienta hacia la influencia de Cézanne y Modigliani y éste lo pinta en 1914, como un obeso mandarín, satisfecho y vanidoso. Y en esos años, Rivera tiene el apoyo de una compa-

ñera, Angelina Beloff, exiliada rusa, que había estado becada en la Academia Imperial de Bellas Artes de San Petersburgo, que, mientras busca trabajo como ilustradora de revistas francesas, tiene un hijo (que morirá poco después) con Rivera, que se queda en la buhardilla cuando su compañero vuelve a México en 1921, entusiasmado con el panorama que, dos años antes, le describió Siqueiros, de un país abierto a todas las opciones revolucionarias tras una lucha armada ya agonizante y una rápida organización definitiva.

Angelina (o Quiela) escribe a Rivera sin recibir jamás respuesta. Las cartas son reelaboradas ahora por Elena Poniatowska* para dibujar, en 72 páginas llenas de espacios en blanco y letra grande, la imagen de dos amantes que no podían ser más distintos, de una angustiante relación de dependencia absoluta entre el egocéntrico pintor dispuesto a desafiar al (y ser adorado por el) París artístico y una joven maravillada y presta a dar esa adoración. En la soledad, a ella sólo le queda perpetuar la imagen ("No quise descolgar tu blusón del clavo de la entrada; conserva aún la forma de tus brazos, la de uno de tus costados", p. 15) y, por lo tanto, reiterar la veneración ("...sin ti, soy bien poca cosa, mi valor lo determina el amor que me tengas y existo para los demás en la medida en que tú me quieras", p. 17; "...para mí eras un torbellino físico, además del éxtasis en que caía yo en tu presencia, junto a tí era yo un poco dueña del mundo", p. 47).

Y en las cartas, Quiela se autobiografía, implora respuestas, las adivina y propone, buscando exorcisar su soledad invocándola, llorando la muerte del hijo y la partida de Rivera: "Cuando te pedí otro hijo, aunque te fueras, aunque regresaras a México sin mí, me lo negaste. Y Marievan tiene un hijo tuyo y está vivo y crece y se parece a tí" (p. 55). Las descripciones que se hacen de Diego Rivera a lo largo del texto se complementan absolutamente con su silencio; tal vez si hubiera respondido alguna vez, habría roto la imagen deificante que anhelaba realmente y que, físicamente, era bien ilustrativa: "Llenabas todo el marco de la puerta con tu metro ochenta de altura, tu barba descuidada y ondulante, tu cara de hombre bueno y sobre todo tu ropa que parecía que iba a reventarse de un momento a otro" (p. 67).

Era difícil que Diego contestara: había llegado al momento más importante para la cultura durante la revolución; José Vascon-

celos había dejado la Universidad para manejar la Secretaría de Educación pública y Rivera, Roberto Montenegro y Adolfo Best Maugard pintaban los muros del edificio oficial; ellos, Pellicer, Torres Bodet y Enriquez Ureña viajaban al Yucatán de Carrillo Puerto y los proyectos artísticos de todos se dividían entre el indigenismo y el proletarismo; se funda el Sindicato de Obreros Técnicos, Pintores y Escultores de México, encabezado por Rivera, Siqueiros, Xavier Guerrero, Fermín Revueltas, Orozco, Alva Guadarrama, Germán Cueto y Carlos Mérida. Lejos de cualquier influencia europea, los lienzos de Rivera se aplicaban a retratar mujeres indígenas bañándose, cargando flores, haciendo tortillas o moliendo el nixtamal. Pero Quiela no podía significar ya mucho para Diego, particularmente porque éste conoció a Lupe Marín en 1921, mientras pintaba las paredes de la Escuela Nacional Preparatoria; con ella viviría los seis años siguientes.

Las palabras acentúan su inutilidad y desesperanza al caer en el silencio, más aún cuando que la autora se está confesando, abriendo, ofreciéndose a una autoinmolación; las cartas tienen el vigor y la angustias de aquellas de Mariana de Alcoforado o de Antonieta Rivas Mercado. El personaje Quiela, real ficticio, en su largo monólogo, es uno de los más logrados y verosímiles de la narrativa mexicana de la última década (tal vez sólo se le comparen los de José Agustín o la Jesusa de la propia Poniatowska). Para convertir el epistolario en una narración meditativa, en una pieza literaria, Elena Poniatowska ha tenido que forzar un poco (a veces, un mucho) la naturaleza de las cartas, dando consistencia a los personajes y al ambiente: así, la carta del 29 de diciembre de 1921 es netamente autobiográfica, referida a su vida escolar en las academias de pintura; la del 7 de noviembre es un recuerdo de la infancia y muerte del niño Dieguito. Estas mínimas concesiones en aras de la información al lector (se supone que para Rivera son datos sabidos) de ningún modo degrada los méritos de ambas cartas, que incluso habría de incluir entre las mejores del conjunto.

De modo más evidentemente personal que en *Hasta no verte, Jesús mío* y *La noche de Tlatelolco*, aquí Poniatowska usa a su personaje como medio para opinar sobre una época y unas gentes que la apasionan; la recreación del París bohemio y miserable, especificado en unas hábiles y breves referencias, tiene la convicción de la

vivencia directa, y las menciones a Picasso, Modigliani, Elie Fauré y Adam Fischer sólo refuerza esa ambientación ya en sí tan lograda. Y es que básicamente el doloroso exilio sentimental de Quiela es una excusa, un soporte, una motivación para que la autora se refleje y asuma como propio ese drama tan ajeno y tan cercano.

Las cartas son el testimonio ambivalente de una pasión inédita, misteriosamente oculta y de una escritora que la rescata para llevar al límite ese raro género de la epístola real-ficticia. Poniatowska ha escrito una obra de extraña validez, donde es imposible discernir entre autor y personaje, entre el posible testimonio y la capacidad inventiva de la novelista, entre la admiración y la piedad hacia dos personas trágicas en sí mismas, en sus actitudes vitales, y donde las palabras recuperan su vigor (tan perdido en la narrativa mexicana) para reflejar, poderosa, concisa y entrañablemente, un mundo olvidado que nunca llegó a sernos del todo ajeno.

* Elena Poniatowska, *Querido Diego, te abraza Quiela*, México, Era, 1978, 72 pp.

Gustavo García

Gore Vidal: Mesías

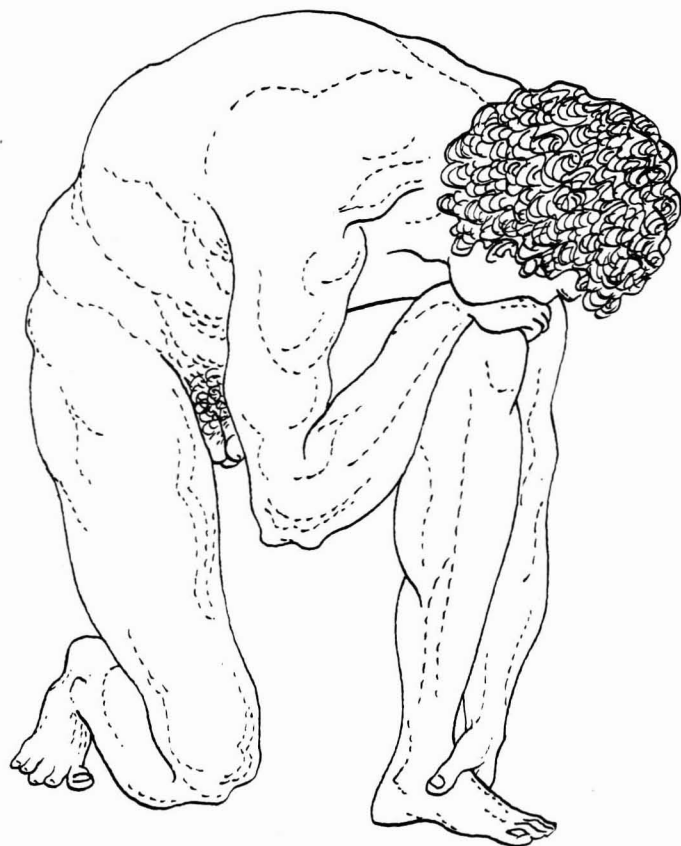
El *Mesías* de Gore Vidal, publicado hacia 1954, nace de la reflexión acerca del desconcierto y la desesperanza provocados por la Segunda Guerra. Vidal piensa que la única solución posible a la inestabilidad del mundo —ansioso por encontrar en un más allá la fe perdida— sería el surgimiento de un nuevo discurso que sentara las bases para un sistema mitológico más acorde con la vida moderna. Si los viejos dogmas perdían poco a poco, con la convalecencia de la guerra, todo su poder de verdad, el anhelo de ser conquistadores, de recuperar la confianza y de darle un sentido diferente a las

relaciones del hombre con el mundo, propiciaba el nacimiento de un mesías, el esperado anticristo. Sólo un místico, piensa Vidal, podría haber resuelto las antinomias que prevalecían entre el hombre de ciencia y el hombre de la calle por lograr un mismo objetivo: el conocimiento último.

En *Mesías*, Vidal pone en escena a ese posible "protagonista de la historia". John Cave, un joven norteamericano clase media, empleado de una funeraria, reúne a un pequeño auditorio para exponer sus ideas acerca de la muerte. Las personas que lo escuchan no entienden bien a bien lo que dice, pero quedan hipnotizadas. Acuden luego altas personalidades del mundo publicitario que deciden convertirse en sus promotores. Para difundir las palabras de Cave a las grandes mayorías se inicia una campaña publicitaria con los sistemas más modernos de la comunicación masiva. Las pantallas de la televisión reproducen una vez por semana la imagen de Cave, los diarios dedican un buen espacio al comentario de sus conferencias, se publican manuales de introducción y libros que intentan esclarecer y justificar la filosofía cavita y se provocan polémicas entre todos los sectores de la población. Finalmente se crea una Compañía encargada de administrar y organizar el nuevo culto.

En efecto, John Cave propone un culto nuevo cuyas consecuencias son definitivas: el culto a la muerte. Una vez que se haya perdido el miedo a morir, cada hombre podrá disponer de su vida con mayor libertad, pues lleva consigo en las manos la posibilidad de optar por su propia muerte. Para el caso, la Compañía Cavita instala una especie de Agencia General del Suicidio, tal como la planea Jacques Rigaut, con el fin de proporcionar métodos de muerte sin dolor a todo el público.

A partir de un planteamiento vago de la filosofía del mesías, y sin mayor explicación ni justificación dogmática, Vidal se lanza a describir un aparato administrativo con toda la complejidad de la tecnología norteamericana moderna. Desde el Centro Cavita de Nueva York la expansión se inicia; en poco tiempo todos los Estados Unidos son seguidores del culto y algunos países americanos y europeos empiezan a organizarse en función de la Palabra Cavita. Los problemas que se interponen se resuelven sin mayores dificultades: ante las multitudes desenfrenadas que quieren tocar y ver a esta especie de ídolo rocknrolero, los sistemas de seguridad lo ponen fuera de



peligro; la iglesia cristiana y las autoridades civiles que en un principio se oponen al culto cavit, poco a poco se van afiliando. Los problemas verdaderos surgen en el interior de la Compañía: los directores-apóstoles dividen sus opiniones: unos deciden llevar el proceso mitologizador que habían iniciado hasta sus últimas consecuencias: la muerte de Cave; otro propone que se suicide, pero por razones muy distintas: como la única forma de que su filosofía tuviera congruencia; otro más defiende a toda costa la vida del mesías. Finalmente lo matan a quemarropa y con ello un sector de la Compañía asegura el triunfo de la empresa.

La novela se desarrolla a través de las memorias de un viejo que ha participado como testigo y hacedor de la historia. Desde su exilio en un país árabe —aún no conquistado por los cavit— y ya cercano a la muerte, Eugene Luther escribe sus recuerdos de la Compañía Cavit. Su labor dentro de la organización había sido la de redactar las ideas de Cave, proponer una justificación de ellas dentro del contexto de la historia de la filosofía y dirigir el medio informativo de la institución. Con la muerte de Cave se separó de sus compañeros para organizar la oposición. Propone un contraculto: el culto a la vida. A pesar de que el proselitismo luterista es combatido eficazmente, los papeles se cambian: “Aunque la memoria se me escape —concluye Luther en sus memorias—, el significado es claro e inconfundible y veo al fin la trama entera, dibujada con trazos gigantescos en el aire: yo era aquel a quien el mundo esperaba. Yo era aquella figura, aquel mesías cuya obra podría haber sido el deleite y la liberación del mundo. Pero la muerte traidora me venció una vez más, y a él le pertenece ahora el momento del triunfo.”

El *Mesías* de Vidal no es, sin embargo, la historia de un posible culto nuevo. No se trata de ningún misticismo redentor. Es más la reflexión sobre un sistema mítico visto a través de la tecnología y el desarrollo modernos, que una exposición sobre los límites entre la vida y la muerte. Es menos la Palabra Cavit que toda la maquinaria que la rodea. Se trata de mitos, pero no de dioses; de movimientos masivos, pero no de discursos; de psicoanálisis y publicidad, pero no de instituciones religiosas. La capacidad narrativa del autor hace de lo que bien podría haber sido una inmensa alegoría maniquea, una historia enteramente cotidiana.

Henry Miller había escrito poco antes de

la Guerra: “También nosotros creamos mitos, aunque tal vez no lo sepamos. Pero en nuestros mitos no hay lugar para los dioses... Queremos a toda costa conquistar, y seremos conquistadores, pero nuestra conquista es la muerte.” (*El coloso de Marusi*.)

* Gore Vidal, *Mesías*. Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1977. Traducción de Aurora Bernárdez.

Mini-resena sobre 50 poemínimos de Efraín Huerta

Efraín Huerta, “El Gran Cocodrilo” de la poesía mexicana, reincide en su agresión a las “buenas conciencias” con un mini-libro que presenta 50 poemínimos.*

Los poemínimos de Huerta son una forma personalísima de darse, de presentarse desnudo ante el lector. Llegar a los poemínimos le ha costado al poeta muchos años; es la síntesis de los poemas rabiosos de *Poemas prohibidos y de amor* donde se denuncia la represión, el colonialismo y el desamor. Su posición política le permite definirse en cada texto y proclamar de lado de quién está:

17 PINOCHET / Ah / Maldito / Todo / Lo pagarás / Con la / Misma / Moneda.

Los poemínimos no son originales de Huerta, sino que es una creación colectiva individualizada: el dicho o el refrán transformado al lenguaje del poeta:

14 CANDOROSO TESTAMENTO / Ahora / Me / Cumplen / O / Me / Dejan / Como / Estatua.

Los poemínimos no son sentimientos dados a través de la palabra, sino experiencias que se han logrado en la vida; el poeta que se agita, que sufre operaciones, que se somete al bisturí y que mira todo con ironía:

49 LARINGECTOMIA / Lo mejor / De todo / Es que / Ya nadie / Puede dejarme / Hablando / Solo.

36 8 OPERACIONES / En realidad / fue / Mayor / Cosa / Simplemente J / cambio / De ciclaje.

Otra característica de los poemínimos (y de Huerta) es la irreverencia para las “grandes frases” de los “grandes hombres”:

3 APODOGMA / El / Respeto / Al / Complejo / Ajeno / Es / La / Paz.

10 TORTUGA 1910 / La Mexicana / Es la única / Revolución / Que ha girado / Como loca / A 45 / Revoluciones / Por sexenio.

La palabra inesperada puede “escandalizar” o extrañar en el contexto del poema: produce sorpresa, es decir, tiene una función poética que la legitima. Huerta escribe de tú a tú, dirigiéndose al lector que sepa qué está diciendo y no cómo lo está diciendo: los modismos y las frases hechas son la novedad misma de los poemínimos, pero no es lo importante:

11 RICO NEUTLE / Hace muchos años / Miguel Guardia / Dio a conocer / Las últimas palabras / De la Reina Xóchitl: / “No se pulque / A nadie / De mí / Muerte”.

El poeta da una experiencia íntima y nueva para compartir su existencia: nada de lo humano debe de quedar fuera del poema; un poema es una integración y no una exclusión en nombre de “lo bello”, “lo puro” o “lo eterno”. Huerta es prosaico y ofende a los lectores que buscan la pureza y el ensueño de los textos que tienen forma, pero no dicen nada.

La importancia de los poemínimos reside precisamente en su temporalidad y su contenido. No son una obra menor en la obra del poeta sino una síntesis en el lenguaje ya muy propio de Huerta. Los poemínimos pueden volver a vincular la poesía, al menos la escrita, por medio del dicho y el refrán con sectores más amplios de lectores, y pueden ser el vehículo que conduzca a la gente al descubrimiento de los otros poemas y los otros poetas.

Octavio Paz los definió como “chistes”; José Emilio Pacheco señala atinadamente: “Los ‘poemínimos’ —último avatar de la copia y el epigrama, etapa final que incluye y asume la parodia— son notables porque dan categoría poética al chiste y al juego de palabras. Constituyen una forma tan personal de Huerta como las ‘odas’ pertenecen inimitablemente a Neruda o las ‘Gregerías’ a Gómez de la Serna... Fáciles y hasta triviales a primera vista, no lo son si uno los lee como se debe o si hace el intento de imitarlos”.

Arturo Trejo

Efraín Huerta, *50 poemínimos*. Taller Martín Pescador. México, 1978.

Alexis o el tratado del inútil combate de Marguerite Yourcenar

Marguerite Yourcenar es una de las personalidades más fuertes de la Francia contemporánea; sin embargo, su literatura es materialmente desconocida en México, cuando más se conocen su segunda y tercera novelas, *Memorias de Adriano* (Editorial Sudamericana) y *El tiro de gracia* (Edit. Fabril), y un libro de relatos, *El alquimista* (Ed. Plaza y Janés).

Ahora, la publicación de *Alexis o el tratado del inútil combate* llena una de las lagunas en el conocimiento de la autora, pues una primera novela siempre resulta importante para el estudio y comprensión de la obra de un escritor.

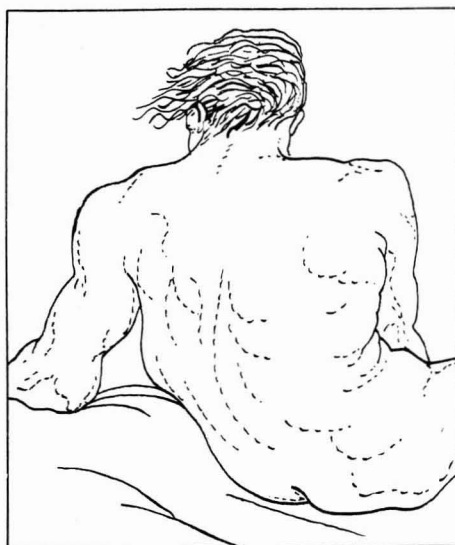
Alexis es una novela escrita entre 1927 y 1928, cuando la *Belle Époque* junto con la aristocracia europea se encuentran desmembrados y sin ninguna opción. El personaje central (Alexis) es uno más de los que han sufrido la pérdida de los privilegios, sólo le queda la apariencia y el recuerdo de los tiempos antiguos.

La novela es una larga carta que envía Alexis a su otrora esposa; confesión y búsqueda de una postura moral y sexual que rompa con las ataduras y con los atavismos que le impone un medio corroído, pero puritano. El matrimonio como salvaguarda de valores que terminan por desmoronarse.

El tema de *Alexis* es el de la homosexualidad, problema sobre el cual giran dos obras capitales en la literatura francesa: *Sodoma y Gomorra*, de Marcel Proust y *Corydon*, de André Gide. El contenido de *Alexis*, entonces, no es extraño al momento histórico en el que escribe la Yourcenar.

Lo que sí resulta significativo es que en la Francia de principios de siglo se pudiera asumir una actitud moral de manera tan saludable; habría que recordar que Colette en 1900 escribe su *Claudine à l'école*, novela de sutiles invocaciones sáficas. Por el contrario, en la Inglaterra victoriana, valga la digresión, Dorothy Strachey tenía que publicar su relato lésbico *Olivia* valiéndose de seudónimo.

Tema debatido, por lo general a la luz del peor clericalismo, la homosexualidad surge en *Alexis* como una afirmación: "No



veo por qué el placer tiene que ser despreciable por ser sólo una sensación, cuando el dolor también lo es" (p. 43). En la obra se plantean los diferentes periodos en la trayectoria del personaje, con el objeto de dar una visión ampliada de una búsqueda moral que acabará por la aceptación dolorosa del erotismo "anormal".

La forma de establecer la narración, a manera de una larga carta, remitió a la Yourcenar al monólogo interior —en todo el relato nunca se establece ningún tipo de diálogo— es una novela primeriza que, incluso por dificultades formales, omitía la posibilidad de la pregunta. Así pues, *Alexis* recurría al descubrimiento de Edouard Dujardin en *Han cortado los laureles* (que tanto influyó a James Joyce), es decir, se enfrentaba al subjetivismo de la llamada *novela de la conciencia*. El pensamiento que muestra sus contradicciones. Literatura que se nutrirá de los avances de la teoría psicoanalítica y de la psicología experimental.

El pretexto de la epístola sirve perfectamente a la Yourcenar porque de esa manera, el relato en primera persona, el personaje está en el continuo tránsito de la experiencia del sueño y la vigilia.

El psicologismo y la caracterización de Alexis lo ubican dentro de una suerte de biografía fantástica de Franz Schubert. Las reminiscencias a la música, el personaje es un pianista empobrecido, y su dolorosa y vergonzante condición sexual. Los lugares que visita y, nuevamente, la obsesión por una música que lo recorre y lo turba. En uno de los párrafos de la novela se lee: "Un cuadro, una estatua, incluso un poema

nos presentan ideas precisas que, de ordinario, no nos llevan más lejos; pero la música nos habla de posibilidades sin límite" (p. 144). En la biografía del músico vienés debida a Anna Muriá se lee: "Para Schubert las palabras tenían poca importancia, lo importante era la idea, la visión, el choque poético que le producían los versos" (p. 282).

Lo anterior no quiere decir que Alexis sea una encarnación fiel de la figura del compositor romántico, no, simplemente que para trazar más adecuadamente a su personaje la Yourcenar debió recurrir a la sombría y melancólica vida del autor de *La inconclusa*.

Por otra parte, el título de la obra es un homenaje, velado por supuesto, a uno de los autores preferidos de la escritora franco-belga: Constantino Cavafis. Pues el poeta griego nació en Alejandría (o mejor dicho Alexandria) y, como ella misma ha afirmado: "Sólo imágenes femeninas aparecen en su obra, obra decididamente extraña a la mujer" (*Sous bénéfice d'inventaire*, p. 177). Además Cavafis aparece en la prosa de *Alexis o el tratado del inútil combate*, por ejemplo: "Miraba cómo mi cuerpo se debatía, se ahogaba, sufría. Mi cuerpo quería vivir. Había en él una fe en la vida que yo mismo admiraba: casi me arrepentí de haberlo despreciado, desanimado y castigado cruelmente" (p. 133). Bastaría leer *Fui, Jura* o *Una noche* para darse cuenta de los nexos entre la voluptuosidad de uno y otro escritor. Además no debe olvidarse que la viajera Yourcenar tiene en muy alta estima todo aquello que se refiera a las culturas clásicas, trátase de Grecia o de Roma. Su entusiasmo llega a tal punto que Píndaro, el célebre poeta cantor de los Juegos Olímpicos en la antigua Hélade, se convirtió en una de sus referencias más directas y apreciables.

Alexis o el tratado del inútil combate es una novela muy apreciable, pese a que su esqueleto se encuentra a la vista, con sus influencias no del todo digeridas, es, no obstante, una obra espléndida para el momento en que se publicó por primera vez (1929).

Andrés de Luna

Alexis o el tratado del inútil combate de Marguerite Yourcenar, traducción de Emma Calatayud. Ediciones Alfaguara, Madrid, 1977. 165 pp.



**LOS INDOCUMENTADOS: ¿PROBLEMA DE DESEMPLEO?
¿SUBSIDIO A LA ECONOMÍA NORTEAMERICANA?**
por Jorge Bustamante.

EL CASO DE LA ANGOSTURA por Ricardo María Garibay.

EL CAMPO EN TLAXCALA, un ensayo fotográfico
de Héctor García.

RESEÑA DE TEATRO, CINE Y LIBROS

PUBLICACIONES Adolfo Prieto 133 México 12, D.F. Tel. 523-26-33



siglo
veintiuno
editores

NUEVO LIBRO

MÉXICO:

UNA DEMOCRACIA UTÓPICA
El movimiento estudiantil del 68

Sergio Zemeño

(Prólogo de
Carlos Monsiváis

**fotografías de
Héctor García)**

Un análisis sociológico globalizador, de una determinada —y muy corta— etapa de la historia de México, que significó un vuelco en la constitución de las fuerzas que luchan por la democracia en nuestro país.



En las mejores librerías o en Siglo Veintiuno Editores, S.A.
Ave. Cerro del Agua 248, México 20, D.F.

poesía joven rumana

Labis, Ioana, Pitut, Malancioiu, Buzea,
Alexandru, Blandiana, Paunescu, Ioan,
Barbulescu

DARIE NOVACEANU
PUERTA ABIERTA

La
Máquina
Eléctrica



Editorial

una editorial de poetas para poetas
apartado postal 11576 México 11, d.f.

de venta sólo en

El Agora

Libros Escogidos

Del Sótano

Librería Hamburgo

Links Kurve

Extemporáneos

La Máquina de Escribir



TÍTULOS PUBLICADOS:

1. Jorge Aguilar Mora: *U.S. Postage Air Mail Special Delivery.*
2. David Huerta: *Huellas de civilizado.*
3. Evodio Escalante: *Dominación de Nefertiti.*
4. Esther Seligson: *Tránsito del cuerpo.*
5. Adolfo Castañón: *Fuera del aire.*
6. Federico Campbell: *Pretextos.*
7. María Luisa Erreguerena: *Un día dios se metió en mi cama.*
8. Coral Bracho: *Peces de piel fugaz.*
9. Ricardo Yáñez: *Escritura sumaria.*
10. Ignacio Millán: *Psicoanálisis y poder.*
11. Mariano Flores Castro: *Desierto atestado.*
12. Juan Villoro: *El mariscal de campo.*
13. Carlos Chimal: *Una bomba para Doménica.*
14. Javier Molina: *Para hacer plática.*
15. Rosario Ferré: *La caja de cristal.*
16. José Ma. Espinasa: *Son de cartón.*
17. Eduardo Urtado: *Ludibrios y nostalgias.*

Apartado Postal 21-998
México 21, D. F.

DIALOGOS

Artes / Letras / Ciencias humanas

Revista bimestral publicada por El Colegio de México, ofrece en su número 81:

Carlos Cortínez: *Un autorretrato espiritual del joven Neruda*; Bertran de Born: *Poema*; Mauricio Beuchot: *Microcosmos y lógica*; Homero Aridjis: *Tres poemas*; Guadalupe González: *La naturaleza de la política exterior soviética*; Verónica Volkow: *A Vlady*; Ramón Xirau: *Los nuevos filósofos: ¿Por qué no hubo polémica?*; Roberto Páramo: *Cómo conquistar a las mujeres*.

Creación literaria, ensayo poético, filosófico y político. Secciones fijas: *Epígrafe*, *El eterno retorno*, *Artes* (por Alberto Dallal), *Libro a libro* (por Ramón Xirau), *Lecturas* (por Gabriel Zaid, João Paulo Morteiro y Mónica Mansour).

En esta oportunidad *Diálogos* ha sido ilustrada con una interesante colección de boletos de camión, iniciada hace más de quince años por el historiador Bernardo García Martínez.

Diálogos está a la venta en las principales librerías o directamente en:

EL COLEGIO DE MEXICO
Camino al Ajusco 20, México 20, D. F.
Tel. 568.60.33, exts. 364, 367, 368



Información sistemática

Panorama Internacional
México en el panorama internacional
México en el panorama económico
México en el panorama político-social
México en el panorama campesino
México en el panorama laboral
México en el panorama urbano-popular
México en el panorama educativo-cultural

Información Sistemática posibilita recuperar la información de prensa, de tres maneras:

- 1) Mediante los índices que remiten al texto de la revista.
- 2) Mediante las notas que remiten al banco de datos de Información Sistemática, A. C. (Recortes de prensa numerados.)
- 3) Mediante la cita de la fuente utilizada (diario con fecha y página), lo que remite directamente a los diarios procesados

Revista mensual sobre la realidad económico-política nacional en su contexto internacional.

Información Sistemática PROCESA en cada número tres mil piezas informativas, procedentes de ocho diarios de la Capital del país, indicando las fuentes de información.

Información Sistemática contiene INDICES de personas, instituciones, lugares, temas y grupos sociales.

Información Sistemática ACUMULA DATOS ORGANIZADAMENTE en ocho panoramas:

Esto convierte a Información Sistemática en un banco de datos siempre a la mano.

Biografía de Salvador Allende

Llamado a concurso

Con el doble objetivo de honrar la memoria del gran luchador chileno Salvador Allende en el 70 aniversario de su nacimiento y de difundir las características de su vida y de su obra social y política, la Universidad de Guadalajara y la Casa de Chile en México convocan a los escritores en lengua española a participar en un concurso de biografía del Presidente Salvador Allende, de acuerdo a las normas siguientes:

1o. Las biografías, que no deberán sobrepasar las 400 páginas a máquina, tamaño carta, a doble espacio, deberán ser entregadas o enviadas por correo certificado, a Casa de Chile, Avenida Universidad 1134, México 12, D. F.

2o. Se requiere el envío de un original y dos copias. Las obras deberán estar firmadas con seudónimo. Con los originales se entregará en sobre cerrado el nombre y la dirección del autor.

3o. Podrán participar también escritores en otros idiomas, pero los originales deberán presentarse en español.

4o. El plazo de entrega de originales expirará el 28 de febrero de 1979. El fallo será dado a conocer a más tardar sesenta días después de esta fecha.

5o. Constituirán el jurado de este concurso un representante de la Universidad de Guadalajara, el Director de Casa de Chile, Hugo Miranda, la señora Hortensia Bussi de Allende; un escritor chileno y uno mexicano cuyos nombres serán dados a conocer posteriormente.

6o. El autor de la obra premiada recibirá la cantidad de cincuenta mil pesos mexicanos o su equivalente en la moneda nacional del premiado. Dispondrá de sus derechos de autor a partir de la segunda edición. La primera pertenecerá a las instituciones convocantes y su producto será destinado a la Resistencia.

7o. La obra premiada, así como las recomendadas, serán publicadas por las instituciones convocantes, ya sea dentro de sus actividades editoriales propias, ya en combinación con editoriales de México u otros países.

8o. El jurado podrá recomendar otras biografías para su publicación.

9o. Los escritores que deseen, podrán utilizar para preparar sus obras, los libros y documentos disponibles en la Biblioteca y el Centro de Documentación de Casa de Chile y en la Biblioteca de la Universidad de Guadalajara.

México, D. F., 26 de junio de 1978

NOVEDAD: LOS TRES PRIMEROS VOLÚMENES
DE LAS OBRAS COMPLETAS DE



JOSÉ REVUELTAS



DOS LIBROS INÉDITOS

MÉXICO 68: JUVENTUD
Y REVOLUCIÓN

CUESTIONAMIENTOS
E INTENCIONES

UNA REEDICIÓN

LOS MUROS DE AGUA

EDICIONES ERA / AVENA 102 / MÉXICO 13, D.F. / 581 77 44

difusión cultural UNAM

CARLOS PELLICER CARLOS FUENTES JORGE LUIS BORGES
JAIME SABINES JUAN RULFO GABRIEL GARCIA MARQUEZ
MUSICA VIRREINAL JULIO CORTAZAR LOS FOLKLORISTAS
G. LAZARO CARDENAS PABLO NERUDA POESIA NAHUATL

reediciones



voz viva de méxico

Angel González

La triste gracia de la sangre

(a Pablo Neruda y Salvador Allende. In Memoriam.)

Sangre: no sangres más.
¡Cómo decirte que no sangres, sangre!
¡Nunca ha cesado de sangrar la sangre?
Contemplad el pasado
—ese graffiti obsceno—:
la huella de una mano ensangrentada
en el muro sombrío de la historia.
Y el presente:
más sangre,
otra vez sangre.

(Ahora
—el mensaje es la sangre—
un general con nombre de payaso
hace correr,
en Chile,
la triste gracia de la sangre:
la sangre de los justos,
la que redime al hombre del horror de ser hombre,
la sangre más valiosa, la más pura.)
Para que deje de correr la sangre
¿hará falta más sangre?
Tiempo largo, sangriento:
derrama
la última gota de tu sangre, pronto.

No hay tiempo que llorar.

Cuando no sangre más así la sangre,
ese día, por fin, será el futuro.

* Angel González, poeta español. *Palabra sobre palabra* (Barral, 1971)
reúne su poesía completa.

